
This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

<https://books.google.com>





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

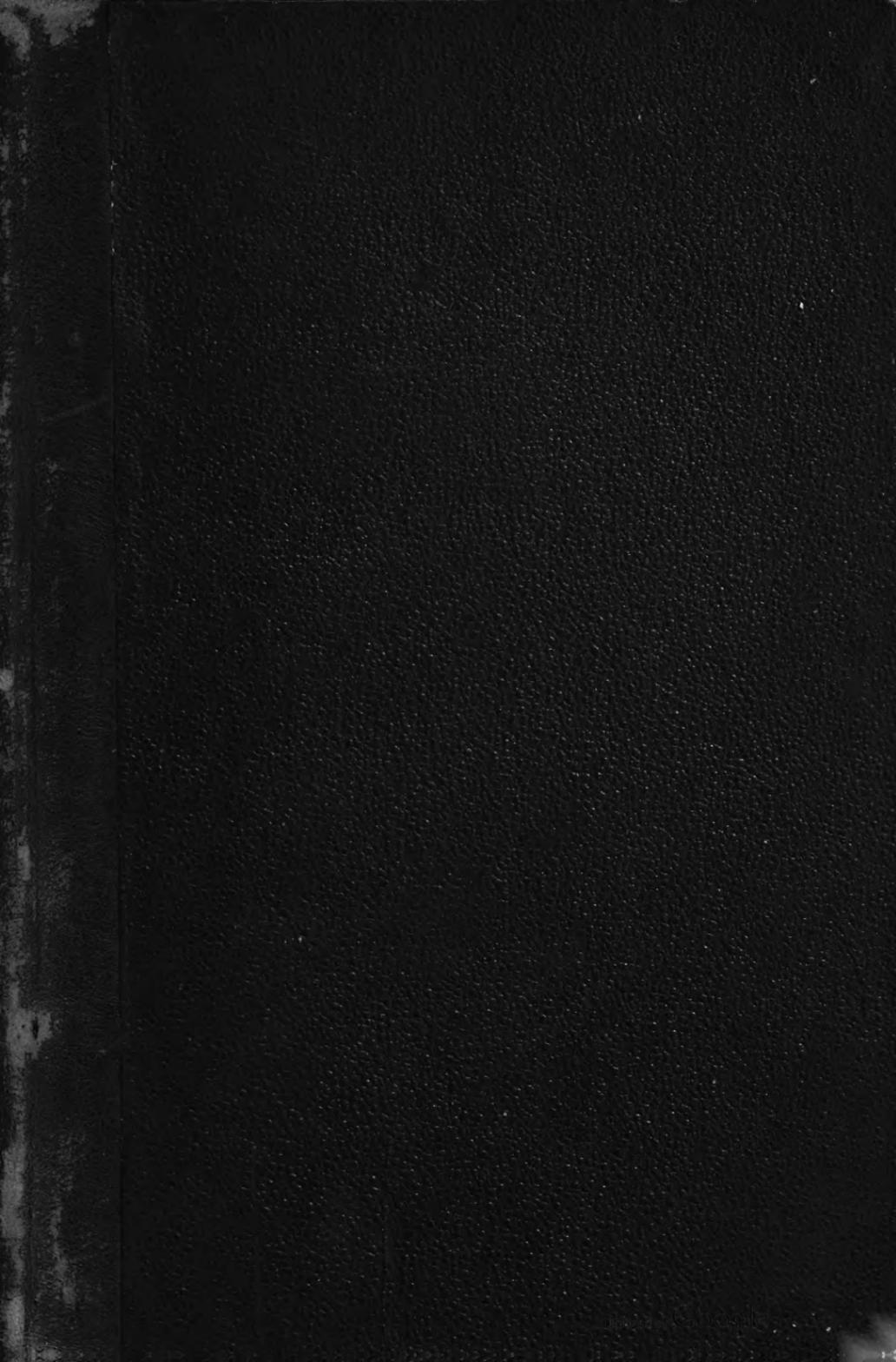
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



4102



11450.000 36



LOS

MISTERIOS DE MÉXICO.



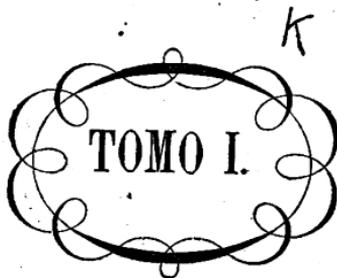


LOS MISTERIOS
DE MEXICO.

POEMA ESCRITO EN VARIEDAD DE METROS.

SU AUTOR

D. VICENTE DE ZAMACOIS.



MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE G. TORRES,
á cargo de Luis Vidaurri.

1850.



AL SR. GENERAL

D. JOSE GOMEZ,

CONDE

DE LA GORTINA Y DE CASTRO,

Socio de la Real Academia de la lengua española y de la Historia,
de la de Bellas Artes de Mexico, &c.,

EN PRUEBA DE AMISTAD,

EL AUTOR.



AL SR. GENERAL

DON JOSÉ GÓMEZ.

Yo confieso que el don es humilde, y atrevimiento dedicarle á quien justamente pudieran las obras de Virgilio; mas no le tuviera, si él mismo no me animara en su Mosquito, haciendo el mismo plato á Augusto César con aquellos versos:

*Lusimus, Octavi, gracili modulante Thalia
Atque ut Araneoli tenuem formavimus orsum,*

DON JOSE DE VILLAVICIOSA.

AL dedicar á V. Los Misterios de México, un sentimiento viene á robarme una parte del inmenso placer que me ha proporcionado la condescendencia que V. ha tenido en admitir mi humilde obra. Sentimiento íntimo, nacido de la persuasion en que estoy de que mi libro carece del mérito literario que debiera tener, para ser digno de la persona á quien va dedicado,

y cuyos claros talentos tan conocidos son en el mundo de las bellas letras. Pero en medio de este sentimiento, cábeme la grata satisfaccion de creer que, si (como es cierto) Los Misterios de México no son una obra perfecta, no está tampoco destituida de todo mérito: pues así como lo primero seria una presuncion ridícula, lo segundo seria hablar contra mi parecer, pues nadie cree que lo suyo es enteramente malo; y porque seria hacer un insulto á V. dedicándole una produccion que yo mismo la creía digna del desprecio de todos. No: yo creo que algo vale: creo que encierra algunos pensamientos nuevos y morales: creo que es lo menos malo que ha producido mi limitado talento y por eso se la he dedicado á V.; porque V. como conocedor de las grandes dificultades que hay que vencer para acabar cualquiera obra de literatura, por sencilla que sea, sabrá apreciar en su justo valor esta mia, y disimular los innumerables defectos que tenga el presente de vuestro mas adicto amigo y servidor.

Niceto de Zumacois.

AL QUE LEYERE.

Ya creo oír á los eternos descontentos, á los que todo lo murmuran, sin mas motivo ni licencia que su capricho: ¿Y es esta la obra que esperábamos ansiosos, con el pomposo aliciente que ofrece el nombre?

J. M. VILLER GAS.

CUANDO se encuentra el hombre lejos del suelo en donde abrió los ojos á la luz del día, del suelo plácido en que rodó su cuna, un recuerdo que tiene para él un encanto indefinible, lleva grabado en el fondo de su corazón, bulle constantemente en su mente y le hace sentir emociones llenas de grata melancolía. Y este recuerdo, cuya dulzura es inesplicable, es el recuerdo de su amada patria. Por feliz que viva en otra nación y por muchas simpatías que á ella le unan, siempre aquel recuerdo íntimo, santo y noble, viene á robarle alguna parte de su dicha. La patria es para el hombre lo que es un buen padre para un hijo cariñoso. Nada hay en el mundo

mas puro ni mas recomendable que el recuerdo de la madre patria: ese recuerdo amoroso, desinteresado, que enjendra siempre rasgos de beneficencia y de heroismo. Y ese recuerdo, ese amor que he llevado yo siempre hasta el mas alto punto, casi hasta el fanatismo, han sido los que me han obligado, por decirlo así, á escribir esas poesías llenas de patriotismo, que tal vez no han tenido otra recomendacion para que los españoles que residen en México, las dieran mas mérito del que realmente tienen: Los Entretenimientos Poéticos, La Guerra de los Carlistas y Los Ecos de mi Lira, no son mas que los intérpretes de las afecciones de mi alma, porque en las tres obras no he hecho otra cosa que espresar sencillamente mis sentimientos patrióticos. ¡Oh! sí: al pronunciar mis láblos el nombre España, dé esa España tan llena de gloriosos recuerdos, se conmueve mi alma con un deleite celestial: siento latir con fuerza el corazon: elevo los ojos arrasados de lágrimas al cielo: dirijo despues mi vista al horizonte, al traves del que creo divisarla; y el sentimiento dulce, plácido, inefable, de que participa mi pecho en aquel instante, no lo cambiaria por todos los tesoros y grandezas de la tierra. Pero si algun dia vuelvo á pisar esa misma España con la que hoy deliro, y las pintorescas y elevadas montañas de la Vizcaya, donde llegué á nacer: si vuelvo á respirar el aura dulce de esa Bilbao, donde ví la luz primera del sol, otro recuerdo, otro nombre casi tan amado como el primero, otra palabra dulce y grata para mí, estará constantemente en mi memoria y pronunciarán sin cesar mis lábios: “¡MÉXICO!...” ¡oh! sí, ¡México...!: porque México ha sido para mí una

segunda patria: porque en México he encontrado hospitalidad: porque en Méjico he recibido muestras de aprecio y deferencia que me han conmovido y que jamas olvidaré, porque forman ya parte de mi existencia; y porque México, en fin, no es para los españoles una nacion extranjera, sino una hija de nuestra patria, tan tierna, tan fértil y tan religiosa como esta, y hácia la cual no podemos tener (salvo algunas insignificantes escepciones) sino simpatías; pero simpatías íntimas, nobles y desinteresadas. Y esa hospitalidad de que he hablado, y ese aprecio, y esa deferencia de tantos modos demostradas, han sido causa de que escribiera esta humilde obra, que ahora presento al mundo, como prueba única, aunque corta, de la gratitud que mi alma conserva y conservará en cualquier pais que me arroje la fortuna, hácia los mexicanos.

No vean, pues, estos en Los Misterios de Méjico, el escaso mérito de la obra, sino el inestinguible y alto aprecio que en ella procura demostrarles el reconocido autor, pintando algunas escenas y costumbres de un pais, por tantos títulos digno de mi aprecio.

Persuadido estoy de que algunos literatos, en el nombre, pero cuyas obras nadie las conoce, al ver el título de la mia, se sonreirán con esa risa de proteccion que quiere decir, "*yo sé mucho*," y que se pondrán á hacer comparaciones, que precisamente deben serme desfavorables, entre ella y Los Misterios de Paris del inimitable y distinguido literato Süe, ó bien con los de Londres. Para evitar pues esto, preciso es que yo, con la ingenuidad que acostumbro, advierta á esos sabios que,

jamas he tenido la ridícula pretension de igualarme con tan célebres escritores, cuando en literatura me considero un pigmeo y á ellos los miro como á colosos, dignos de la admiracion universal. Pero al encontrarme en la flor de mi edad, con una aficion sin límites á las bellas letras y con una constancia no comun para escribir; ¿qué cosa mas noble podia emprender, que estuviera en armonía con estas cualidades, que la presente obra que me presentaba un vasto campo para poder pintar todas las pasiones del corazon humano, la sensibilidad, la ira, el temor, la virtud, el amor, etc. etc.?.. Ninguna ciertamente. Ademas, estando libre de ese amor propio mal entendido, que á muchos obliga á despreciar las juiciosas advertencias de personas verdaderamente inteligentes, que les dan para que en lo sucesivo corrijan los defectos en que han incurrido, dije: *si mi composicion no sale del todo detestable, podré enmendar lo malo que en ella encuentren los criticos*, (no hablo de aquellos que por un espíritu dañado tienen la costumbre de destrozarlo todo; porque tales hombres no son acreedores al título de criticos, sino de criticones) *pues para hacerlo me favorece la edad y mi deseo de adelantar.*

Yo tenia con México una deuda, y he querido pagársela con todo cuanto tenia. Si no lo he logrado como merecia el pais donde vivo, culpen solamente á mi corto talento y no á la inmensa voluntad del reconocido autor.

Niceto de Zamacois.

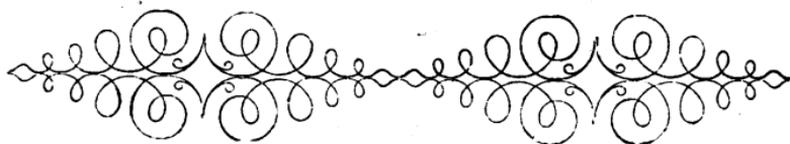
PRIMERA PARTE.



LAS PASIONES.

—
¡Oh noche! tú sabes
Que cuando mi pecho
Suspira en el lecho
Y apura su hiel,
De cosas que encubre
Tu niebla secreta,
Te pide el poeta
Sombrio pincel.

J. AROLAS.



PRIMERA PARTE.



PASO PRIMERO.

AMOR PURO.

Julia, escucha, Eusebio soy;
Que si el pensamiento fuera,
Siempre contigo estuviera.

CALDERON DE LA BARCA.

**HAY un sitio pintoresco
Que el alma admira gozosa,
En la capital hermosa
Do Moctezuma reinó.
Sitio do no acaba nunca
La divina Primavera,
Y donde natura entera
Siempre radiante brilló.**

Donde al soplo de las auras
Las bellas flores se mecen,
Junto á rosas que aparecen
A medio abrir el boton:
En cuyas corolas tiembla
Del rocío perla fina,
Como lágrima divina
Que arranca la religion.

Y este sitio delicioso
Siempre risueño y florido,
De verdor siempre vestido
Y de árboles altos mil,
Es San Cosme, el fértil suelo
Por cien arroyos regado:
Un sitio privilegiado:
Un habitado pensil.

Hace, pues, algunos años
Que en este sitio vivia
D. Ramiro de Landia,
Hombre de inmenso caudal,
En una casa magnífica
Do habia un jardin ameno,
De rosas fragantes lleno,
De belleza sin igual.

Era D. Ramiro el hombre
Mas generoso y urbano:
Con el desvalido, humano,
Religioso y de valor;

Mas tan bellas cualidades
 Empañaba, desde luego,
 Su vicio estremado al juego,
 Vicio en él desgarrador.

Libre de los fuertes lazos
 Y sagrados de himeneo,
 No faltaba a su deseo
 Nada en el mundo cruel:
 Y á completar su ventura
 Una huérfana venia,
 A quien cual á hija queria,
 De la cual cuidaba fiel.

Era esta huerfana hija
 De un mayordomo, hombre honrado,
 De D. Ramiro apreciado,
 Que en casa de éste murió:
 Y al espirar encargole
 Que á aquella niña inocente,
 La cuidara tiernamente,
 Con cuyo encargo cumplió.

Cuando entrara el mayordomo
 Al servicio de Landia,
 Un año, á lo mas, tendria
 La que huèrfana ya es;
 Y sola quedó en el mundo
 De D. Ramiro al cuidado,
 En quien otro padre ha hallado
 Que la vé con interes.

Quince años cuenta la hermosa:
 Y des que su padre al cielo
 Subió y en el triste suelo
 Ella quedó á padecer,
 El mundo á la linda Cármen,
 A la par que en gentileza,
 En virtudes y en belleza
 La vió felice crecer.

Es Cármen de faz rosada
 Y de nariz aguileña,
 Boca en extremo pequeña,
 Lábios finos de coral:
 Ojos muy negros y vivos,
 Ceja fina y arqueada,
 Cual con el pincel formada
 De Murillo el inmortal.

Frente espaciosa, serena,
 Pelo muy negro y brillante,
 Fino mucho, y abundante,
 Y prendido con primor:
 Barba pequeña y redonda
 Con un hoyuelo divino,
 Formado por el destino,
 Donde reside el amor.

Cuello nevado que encanta,
 Seno angélico, elevado,
 Brazo bello y torneado,
 Cuerpo esbelto, celestial;

Cintura estrecha y flexible,
 Pié breve cual el de Diana,
 Cual de linda mejicana,
 Que es, no humano, angelical.

Era una de esas mugeres
 Hermosas, de gracia suma,
 Que el pais de Moctezuma
 Suele en su seno contar:
 De esas mugeres que al verlas
 Los sentidos enagenan,
 Y que de un placer nos llenan
 Imposible de espresar.

Si; no era una muger Cármen,
 Sino un querube del cielo:
 Bella, cual el fértil suelo
 Donde vió del sol la luz:
 Tierna cual boton que se abre
 Con el aura que murmura;
 Y tan religiosa y pura
 Cual plegaria ante la cruz.

Con cualidades tan bellas,
 Pronto encontró admiradores,
 Y tambien adoradores
 Que la juraron amor.
 Amor que en breve en su pecho
 Entró con furia inclemente,
 Amor puro, fiel, ardiente,
 Emanacion del Señor.

Amor á un jóven que la ama
 Con pasion la mas sincera,
 Como amado él mismo era,
 Cual mas no se puede ser.
 Sí; como ama sin reposo
 Quien sufre pasion interna,
 Como ama, cuando ama tierna,
 En México la muger.

Carlos el nombre es del hombre
 A quien su pecho ha entregado,
 El cual amarla ha jurado
 tiernamente hasta morir.
 Y D. Ramiro que aprecia
 Al jóven, ha consentido,
 Que á ser de Cármen marido
 Llegue en breve, sin sufrir.

Y no se crea que es Cárlos
 Algun jóven poderoso,
 Ni que Ramiro, ambicioso,
 A su fortuna miró.
 Era un pintor solamente,
 Pero un pintor de talento,
 Que su fuerza y sentimiento
 En sus cuadros espresó.

D. Ramiro en esto obraba
 Como un padre el mas amante,
 Que no olvida, ni un instante,
 Su mas sagrado deber:

Que á sus hijas nunca obligan
 A que se unan á algun hombre,
 A cuyo tan solo nombre
 Se las mire estremecer.

No: D. Ramiro mil veces
 Dió pruebas á su hija pura,
 Que anhelaba su ventura
 Mas que del mundo el valor;
 Pues prefirió entre D. Cárlos
 Y D. Pedro, hombre opulento,
 Que la pidió en casamiento,
 Al que ella tenia amor.

Y desde entonces D. Pedro,
 Vengarse de ella ha jurado,
 Y del hombre afortunado
 Por quien despreciado es él;
 Y aunque oculta á D. Ramiro
 Sus pérfidas intenciones,
 Y le vende adulaciones,
 Piensa en vengarse cruel.

Y ya de estos personajes
 Pintado los caracteres,
 Entremos, lector, si quieres,
 Al asunto principal;
 Y oigamos lo que Ramiro
 Dice á Cármen y á su amante,
 Que le oyen en tal instante
 Con un placer sin igual.

Si; dentro de veinte dias
 Quiero que en lazos estrechos,
 Ya que se aman vuestros pechos
 Con inestinguible ardor,
 Que una vuestras manos y almas
 Para siempre en este mundo,
 Como es mi anhelo profundo,
 Un ministro del Señor.

Sè que no teneis riquezas,
 Cárlos; mas estas desprecio,
 Porque solo el hombre necio
 Se sacrifica á ellas, sí;
 Yo tengo las suficientes
 Para hacer vuestra fortuna,
 Porque Carmen, no otra algun a
 Persona, me hereda aquí.

Y á Dios, quedad, que ya os dejo
 Para que habléis libremente,
 Y amor os jureis ardiente,
 Sin que los estorbe yo.
 Y sin que lugar les diera
 A que ellos le contestaran
 Y su afecto le espresaran,
 De la estancia se salió.

CARLOS.

¡Cuán bueno es D. Ramiro, Carmen mia:
 Nadie en bondad, ¡oh! no, nadie le iguala:
 Nadie: que él solo los afectos nobles
 Aprécia tierno de las tiernas almas!

¡Oh! él me ha hecho ya feliz: Carmen, á él solo
 El bien le debo que alcanzar ansiaba:
 El bien de ser el dueño de tu mano,
 De tu mano que riego con mis lágrimas.

CARMEN.

Si; Carlos, si, felicidad tan grande
 El concedernos á él estaba destinada:
 A él que cual padre cariñoso y tierno,
 Me cuidó con afan desde mi infancia.

Mas Dios no dejará sin recompensa
 Su generosidad extraordinaria,
 Pues ha de oír las que alza tiernas súplicas,
 Por él pidiendo la infelice huérfana.

CARLOS.

Carmen, mi bien, para los dos amarnos
 El Señor nos crió, nos dió dos almas: .
 Dos almas que una á la otra están unidas,
 Y forman una que en amor se abrasa.

Des que te conocí, luz de mis ojos,
 Sentí en mi corazón la llama santa,
 De esa pasión ardiente que enajena,
 Y única de este mundo dicha grata.

Mas no: me engaño: si; mucho mas antes
 De que te conociera te adoraba,
 Si; y antes tal vez de que naciera ¡oh Cármen!
 Mi tierno corazon te idolatraba.

CARMEN.

¡Oh! con cuanta impaciencia el pecho mio
 Va el término a esperar que nos señalan,
 Tras el cual la ventura y los placeres
 Para siempre risueños nos aguardan!

Mas tú vendrás á verme en todo el tiempo
 Que medie hasta hallar fin á nuestras ansias.
 No te separarás tú de mi lado:
 No te separarás de la que te ama.

Veré de amor el fuego en los tus ojos:
 Escucharé de amor las tus palabras;
 Y al estrechar tu mano con la mia,
 Me abrasará el amor que á tí te abrasa.

¡Ah! ¿No es verdad, mi Cárlos, dueño mio?..
 ¿No es verdad que por siempre con tu amada
 Estarás sin dejarla ni un momento,
 Que fuera un siglo, para mí, de lágrimas?

CARLOS.

¿Puedes dudarle, Cármen, cuando tú eres
 Mi bien, mi única dicha, mi esperanza,
 Cuando natura entera se presenta
 Yerta á mis ojos si los tuyos no hallan?....

Si, encantadora Cármen, estos dias
 Que aun sin unirnos por pasar nos falta,
 A tu lado estaré, pues tú eres todo,
 Y sin tí, todo, bajo el cielo, es nada.

CARMEN.

Así te quiero yo, tierno y amante
 Conmigo solo, con la triste huérfana:
 Conmigo solo que la vida encuentre
 En tus tan tiernas plácidas palabras.

CARLOS.

¡Oh! mi Cármen, los ángeles tan solo
 En el cielo disfrutan dicha tanta
 Cual la que yo disfruto al escucharte
 Y tu aliento al sentir que me embriaga.

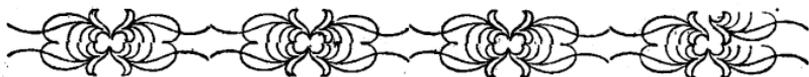
¡Ah! sí; y si persuadido no estuviera
 De que hay una mansion eterna y santa
 Destinada á los justos, yo diria
 Que no hay tal cielo donde tú no te hallas.

Y si á morir me condenases, Cármen,
Porque á tu corazon esto halagaba,
Yo, para no perderte, ídolo mio,
Acaso, en mi delirio, te matara.

Porque vivir no puedo sin mirarte:
Porque tu aliento alienta á la mi alma:
Porque tu fuego vivifica el fuego
Que siento dentro el pecho que te ama.

Y esto al decir los brazos mútuamente
Se echaron con amor, amor que abrasa;
Y eterna fé juráron uno al otro
Derramando los dos brillantes lágrimas.





PASO SEGUNDO.

EL JUEGO.

Dias hay sin un placer,
Noches hay sin una estrella.

J. AROLAS.

CUATRO dias transcurridos
En nuestra leyenda van,
Y en un gran salon reunidos
Multitud de hombres están
En jugar entretenidos.

Es la Pascua tan hermosa
Que en Tlalpam todos los años
La gente celebra ansiosa,
Donde del pais y estraños
Se vé reunion numerosa.

Allí el vivo comerciante
Que por nada se alborota,
Y el poeta y estudiante
Andan, con afan constante,
Tras el caballo y la sota.

· Todo es allí confusion,
Todo placer y alegria,
Todo bulla y diversion,
Todo fiesta, algarabia,
Y eterna conversacion.

De ninguna clase falta
En Tlalpam gente jugando,
Que la sociedad mas alta
Por su lujo alli resalta
Con la que está contrastando.

Allí el ignorante, el sábio,
El paisano. el militar,
La casada y por casar,
Mueven tan solo su lábio
Bien al perder ô al ganar.

Allí un inmenso tesoro
Se vé en las casas de juego,
Y brillan cual brillo el fuego,
Cuarenta mil onzas de oro
Que perturban el sociojo.

Que es el juego permitido
 Estos dias solamente;
 Y acude ansiosa la gente
 Por ver si en dicha ha caído,
 Y enriquece derepente.

Y en las cuatro leguas, sí,
 Que hay de distancia inclemente.
 Desde México hasta allí,
 Lleno el camino de gente
 Siempre está, cual yo lo ví.

No se vé quieto un carruage
 En México en tal funcion,
 Que desde el coche *simon*
 Hasta el de alto personaje,
 Están en continúa accion.

Y en continúa accion tambien
 El dinero en Tlalpam se halla,
 Y cuando el tallador talla,
 Los que gañan dicen "bien"
 Y el que pierde sufre y calla.

Los que de México van,
 Llegan alegres, contentos,
 Y á los que en Tlalpam están
 Los encuentran macilentos,
 Tristes y llenos de afan.

—Fulano, ¿que tal te ha ido?
 Del que llega es la pregunta,
 En que ha de ganar creído:
 —Ni un peso tengo: he perdido.”
 Le dicen con faz difunta.

Y los que tras los doblones
 Van muy llenos de ilusiones,
 Llegan al fin á perder;
 Y á las huertas á comer.
 Van muertos de hambre, perones.

Y sin tener con que el coche,
 Para volverse, pagar,
 Tienen allí que quedar,
 Y en la plaza, sin cenar,
 Pasar una mala noche.

Mas entremos, ¡oh lector!
 Que ya es tiempo, á una partida,
 Donde se vé, con dolor,
 Tanto y tanto jugador,
 Con la faz descolorida.

Entremos, sí, que allí miro,
 Con el cabello erizado
 Y en sudor frio bañado,
 Al infeliz D. Ramiro
 Junto a la mesa sentado.

Mil onzas llega á poner,
En este instante, á una carta;
El albur va ya á correr,
Y los ojos él no aparta,
Con el temor de perder.

Todos en silencio están
Conteniendo hasta el aliento
En tan crítico momento,
Con ese indecible afán
De esperanza y de tormento.

Ved cual muda de color
A cada carta que sale,
D. Ramiro en su dolor;
¡Oh! mas que ser jugador,
En la miseria estar vale.

A cada carta importuna,
De Ramiro el corazón
Siente una aguda opresión,
Que en una está su fortuna,
Y en otra su perdición.

Mas ¡ah! un gesto de pesar
Hace, y los labios se muerde
Hasta hacer sangre brotar,
Que al fin las mil onzas pierde
Que nunca ha de recobrar.

—Un solo albur no ha ganado

D. Ramiro: dijo un hombre
A otro que estaba á su lado.

—Si así sigue, no te asombre
Verle mañana arruinado.

De la partida era el dueño

D. Pedro, aquel fiero amante
De adusto y de ingrato ceño,
Que de Cármen ser el dueño
Quiso necio y arrogante.

Y al mirar que se arruinaba
El desgraciado Landia,
Placer inmenso gozaba,
No tanto porque él ganaba
Cuanto porque aquel perdía.

Que por su mente cruzado
Hubo de pronto una idea,
Idea que le ha halagado,
Porque en su ruina ha mirado,
La ventura que él desea.

Sí; quiere llegue á perder
D. Ramiro su riqueza;
Y despues se la volver,
Pidiéndole por muger
A Carmen que es su belleza.

Y su proyecto infernal
Favoreció la fortuna,
Porque su inmenso caudal,
Sin ganar carta ninguna,
Llegó á perder por su mal.

Allí á D. Pedro pidió
Cuanto jugar él queria,
Y todo, todo perdió,
Y á D. Pedro se quedó
Debiendo cuanto tenia.





PASO TERCERO.

UN DESAÑO.

Diego.—¿Estais pronto? Felix.—están contados.
Vamos andando.—¿Os reis?
Pensad que á morir venis.
Son mil trescientos ducados.
J. DE ESPRONCEDÁ.

**Allí, en la misma casa donde vimos
Amor jurarse para siempre eterno
A Carlos y su amada, se halla ahora
Un hombre, triste, y con adusto ceño.**

**Sentado está junto á una mesa hermosa
De caõba, labrada con esmero,
Sobre la que se miran en desorden,
Libros, papeles, y otros mil objetos.**

Encima de la mesa el codo tiene
 Con negligencia y abandono puesto,
 Y en la mano apoyada la ancha frente
 Pálida y fria como el duro hielo.

La otra mano, furioso algunas veces,
 Como impulsado de un dolor secreto,
 La lleva á la cabeza de repente,
 En desórden poniendo sus cabellos.

Los ojos fijos en un punto tiene:
 Con ansia late su robusto pecho;
 Y al respirar parece que algo arroja,
 Pues que con fuerza atroz sale su aliento.

Un sudor frio de su frente corre:
 Dé su corbata el lazo esta deshecho;
 Y cuelgan las dos puntas con descuido,
 Sobre el hombro, dejando libre el cuello.

Su faz se encuentra pálida y sombría;
 Están sus lábios blancos y resecos:
 En desórden su ropa fina y nueva,
 Y á mas desabrochado su chaleco.

Asi por un gran rato se le mira,
 Como estatua glacial, sin movimiento,
 Hasta que al fin lanzando hondo suspiro,
 Pronunció estas palabras “¡No hay remedio!”...

“¡Es preciso morir!...¡Nada me queda
 “Ya sobre el mundo, para mi, halagüeño...!
 “La vida es dulce para aquel que goza...
 “Morir, para el que sufre, es un consuelo”...

Y estas palabras al decir terribles,
 De la mesa el cajon abrió al momento,
 Y dos pistolas de él sacó, que ansioso,
 Las revisó con cuidadoso anhelo.

Colocólas despues sobre la mesa
 Con aparente y singular sosiego,
 Y volviendo á sentarse con reposo,
 Esta carta á escribir se puso atento,

“Me mato, porque en rigor
 “Me es ya insufrible la vida,
 “Y de mi mal ser suicida
 “Quiero y mi ardiente dolor.
 “Me mato porque valor
 “No tengo para sufrir
 “Y en la miseria vivir;
 “Que aquel que de la grandeza
 “Cae, como yo, en la pobreza,
 “Lo que le resta es morir...

“¡Morir, si... Mas ¡ah! no ignoro
 “Que al dejar aquí de ser,
 „Al punto á comparecer“
 “Voy ante ese Dios que adoro...
 “Bien sè que por el tesoro
 “Que me prestò (y que es la vida)
 “Cuenta pedirà cumplida
 “A este hombre desventurado,
 “Y que de él me echará airado
 “Al ver que soy un suicida...

“¡Suicida!...si...yo lo soy...
 “Mas ¿no puedo, á mi albedrio,
 “De esta vida, que es bien mio,
 “Disponer do quier que voy?...
 “¡Ah! no: ¡cuán errado estoy!...
 “Si nuestras las vidas fueran
 „Muchos ¡ay! no se murieran
 “Porque aprecian este mundo,
 “Do, con delirio profundo,
 “Eternamente vivieran!...

“Hay un Dios, sí, bien lo sé:
 “Hay un Ser Omnipotente
 “Que reprueba el que, inclemente,
 “La muerte el hombre se dé.
 “En la vida quien dió fué;

“Y él solamente quitar
 “La puede al que vè penar;
 “Y no el hombre temerario
 „Que es solo depositario
 “De lo que cuenta ha de dar.

“Mas ¡ah! que un delirio interno
 “Se apodera de mi mente;
 “Y siento abrasar mi frente
 “Por un fuego sempiterno...
 “Miro próximo el infierno...
 “Mas no puedo resistir
 “A este continuo sufrir;
 “Y quiero arrancar la vida,
 “Porque mientras soy suicida
 “Descansaré en mi gemir!...

“A nadie, á nadie en rigor
 “Culpen de mi dura muerte,
 “Sino á la terrible suerte
 “Que me trató con furor...
 “He sido un vil jugador...
 “Jugador desenfrenado
 “Que en el juego me he arruinado,
 “Y que al mirarme perdido,
 “El matarme he decidido.
 “Por no vivir desdichado.

“¡Adios, Carmen, vida mia!...
 “Adios!... Te dejo en el mundo
 “Sola con tu amor profundo,
 “Sin ventura ni alegría...
 “Mas ¡ah! de tu pena impia
 “El fin podrás encontrar
 “En Cárlos, á quien amar
 “Debes y entregar tu mano,
 “Cual te lo ruego yo ufano
 “Cuando me voy á matar.”

Y esto diciendo, dejó
 De escribir; y la arma impia,
 Con su mano dura y fria
 Con ciega furia cojió.
 La llave la preparó:
 Juntó á su palida frente
 De la pistola inclemente
 La boca sin que le asombre;
 Mas al disparar, un hombre
 Su mano asió de repente.

Hombre—D. Ramiro ¿qué es esto?... á la vida
 Atentais con rigor tan tirano?...
 Dijo el hombre que entrara, la mano
 Agarrando del que íbase á herir.

Ramiro—!Ah! soltadme, soltadme, D. Pedro
 No quereia con un bien darme un daño,
 Cuando el daño es un bien sin engaño,
 Y es la vida un continuo morir.

Pedro—¿La odias tanto?.. ¿qué causa, decidme?.

Ramiro.—Vos la causa me habeis preguntado
 Cuando sois quien mi ruina ha causado,
 Cuando sois quien ganó mi caudal!...
 Sin recursos, sin nada en el mundo,
 ¿Qué me resta en mi mísera vida?...
 Solo ser, por mi mal, un suicida,
 Para hallar un consuelo á mi mal.

Pedro.—¿Y pensasteis que yo, vuestro amigo,
 Vuestro amigo mas fiel y constante,
 Os viniera en tan crítico instante
 A insultaros, viniendoos á ver?...
 No; muy poco de mi alma el afecto
 Conoceis, D. Ramiro apreciado,
 Dueño sois del caudal que he ganado,
 No habeis nada llegado á perder.

Ramiro.—¿Qué decis?... —.-La verdad: nada quiero
 De ese inmenso tesoro, no, nada:
 Si la suerte os mostró faz airada,
 Yo á serviros leal vengo y fiel.
 Aquí está vuestra firma, do todo
 Mio que es lo decis, dijo luego
 Con afan enseñándole un pliego;
 Pues mirad ya deshecho el papel.

Y pedazos haciendo menudos,
 Prosiguió con acento amistoso,
 D. Ramiro, ya sois venturoso,
 Ya podeis vuestra vida apreciar

Ramiro.—¡Ah! mil veces, mil veces los brazos,
 Dadme, sí, mi benévolo amigo,
 ¡Ah! jamás, el Señor es testigo,
 Se ha, este bien, de mi pecho borrar.

Pedro—Yo ahora soy quien debiera la vida
 Ya quitarse, la vida terrible
 Que una carga es inmensa, insufrible,
 Para aquel que cual yo sufre aquí.
 Para aquel que cual yo siente el fuego
 De pasión ardorosa, inclemente,
 Para aquel que la dicha no siente,
 Y el dolor no se aparta de sí.

Ramiro.—¿Aun os dura ese amor?—D. Ramiro,
 Ese amor es mi bien, mi consuelo;
 Mas ¡que hacer! si ninguno en mi anhelo
 Miro tenga de mi compasión.
 ¡Ah! la imagen de Carmen, grabada
 Llevo siempre en mi pecho; y la muerte
 Ha de darme este amor duro y fuerte
 Que destroza mi fiel corazón.

Mas me olvido que solo he venido
 A aliviar vuestra pena importuna,
 Y no á hablar de mi triste fortuna
 Que pudiera vuestra alma afectar.

Adios, pues, D. Ramiro: felice
 Sed desde hoy como yo lo deseo,
 Yo que estiendo la vista y no veo
 Para mí mas que eterno penar.—

Bien sabia don Pedro que habia
 Don Ramiro de allí agasajarle,
 Y de casa salir no dejarle
 Su servicio anhelando pagar.
 Que su objeto de Carmen la mano
 Alcanzar era ya solamente,
 Y por eso mostrose clemente
 A Ramiro anhelando ganar.

Y su anhelo logró: pues Ramiro
 Al favor que le hiciéra pagado,
 Al juzgarle á su vez desdichado,
 Quiso fino mostrarse con él.
 Y su mano cogiendo afectuoso,
 De servir con el plácido empeño,
 Díjole con semblante risueño,
 Las palabras que copio aquí fiel.

—Vuestra es Carmen, don Pedro, desde ahora:
 Dueño sois, confiad, de su mano;
 Pues no puedo ser duro y tirano
 Con quien pruebas me dá de amistad.

Me habeis hecho feliz para siempre:
 Me habeis vuelto cuanto hube perdido;
 Y yo á hacerlos estoy decidido
 Dueño, sí, de esa jóven deidad.

Veré á Cárlos: diréle que anhelo
 Que de Carmen se olvide, á quien ama:
 Que del pecho mitigue la llama,
 Y no vuelva ya á hablarla de amor.
 Y que, en fin, no prosiga viniendo,
 Porque ya de proyecto he variado,
 Y que nunca por Carmen premiado
 Ha de ver de su pecho el ardor.—

La alegría pintose en el rostro
 De don Pedro, cuando hubo entendido
 Que su anhelo ya estaba cumplido,
 E iba esposo de Carmen á ser.
 Y estrechando á Ramiro en sus brazos,
 Demostróle, con plácido acento,
 De su pecho la dicha y contento,
 Su ventura infinita y placer.

Ramiro.—Ahora mismo que llámen á Cárlos
 Voy á hacer para hablar largamente;
 Y á un criado mandó diligente
 Que le fuera al instante á buscar.

Y don Pedro estrechando su mano
 Despidiose, diciendo à Ramiro,
 “Hasta luego quedad, me retiro
 Entre tanto que vos vaisle á hablar.”

“¡Soy feliz!...” esclamó con contento
 Don Ramiro, cuando hubo salido
 De la sala don Pedro, ya henchido
 De esperanza y ventura à la par.
 “Ya soy dueño otra vez del tesoro
 “Que perdí, por mi mala fortuna:
 “Ya no temo desgracia ninguna;
 “De la vida ya puedo gozar....”

Y no bien pronunció estas palabras,
 Cuando entró, de don Cárlos al lado,
 Diligente al momento el criado .
 Que en su busca Ramiro mandó.
 Y al quedarse los dos en la sala
 Sin testigo ninguno que oyera,
 Don Ramiro, con faz muy severa,
 De esta suerte al amante le habló.

—Tengo, Cárlos, que hablaros largamente
 En este instante de un asunto serio,
 De un asunto que á vos y á mí infinito
 Nos interesa, cual vereis muy presto.

Confío, pues, en que objecion ninguna
 Pondreis á mis palabras, caballero,
 Y que no insistireis al escucharme,
 En hacer que varíe mis proyectos.

Ya toda resistencia fuera inútil:
 Es inmutable ya mi pensamiento;
 Y no esperéis retractacion ninguna
 De aquello que á exigir os voy muy presto.]

Pues cuanto vos hicierais ya, don Cárlos,
 No serviria mas, os lo prevengo,
 Sí no á comprometer de vuestra Carmen
 La dicha, la ventura y el sosiego.

Quedó Cárlos un rato sorprendido
 Sin nada comprender de todo aquello;
 Mas lleno el corazon de mil temores,
 Que es présago del mal del hombre el pecho.

Y conjurar queriendo la tormenta .
 Que veia venir, por su tormento,
 Contestó á don Ramiro estas palabras
 Con gran moderacion y gran respeto.

—Don Ramiro, cualquiera que la órden
 Seà que ahora me deis, estad bien cierto
 De que la he de cumplir esactamente,
 Pues complaceros es todo mi anhelo.

—¿Os habeis de acordar de esa promesa?...
 —Jamás me olvido yo de lo que ofrezco;
 Y menos de promesas que á personas
 Hago de estimacion y de respeto.

—Pues bien, don Cárlos, consideraciones
 Particulares que olvidar no puedo,
 Y de una niña, que al morir su padre,
 A mi cuidado se quedó en el suelo:

 Mi deber en cuidarla como á hija,
 Pues de padre el deber duro me he impuesto;
 Y de su bien futuro y su ventura
 Mi ardiente por demás y fino anhelo:

 Y mil otros motivos que prolijo
 Fuera ir enumerando en tal momento,
 La obligacion de revocar me imponen
 La promesa que os hice hace algun tiempo.

 De mi Carmen la mano me ha pedido,
 Háce un instante, con afán, don Pedro:
 Don Pedro de Guzman, á quien sin duda,
 Sabeis lo mucho, Cárlos, que le aprecio.

 Es hombre rico y poderoso y fino,
 Y que hará mas feliz, segun yo creo,
 A mi adorada Carmen, que vos, Cárlos,
 La pudierais hacer en este suelo.

Repito que ademas motivos muchos
 Para obrar de este modo, amigo, tengo;
 Y que nada á variar podrá obligarme
 Esta resolución que en mucho aprecio.

Si deseais realmente la ventura
 De la hija de mi amor, como yo creo,
 Para hacerla feliz un sacrificio
 Debeis hacer, cual el que pido, inmenso.

Cuento con la honradez vuestra, D. Carlos,
 Y con vuestros hidalgos sentimientos
 Que me son en extremo conocidos,
 Para ver realizado mi proyecto.

Y para estar seguro de que nunca
 Del ascendiente abusareis inmenso,
 Que teneis sobre mi hija pura y tierna,
 A la cual rica ver y feliz quiero!

Tambien cónfio en que jamas, D. Carlos,
 Insistireis en que renuncie, ciego,
 A la resolución que ahora he tomado,
 Por que en ella de Carmen el bien veo.

Y confio por último, mi amigo,
 En que tendreis el regular talento
 Para entender que aquí vuestra presencia
 Está de mas y que perdeis el tiempo.—

El jóven cual de un rayo quedó herido,
Sin saber que decir tal cosa oyendo,
Dudando de sí cuanto le pasaba
Era la realidad ó acaso un sueño.

Su vista se nubló: quedó oprimido
Por un instante su robusto pecho,
Y contestó con voz débil y floja
Así, despues de un rato de silencio.

—No me mateis por Dios, no, D. Ramiro;
No me mateis con tan terrible empeño:
Mi alma sobrevivir ¡ay! no podría
A esta separacion del bien que aprecio.

No se de que espresiones y palabras
Servirme en este instante horrible y fiero,
Para haceros saber que á mí y á Carmen
Nos causará la muerte vuestro anhelo.

¡Oh! por lo mas sagrado!... por la sangre
Que derramó el Señor en el madero!...
Por la que el ser os diera, D. Ramiro,
Que desistais de tal empresa os ruego!...

—En vano procurais ya disuadirme:
Estoy á no ceder nada, resuelto;
Y repito que habreis ya conocido
Que aquí no se apetece mucho veros.

—¡Oh! Dios mio!.. exclamó con ansia extrema;
 Y puesta la cabeza sobre el pecho,
 Abismado quedó por un instante
 Guardando un largo y sepulcral silencio.

Pero del estupor que le embargara
 Las facultades todas, ya volviendo,
 A D. Ramiro dijo: “resistencia
 “A vuestra voluntad poner no quiero.”

Y en voz baja añadió luego al marcharse,
 Estas palabras con dolor acervo,
 “Mas no iré sin hablar antes con Carmen
 “A la que oculto tras la puerta espero.”

No bien salió D. Carlos de la sala,
 Cuando á ella entró la jóven, ángel bello
 De inocencia y virtud, que amor un trono
 Formado habia en su sensible pecho.

CARMEN.

¡Ah! ¿no es Carlos, padre amado,
 Quien salió ahora diligente?
 —No te has, Carmen, engañado.
 —No se engaña facilmente
 Ningun pecho enamorado.

—Es por demas, hija mia,
 Que te pondere el amor
 Que te he tenido hasta el dia,
 Porque tú eres mi alegria
 Y mi ventura mayor.

—Y todos los dias, sí,
 Pruebas me dais, padre mio,
 De ese cariño hácia mí;
 Cariño que nunca ví
 Igual en el mundo impio.

—Y tú, Carmen adorada,
 ¿Me amas, cual yo, tiernamente?
 —¡Oh! padre mio, no hay nada
 Que iguale al amor ardiente
 De vuestra hija afortunada.

¿Pues qué, podriais creer,
 Que vuestra solicitud
 En cuidar mi juventud,
 La pagara esta muger
 Con fatal ingratitud?

¡Ah! no: daria por vos
 Lo mas caro... mi existencia;
 Todo menos mi inocencia,
 Cual de ello es testigo Dios
 Que me mira con clemencia.

—Y sin embargo, hija mia,
 Temo pedirte un favor:
 Porque temo tu alegría
 Convertirla en pena impia,
 Y tu ventura en dolor.

—Si quereis verme morir
 De pena, padre adorado,
 No teneis mas que insistir
 En creer que he de sufrir
 Si un bien os hubiere dado.

—Pues bien, Carmen inocente,
 Dijo abrazándola tierno;
 A pedirte solamente
 Voy un favor, que el Eterno
 Ha de premiar largamente.

—Podeis hablar sin temor,
 Seguro que he de cumplir
 Cuanto anhéleis, con amor;
 Y de que yo he de sentir
 Gusto en servirlos, señor.

—Pues bien, de ello convencido,
 Y de que no has de poner
 Obstáculo, bien querido,
 A lo que yo he decidido,
 Voy á hablarte á mi placer.

Que en esta medida activa
Que ahora, Carmen he tomado,
Solo á tu bien he mirado,
Y en ella veo que estriva
Tu bien futuro anhelado.

Por lo mismo que me atiendas
Quiero sin mostrar disgusto;
Y que conocer pretendas,
Sin que por nada te ofendas,
De que cuanto pido es justo.

Me dijiste, hace un momento,
Que por mí dieras la vida
Llena de dicha y contento;
Pues bien, yo tanto no intento
Pedirte, Carmen querida.

Un sacrificio, no fiero,
Solamente es lo que quiero
En este instante de tí:
Para tí, corto y ligero,
Y muy grande para mí.

Carmen, en una palabra,
Quiero que del corazon
Arrojes esa pasion
Que á Carlos tienes, y labra
Mi eterna condenacion.

Quiero ya que para tí
 Sea un hombre indiferente;
 Y que cuando vuelva á aquí,
 Le trates tiranamente
 Para complacerme á mí.

Ese enlace está deshecho,
 Pues fuera tu desventura:
 Aun es tiempo, por ventura,
 De que destierres del pecho
 Esa pasión, hija pura.—

Quedó Carmen un momento
 Sin saber lo que pensar,
 De tan brusco tratamiento,
 Llena de pena y tormento
 Y sin poder respirar.

Pero por fin recobrando
 Poco á poco su valor,
 Triste un suspiro exhalando
 Y lágrimas derramando,
 Contestó así con ardor.

—¡Ah! un sacrificio lijero,
 Que me pediais dijisteis....
 Grande es como el mundo entero,
 Pues que olvide me pedisteis
 A quien mas que á mí le quiero.

Vos, que nunca habeis amado,
 La fuerza de esta pasion
 No conoceis, padre amado;
 De esta pasion que ha grabado
 Dios en nuestro corazon.

Que es nuestro bien, nuestro anhelo,
 Nuestro placer, nuestra vida,
 Nuestra ventura y consuelo,
 Nuestra dicha, nuestro cielo,
 Nuestra salvacion querida.

No sabeis que no se puede
 Olvidar á quien se adora,
 Ni que llama abrasadora
 Que en fuerza á todas escede,
 Al que ama, cual yo, devora.

¡Ser amada y tierna amar!....
 ¡Hacer sentir y sentir
 Y amor eterno gozar!....
 Esto es ser, esto es vivir:
 Esto es en la gloria estar.

Eso es en un grato eden
 Vivir feliz, sin dolor:
 Eso es sentir el amor:
 El solo, el único bien
 Que nos diera el Criador.

¡Y me pedis que del pecho
 Destierre el bien que me alienta!
 La pasión que me sustenta,
 Cuando aquel un etna hecho
 Con su atroz fuego rebientá!....

¡Y quereis, con dulce calma,
 Que su imágen tan querida
 Olvide yo, fementida,
 Cuando es de mi cuerpo el alma,
 Y la vida de mi vida!

¡Y quereis, cuando me advierte
 Vuestra lengua me amais tanto,
 Ver correr mi triste llanto,
 Y que pronuncie mi muerte
 Renunciando al que es mi encanto!

¡Oh! sin duda entendí mal:
 No me habeis pedido, no,
 Que á Carlos olvide yo,
 Vos cuyo amor paternal
 Mi eterna dicha labró.

—Perfectamente has oído
 Mis palabras, hija mia:
 Eso es lo que te he pedido,
 Que ese amor dés al olvido
 Para causar mi alegría.

Nada tengo que añadir,
 Dijo con severidad:
 Sé bien tu docilidad,
 Y que has ciega de cumplir
 Con mi última voluntad.

Ese enlace está deshecho:
 Carlos no puede ser tuyo;
 Mas si esto olvida tu pecho,
 Por advertirte concluyo
 Que temas, sí, mi despecho.

Y de la sala salió
 Con enojo esto al decir;
 Y Carmen triste quedó,
 Y en sollozos prorrumpió
 Sin poder su mal sufrir.

— ¡Qué me sucede, Dios mio!...
 Yo que soñaba ha un momento
 En la dicha y el contento,
 Despierto ¡ay! en el dolor!...
 Y no hay un ser que consuele
 A esta infeliz desgraciada!...
 ¿Dónde se halla, desdichada,
 El que es mi vida y mi amor?.

— En tus brazos, dijo Carlos
 Saliendo ya sin recelo:
 En tus brazos, en el cielo,
 En la gloria del Señor.
 Si; en el cielo y en la gloria:
 Que la gloria refulgente
 Es, para mí, solamente
 La que es mi vida y mi amor.

— Carlos, Carlos, ¿has oído...
 — Todo, sí, todo he escuchado,
 Y al oírte me he olvidado
 De que en el mundo hay dolor:
 Me he olvidado de que existe
 Un rival, rival impio;
 Pues calmaba el dolor mio
 La que es mi vida y mi amor.

— ¡Oh! Carlos, si tú supieras
 Todo el amor de mi alma....
 Si supieras que la calma
 Nunca ha gozado en mi ardor!...
 De esta muger infelice
 Te compadecieras, tierno;
 Que es mi pensamiento eterno.
 El que es mi vida y mi amor.

Mi único bien, mi delicia,
 Eres tú, Carlos, tú solo:
 Tú, que ageno de vil dolo,
 Me amaste con fino ardor:

¡Ah! por eso á todo el mundo,
 Aunque sin cesar sufriera,
 Constante yo prefiriera,
 Al que es mi vida y mi amor.

Porque es de él, de él solamente
 Mi triste y amarga vida;
 De él, á quien estoy rendida:
 De él que calma mi dolor.
 Y si él me olvidase ¡oh cielos!
 Por mi desgracia algun dia,
 Yo siempre fiel amaría
 Al que es mi vida y mi amor.

—¡Olvidarte!... Nunca, nunca:
 Yo que en verte un bien recibo:
 Yo que por tí solo vivo
 En el mundo corruptor;
 Siempre te he de amar constante
 Sin olvidar tu memoria;
 Por que es mi bien y mi gloria,
 La que es mi vida y mi amor.

Que venga, que venga ahora
 Ese rival, ese hombre
 Del cual detesto hasta el nombre
 Porque á tí te causa horror.
 Veremos si me arrebatá
 En su fatal furia impía,
 A la que es la gloria mia,
 La que es mi vida y mi amor.

D. Pedro que á instantes pocos
 De haber D. Carlos entrado
 A hablar á su dueño amado,
 Ansioso tambien llegó,
 Al verles, tras de la puerta,
 Sin ser visto, se detuvo,
 Y atento escuchando estuvo
 Lo que cada cual habló.

Mas resistir no logrando
 El fuerte enojo y despecho
 Que los celos en su pecho
 Hicieran, fieros, brotar,
 Dió en el suelo una patada
 Que asustó á la tierna amante,
 Y con furioso semblante
 A la sala llegó á entrar.

Y “aquí está:” dijo llegando
 A su rival al instante.

—¡Gran Dios... exclamó la amante.

—¡Vos!..., dijo Cárlos, cruél.

—El campo está abierto, vamos;
 Porque para un hombre, es mengua,
 Que en vez del arma, la lengua
 Hable, si noble nació él.

—Os sigo.—Abajo mi coche
 Por fortuna se halla ahora.

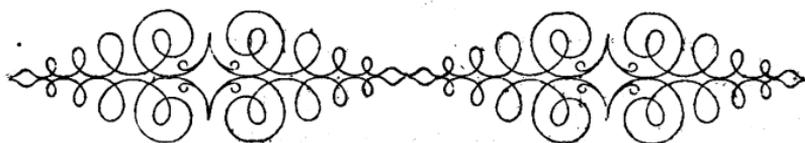
—Salgamos, pues, sin demora,
 Y al punto Pedro salió.

Pero Carmen á las plantas
 Se echó de Carlos, rendida,
 Y á sus rodillas asida,
 Que anduviera le impidió.

Déjame, Cármen, ¡ah! deja...
 Pues quedarme aquí no puedo...
 No crea que tengo miedo...
 ¡Miedo!... ¡oh vergüenza, oh valdon!...
 Ni un instante, ni un instante
 Me detengas, si algo me amas;
 Pues si me tienes, me infamas,
 Y echas sobre mí un borron.

—Y tú llenarás de luto,
 Si mueres, toda mi vida:
 ¡Ah! no: al mirarme aflijida
 No saldrás, ¡oh! no, de aquí.
 —Cármen, por Dios te lo ruego:
 Déjame, déjame, ¡oh! bella!
 Y desprendiéndose de ella
 Logró al fin salir de allí.

Y Carmen cayó en el suelo,
 Al mirarle que partía,
 Sin sentido, yerta, fría,
 Pálida el rostro, mortal.
 Y así estuvo un largo rato,
 Hasta que su aya Doña Ana,
 Llegara á allí, y tierna, humana,
 La hizo volver de su mal.



PASO CUARTO.



VIRTUD Y POBREZA.

Este de cuantos males
Produce amor, elijo
Por único desvelo
Que queja puede ser, sin ser delito.

GERARDO LOBO.

EN una humilde alcoba, oscura estrecha,
Desprovista de muebles y de alhajas,
Sobre un mísero lecho yace un hombre
Sufriendo mil tormentos que le matan.

Los ojos tiene hundidos hasta el cráneo:
Las manos en extremo descarnadas:
Blancos los labios y la lengua roja:
El pulso debil y la faz muy pálida.

Una muger hermosa está á su lado
 Sin apartar jamás de él su mirada,
 Con los brazos cruzados sobre el pecho,
 Sobre el que cae brillante alguna lágrima.

Su edad no es de una jóven inocente
 Que por su juventud reúne mil gracias,
 Jóvenes cual las flores que no brillan
 Sino un momento que veloce pasa.

Es una muger ya: muger que cuenta
 Siete lustros de vida y de desgracias;
 Pero hermosa; robusta, de alto seno;
 Fresca, de enhiesto cuello, y bien formada.

De ojos negros y vivos cual estrellas:
 De tornêado brazo y breve planta:
 De pelo negro y abundante mucho:
 De faz risueña y de estatura alta.

Muger, sí, de esás que ángeles son bellos
 Cuando se encuentran en la tierna infancia;
 Y que en la juventud son reinas, diosas;
 Y hermosas en la edad que otras acaban.

Lindos tres niños á su lado tiene:
 Que un instante no cesan de mirarla:
 Dos con afan cojiendo su vestido,
 Y el mas pequeño encima de la cama.

El infeliz enfermo, con cariño,
 Fija en ellos su lánguida mirada,
 Triste cual la de aquel que por vez última
 Se despide infelice de su pátria.

Al ver llorar, los desgraciados niños,
 A la que el ser les diera y les cuidara,
 Agolparse en sus párpados sentian,
 Sin poder contener, amargas lágrimas.

Esta terrible escena, que pudiera
 De un asesino conmover el alma,
 Sentado un hombre contemplaba, frio,
 Con una indiferencia extraordinaria.

Fijos los ojos en la esposa tiene
 Del moribundo que suspiros lanza:
 En aquella muger que le fascina
 Y esclavo de la cual su pecho se halla.

Estático contéplala hace rato;
 Y ni un instante de su rostro aparta
 La vista, que encendida por el fuego
 Está que siente dentro de su alma.

Bien conoce la hermosa que es objeto
 Acia el cual se dirigen las miradas
 Del hombre temerario que se encuentra
 De su esposo infeliz junto á la cama.

Y por eso tal vez cuida la triste
 De no hablarle jamas una palabra,
 Y de que no se encuentren los sus ojos,
 De él con los ojos que despiden llamas.

—Doctor, dijo por fin el moribundo,
 Haciendo un grande esfuerzo y lleno de ansia,
 El estado decidme en que me encuentro,
 Y si hay de que me alivie una esperanza”...

Al oir del enfermo el triste acento,
 Se estremeció el doctor que no esperaba
 Esta pregunta, recelando hubiera
 Sorprendido el esposo sus miradas.

Mas conociendo al fin que era imposible
 Que descubrir pudiera el pobre, nada,
 El pulso le tomó tranquilamente,
 Quemando con su mano la otra helada.

—Estais mejor, D. Juan: ayer sin duda,
 De salvaros la vida yo dudaba;
 Mas ahora noto alivios, que me prestan,
 De daros la salud, mucha esperanza.

Adios, amigo mio: voy contento
 Porque Dios ha escuchado mis plegarias,
 Que, unidas á la ciencia, del sepulcro
 Os han sacado á donde ya marchabais.”

Y cuando de la alcoba se salia,
 Llamó el enfermo á su conserte amada,
 Y la dijo: "María, dile, dile,
 "Si es cierto que mejor que ayer me halla.

"Dile si es cierto, porque yo me encuentro
 "Cada instante mas débil, sí, mi alma" ...
 Y la esposa infelice salió al punto
 Tras el doctor que fuera la esperaba.

Bueno será advertir al que esto lea,
 Que la escena presente donde se halla,
 En un dia lluvioso lugar tuvo,
 Del Puente de la Leña en una casa.

El agua de la acequia, mansamente
 Las canoas movia descargadas,
 Que sin indios remeros dentro de ellas,
 Unas con otras, sin cesar; chocaban.

La calle donde estamos, es, sin duda,
 De las menos hermosas y aseädas
 Que tiene la ciudad, aunque del centro
 Es cierto que se encuentra retirada.

Y lo mismo sucede al rumbo todo
 Por do las aguas de la acequia pasan,
 Hasta llegar á la risueña Viga,
 Cuya agradable vista nos encanta.

Ese costado del convento lúgubre
 De la Merced, por donde corre el agua
 Cubierta de inmundicia y corrompida,
 Que el fino olfato ofende del que pasa.

Esas curtiderías numerosas
 Que andando un poco mas despues se hallan,
 De do arrojan objetos que inficionan
 El aire con el fiero hedor que lanzan.

Los muchos curtidores que metidas
 En la acequia, afanados ya trabajan,
 Ensuciando muy mas el agua turbia
 Donde hay mugeres que su ropa lavan.

Todo un aspecto triste y repugnante
 Dá á las calles por do la acequia pasa,
 Hasta llegar, cual dije mas arriba,
 A la risueña Vega, hella y plácida.

¡La Vega!... aquí la vista se sorprende!...
 Aquí respira con placer el alma!...
 ¡Delicioso paseo!... sitio ameno,
 Poético, feraz, que nos escanta.

Mas ya hablaremos pronto de este punto
 Descrito con verdad, fluidez y gala,
 Por don Guillermo Prieto tantas veces,
 Aunque su acierto y su saber me faltan.

Y volvamos al punto de la historia
Donde don Juan á su consorte amada
Encargó que, al doctor que le asistia,
Si alivio en él veia, preguntara.

Salió María, sin quietud del cuarto,
Con el dolor el alma desgarrada,
Y se acercó al doctor, que ya impaciente,
A la infeliz afuera la esperaba.

Era el doctor de gigantesca altura;
Pero encorbado, seco y de faz pálida:
De pelo lacio, largo de pescuezo.
Como lo era tambien igual la cara.

Un leviton muy largo, que abrochado
En invierno y verano lo llevaba,
Un imponente aspecto á su persona,
Pero desagradable y fiero, daba.

Hipócrita y malvado hasta el extremo,
Era escuadrñadora su mirada:
Un hombre, en fin, que nunca hubo tenido
Ni una obra buena, ni palabra mala.

Henchido el corazon de vil lujuria,
En ella sola su placer cifraba;
Pero volable como el mismo viento,
Nunca tranquila se encontraba el alma.

Si encontraba un obtáculo, vencerlo
 Era todo su afan y toda su ansia;
 Y no habia para él medios ilícitos,
 Si al objeto servian que anhelaba.

Por eso al encontrar á sus pasiones
 Un escollo en la esposa idolatrada
 De su amigo infeliz, sintió en su pecho
 Encenderse el amor que le abrasaba.

Pero la esposa, fiel á los deberes
 Que á su consorte en el altar jurara,
 Mas firme cada vez, despreció, altiva,
 Ya los halagos, ya las amenazas.

Tal, pues, era el doctor á quien conoce
 Bastante ya el lector, y que aguardaba
 A la esposa infeliz fuera del cuarto,
 Do con sus hijos el enfermo estaba.

— ¡Ah! doctor: reveladme francamente
 Cómo hallais á mi esposo idolatrado:
 Decidme, por piedad, cómo se siente
 En este instante en que le habeis dejado.
 Tal vez por animarle solamente
 Le habeis dicho que se halla algo aliviado;
 Mas ¡ah! decidme, viéndome afligida,
 Si está en gran riesgo su preciosa vida.

Doctor.—No se, no sé, María, cómo se halla;
 Pues solo sé que vivo sin sosiego;
 Solo sé que á mi amor no encuentro balla,
 Y que me abrasa el corazon su fuego.
 Solo sé que esa vista me avasalla,
 Vuestra vista, la cual comtemplo, ciego.
 Y que un delirio atroz, si estais presente,
 Se apodera de mi alma y de mi mente.

Yo no sé mas que amaros, sí, María:
 Yo no sé mas que amaros con delirio:
 Con aquesa pasion que noche y dia
 Nos dá feliz placer y atroz martirio.
 No sé más que sentir la saña impia
 Del fuego de este amor, precioso lirio;
 No sé mas que sentir: no sé, en mi anhelo,
 Mas que adoraros, sí, pues sois mi cielo.

María—¡Oh! maldito ese amor sea mil veces....
 Maldito, sí, maldito, cielo santo:
 Maldito, sí, maldito, pues las heces
 Me ha hecho beber del infernal quebranto.
 Yo he levantado hasta el Señor mis preces
 Vertiendo de afliccion terrible llanto....
 Y nada; siempre vos, siempre, cual furia,
 Me habeis seguido henchido de lujuria.

Me dijisteis un dia, enfurecido,
 Al mirar mi firmeza y mi fé pura,
 Que á perseguirme estabais decidido
 Hasta llenar mi pecho de amargura.

Y vuestro juramento habeis cumplido
 Contra aquesta infelice criatura:
 Lo habeis cumplido, si; mas no hais logrado
 Manchár mi corazon noble y honrado.

A mi esposo dudar por un momento
 De mi virtud le hicisteis algun dia,
 Creyendo que, en su bárbaro tormento,
 Me abandonara con dureza impía.
 Verme era en la miseria vuestro intento,
 Para vencer, cruel, la virtud mia;
 Mas, ¡ah! Dios me escuchó, Dios, por mi suerte,
 Aunque mi primo recibió la muerte.

Mi primo, ¡ay Dios! mi primo que mi amante
 Dijisteis que era, sí, al esposo mio;
 Y que al verse insultado, delirante,
 Admitió del segundo el desafio.
 ¡Desafio fatal! que cada instante
 Recuerda el alma, por mi mal impío.
 Desafio fatal que vos causasteis,
 Y en el que sangre pura derramasteis.

Pero al mirar fallida la esperanza
 Que tuvisteis de verme en abandono,
 Seguisteis adelante en la venganza,
 Mostrando cada vez mas duro encono.
 Y guardando esa necia confianza
 De hacerme infiel, que nunca os lo perdono,
 A mi esposo infundisteis vicio al juego,
 Do se arruinó, cual anhelabais, luego.

Mas, ¡ah! ni la calumnia vergonzosa,
 Ni la miseria horrible en que me veo,
 Ni esa pasión funesta y ardorosa
 Que vomitada del infierno es creo,
 Ni esa persecucion tan espantosa
 Para lograr un bárbaro deseo,
 Son suficientes á manchar mi vida
 Mientras me encuentre á mi consorte unida.

Doctor.—Pues bien, libre sereis; yo haré pedazos,
 Para no encontrar valla á mi ventura,
 Esos eternos y terribles lazos
 Que á otro hombre os unen por mi desventura.
 Yo haré que libre, en mis amantes brazos,
 Vivais feliz, divina criatura,
 Pues daré á vuestro esposo una bebida
 Que ponga fin á su cansada vida.

Maria—¡Oh! ¿qué decis?... Temblad, temblad, malvado;
 De mi presencia huid, hombre maldito;
 Y si volveis, sabed que ya avisado
 El enfermo estará de tal delito.
 Huid, repito, huid, desventurado,
 Temed la ira de Dios, Padre bendito.
 Huid, y no volvais, porque mi esposo
 Ha de saber vuestro proyecto odioso.

Doctor.—Os guardareis muy bien, bella María,
 De decir lo que dije hace un instante;
 Porque yo que mentais le diria,
 Para un testigo desterrar constante

Que sobre vos vigila noche y dia,
De obstáculo sirviendo á un vil amante,
A quien correspondeis; y al ver tal dolo,
No á vos, á mí don Juan creeria solo.

María.—¡Es verdad!... ¡es verdad!... Pero es mentira:
Nadie entra aquí, no, nadie.—Bien, lo creo;
Pero él, en medio de su ardiente ira,
Os despreciara, como yo deseo.

María.—¡Ah! doctor, sois muy vil...!—Mi alma delira
Con vos, muger, que hasta en mis sueños veo:
Con vos; y descansar no hará un instante
Hasta que no premieis mi amor constante.

María.—Nunca, nunca: esperais, doctor, en vano:
Morir mil veces, si, morir prefiero
A unir mi mano ¡oh Dios! con vuestra mano,
Que es, para mí, de un enemigo fiero.

Doct.—¿Tanto me aborreceis?..—Sí, hombre inhumano.
—Pues bien, vuestro odio deshacer no quiero...
Adios quedad: adios, muger impía;
Mas ya vendrá de mi venganza el dia!...

Y al acabar de pronunciar, con furia,
El doctor, estas últimas palabras,
Dando marcadas pruebas de su enojo,
Salió al instante de la humilde sala.

Volvió María de su esposo al lado;
Llena de afan y de congoja el alma;
Y al mirarla el enfermo, con voz débil
La preguntó, cómo el doctor le hallaba.

— Dice que estás mejor; que del peligro
Has salido terrible en que te hallabas,
Y que abriga de verte fuera el lecho
Dentro de un mes, la plácida esperanza.

Y yo lo espero, si; porque yo espero
Todo de Dios á quien adora mi alma:
De ese padre de dichas que no olvida
De sus hijos las súplicas que le alzan.

— ¡Cuán buena eres muger!... bálsamo dulce
Para mi corazon son tus palabras!...
¡Ah!... tú á las puertas del sepulcro al verme,
Como un ángel estás que el bien derrama.

Y ¡cuánto, cuánto, ay Dios! por mí has sufrido!...
¡Cuántas, por mí, has vertido tristes lágrimas!...
¡Y cuantas de dolor amargas penas,
Te han costado mis celos, desdichada!...

¡Celos de tí!... de un ángel inocente,
Aun mas que la pureza, pura y casta!...
¡Ah!... perdona, perdona las ofensas
De un triste esposo que sin seso estaba!...

—Esposo mio, Juan, ¡ah! cesa, cesa!...
 Son tan tiernas y dulces tus palabras,
 Que el corazon me oprimen....no prosigas,
 Pues mal te hace el hablar... duerme y descansa..

Y en sus manos la mano del enfermo
 Estrechando la esposa desdichada,
 De rodillas se puso ante la imágen
 De la Vírgen, á orar, vertiendo lágrimas.

Sus tres niños al punto la rodearon;
 Y mientras el enfermo descansaba,
 En medio de ellos, con amor ferviente,
 Maria alzó hasta el cielo esta plegaria.

Madre mia, Vírgen Santa,
 Que miras mi desconsuelo
 Desde ese radiante cielo
 Que tú inundas de alba luz,
 Ten piedad de esta infelice,
 De esta madre desdichada:
 De esta esposa desolada,
 Por el que murió en la cruz.

Ten piedad: no me abandones
 En mi dolor tan profundo;
 Y guíame en este mundo,
 Pues eres mi amor, mi luz.

Líbrame de los escollos
 Que contra mí pone un hombre:
 Te lo pido por tu nombre,
 Por el que murió en la cruz.

Haz que el mortal que postrado
 Yace en ese pobre lecho,
 Vuelva á sentir en su pecho
 La vida, que es ¡ay! mi luz;
 Para que mis hijos, solos
 No queden, Madre, en el suelo:
 Te lo pido con anhelo,
 Por el que murió en la cruz.

Te lo pido por los ángeles
 Que aquí ves, Vírgen amada,
 De quienes estoy cercada,
 Y son bellos cual la luz.
 Por estos hijos que culpa
 De mis culpas no han tenido;
 Y tambien, Madre, te pido,
 Por el que murió en la cruz.

Tú que ves nuestra miseria:
 Tú que ves nuestro quebranto:
 Tú que ves correr mi llanto
 Desde que el sol dá su luz:
 Socórrenos, Madre mia:
 Socórrenos, Vírgen pura;
 Te lo pido en mi amargura,
 Por el que murió en la cruz.

Mas si la vida es preciso
 Que alguno pierda, ¡oh Señora!
 Heced que yo deje ahora
 De ver del mundo la luz.
 Dadme la muerte, si en ella
 Mi esposo encuentra la vida:
 Os lo pido aquí rendida
 Por el que murió en la cruz...

¡Oh! conozco que mis culpas
 Son muy grandes, Virgen pura;
 Pero es mayor tu ternura
 Y tu amor que es ¡ay! mi luz.
 Y por eso á tí me acerco
 Llenos los ojos de llanto,
 A que calmes mi quebranto
 Por el que murió en la cruz.

Nada hay para tí imposible,
 Madre del Señor bendita:
 Tu voluntad infinita
 Es, cual del cielo la luz.
 Por eso tanto te pido,
 En que me amas confiada,
 Y oirás mi ruego, apiadada,
 Por el que murió en la cruz.

Desde ese trono radiante,
 Donde millones de estrellas
 Al sentir tus santas huellas
 Vierten torrentes de luz,

Mírame compadecida
 En estos momentos tristes,
 Por el llanto que vertistes:
 Por el que murió en la cruz.

La oracion acabada, golpes fuertes
 De persona impaciente que llamaba.
 En la puerta se oyeron; y al instante
 Saliò Maria á ver quien los causaba.

Y al abrirla, dos hombres, que en sus rostros
 Y en sus modales la virtud mostraban,
 Miró, á los cuales, saludando afable,
 Les suplicó pasaran á la sala.

—¡Oh! Dios me envia á ustedes, sí, Dios solo,
 Como á su Santa Madre ahora rogaba!...

—¿Cómo sigue el enfermo? dijo el uno.

—¡Malo, muy malo, sí, por mi desgracia!...

Sin esta caridad que recibimos
 De aquesa hermandad tierna y tan cristiana,
 De que ustedes son miembros, á mis hijos,
 Y á mi esposo y á mí la hambre matara,

¡Oh! San Vicente Paul, debe, sin duda,
 Una gloria tener mas grande y alta
 Que el resto de los santos, porque es padre
 Y alivio, sí, de la miseria humana.

Esas de gratitud lágrimas puras
 Que el infeliz en su placer derrama,
 Un grado mas de gloria cada una
 Deben prestarle en el celeste alcázar.

Mas dignaos pasar al triste cuarto
 Donde el enfermo desdichado se halla...
 ¡Ay! que á pesar de lo que dice el médico
 Yo temo una fatal, dura desgracia.

De San Vicente Paul los dos cofrades
 Penetraron entonces en la estancia
 Del desgraciado esposo de Maria,
 Que en el mayor abatimiento estaba.

Al sentirlos entrar, abrió los ojos,
 Y dirigióles lánguida mirada:
 Les quiso hablar, pero la voz faltóle,
 Y se asomó á sus ojos una lágrima.

¡Oh! momentos terribles de la muerte,
 En que lucha el espíritu sin calma,
 Con la materia impura que ya, inerte,
 Poco á poco el calor siente le falta!...

¡Momentos de dolor, en que del mundo
 El hombre se despide con mil ansias,
 Y en que una eternidad de gloria ó penas
 Mira, que al espirar, triste, le aguarda!...

¡Oh! espantoso ha de ser, muy espantoso
 Ese instante terrible, donde acaba
 La tierra de existir, y en que comienza
 Otra vida invariable para el alma!...

En que el Eterno á su presencia al hombre
 Cual juez inexorable y puro, llama,
 Y en que el hombre llevar, gran Dios, no puede,
 Sino sus obras buenas ú obras malas..

En que vuelve la vista á lo pasado,
 Y vé las flores que pisó, quemadas:
 Los banquetes, orjías y placeres,
 En cieno inmundo que terror le causa.

En que los ojos lleva en torno suyo,
 Y solo llantos y miserias halla,
 Y en que en el porvenir descubre atónito,
 Una terrible eternidad que espanta...

Mas dejemos tan tristes reflexiones,
 Y á la historia volvamos sin tardanza:
 Del dolor á la alcoba, do el enfermo
 Yace en el lecho sin vigor ni calma.

Despues de un corto rato los hermanos,
 Que todo cuidadosos lo miraban,
 A la esposa dejando algun dinero
 Y semillas, salieron de la estancia.

Siguióles con la vista el pobre enfermo,
 Como queriendo demostrar del alma
 La gratitud inmensa que sentia,
 Y volvió á derramar algunas lágrimas.

Siguió Maria á los sensibles hombres
 Que en su hórrida miseria la ausiliaban,
 Y al preguntarles ¿cómo le veian,?
 Le contestó uno de ellos sin tardanza.

—Las medicinas únicas, señora,
 Que yo le diera, fueran para el alma;
 No quisiera afligiros, mas yo creo
 Que es aquí la verdad muy necesaria.

Suma debilidad en èl yo noto:
 Su aliento es frio, fija la mirada, .
 El pulso imperceptible: en fin, repíto,
 Que yo le diera medicina á el alma.

—¡Ah! bien temia yo!... bien este golpe
 El corazon leäl me presagiaba!...
 ¡Oh! mis hijos!... mis hijos!... Dios piadoso,
 Solos van á quedar, por mi desgracia!...

—El que cuida del mas humilde insecto
 Y del reptil inmundo y de las plantas,
 Nunca se ha de olvidar, no, de sus hijos,
 Por quienes derramó su sangre santa.

Elevad, pues, á él fervientes ruegos:
 Poned en él entera confianza;
 Y recibid contenta lo que envíe,
 Pues lo que nos conviene solo manda.

— ¡Ah! sí, yo me conformo, me resigno,
 Pues es su voluntad, con mi desgracia;
 Y aunque el dolor mi corazón desgárre,
 Siempre ha de bendecir á Dios mi alma.

Mas ¡ah! estoy sola: por favor, señores,
 Haced que venga un confesor á casa,
 Que los momentos corren y es preciso
 Aprovechar el tiempo sin tardanza.

— Dentro un instante le tendreis, señora,
 Y á un médico tambien de acierto y fama
 Hermano de él, de corazón tan noble
 Que solo en hacer bien su vida pasa.—

Y salieron de allí sin detenerse
 Por confesor y médico, con ansia;
 Y María volvió del tierno esposo
 Al lado, á consolarle en su desgracia.

Mas para que el lector tenga una idea
 De los cofrades de hermandad tan santa,
 Que San Vicente Paul instituyera,
 Voy á hablar de ellos, porque hablar me falta.

Un deseo de hacer bien á su prójimo
Y las miserias socorrer humanas,
Reune à estos hombres que, tan noblemente,
Con los que daño solo hacen, contrastan.

En el retiro, sin que nadie sepa
Que congregados en un punto se hallan,
Todos los juèves, con ardiente anhelo,
De socorrer al desvalido tratan.

No bien á una familia virtüosa
Sabén que la miseria y hambre matan,
Cuando la tienden cariñosa mano
Y la ausilian al punto en su desgracia.

Para objeto tan pio, cada hermano
Contribuye puntual, cada semana,
Con una cantidad que buenamente
Quiera dar, sea corta ó sea larga.

Y ninguno á saber, ni aun ellos mismos,
Llega quien mucho ha dado ó quizá nada,
Ni aun el hermano aquel que está nombrado
Para cobrar, y fiel todo recauda.

Pues lleva una alcancia con dinero,
Y va de cada hermano él à la casa,
Y entrega la primera á algun criado
Para que lleve á su amo, y él se aguarda,

Poco despues con la alcãncia sale
 El criado, y la entrega sin tardanza
 Al buen recaudador, quien de allí sale
 Sin saber lo que diera el de la casa.

¡Oh noble institucion! ¡Beneficencia
 Del Señor á los ojos la mas santa!....
 ¡Oh! cuánto bien el desvalido triste,
 En tí, constante, en su dolor alcanza!....

¡Oh! si los hombres todos animados
 De afectos generosos se encontrãran,
 Y á esta hermandad pertenecieran ¡cuánto
 Del prójimo los males remediãran!....

Cuántas jóvenes bellas que infelices
 En la miseria mas terrible se hallan,
 Su virtud no vendieran á un vil precio,
 Y del crimen y el vicio se salvãran!....

Mas ¡ah! la mayor parte de los hombres,
 Poco se cuidan de enjugar las lágrimas
 Del infeliz que sufre en este mundo:
 Antes comercian ¡ay! con su desgracia!....

Antes al ver á una inocente joven
 Por la miseria y hambre atormentada,
 La acosan sin cesar y la dan oro....
 ¡Oro maldito que su vida mancha!....

Hombres de providad, hombres que, tiernos,
 Al prójimo ayudais en la desgracia,
 Vuestros nombres escritos en su trono
 Tiene ya del Señor la mano santa.

Vosotros que ausilias á vuestro hermano,
 Y le enjugais, en su dolor, las lágrimas,
 El premio alcanzareis del comun Padre
 Que con cariño igual á todos ama.

Media hora transcurrido habia apenas
 Desde que los hermanos se marcharan,
 Por el fiel confesor y por el médico,
 Cuando aquestos llegaron á la casa.

Recibióles María con agrado,
 Y les hizo pasar luego á la estancia,
 Donde el enfermo y sus queridos hijos,
 Todos reunidos, míseros, se hallaban.

El médico el primero fué que, humano,
 Al lecho del enfermo se acercara,
 Reconoció sus males, con cuidado,
 Y ya luego preguntas le hizo varias.

Un momento despues brilló en la frente
 Del médico, que atento le observaba,
 La alegría mas pura, concibiendo
 De salvar al enfermo una esperanza.

—Aun he llegado á tiempo: dijo entonces.
 —¡Qué oigo! exclamó María, alborozada;
 Y ante la imágen de la Virgen Madre,
 Cayó en el mismo instante arrodillada.

—Dadme un papel donde recete ahora
 Lo que dar le debeis sin mas tardanza.—
 Y él mismo á la botica fué, al instante
 Que acabò de escribir lo que mandaba.

Y al confesor diciendo no era tiempo
 De que el enfermo aun se confesara,
 Le hizo salir con él; y ambos hermanos
 Se alejaron á un tiempo de la casa.

Volvió el médico luego solo; y dando
 Al paciente lo que él le recetara,
 A la infeliz María aseguróla
 Que su adorado esposo se salvaba.

Y añadió luego con cariño inmenso;
 “Tened en Dios entera confianza:
 Vuestra miseria sé; pero entre todos,
 Desde hoy procuraremos minorarla.

“Ya en la botica he dado órden que todo
 “Os lo den sin que vos exhibais nada;
 “Y el clérigo mi hermano y yo, señora,
 “Hemos quedado en daros cuanto os falta.”

Sintió María inesplicable gozo
 Al escuchar tan plácidas palabras,
 Y no pudo mostrar de otra manera
 Su gratitud, que derramando lágrimas.

Era el médico un hombre compasivo,
 De gran conocimiento y de gran fama,
 Desprendido, empeñoso, activo, humano,
 Caritativo asaz, y de noble alma.

De ojos negros y vivos en extremo,
 Y de frente espaciosa y faz simpática,
 De boca chica, de delgados labios,
 Sin barba alguna y dentadura blanca.

Franco con sus amigos, generoso,
 Amante de las glórias de su patria,
 Un hombre, en fin, de aquellos que el Eterno
 Destina al bien de la indigencia humana.

Todo el día y la noche pasó al lado
 Del enfermo, que tierno le miraba,
 Hasta que al verle fuera de peligro,
 Salió un instante á descansar á casa.

Con esta actividad, logró muy pronto
 Dar la salud al que sin ella estaba;
 Y cuando vióle enteramente bueno,
 Dejó de visitar sin cobrar nada.

Así don Juan de B.... (que este era el nombre
 Del médico que humano se mostrara)
 Logró enjugar de una familia mísera,
 Las infinitas dolorosas lágrimas.

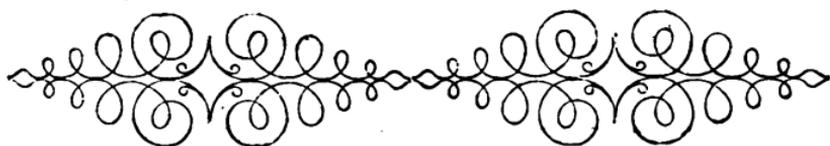
Mas el otro doctor, que en fuego impuro,
 Ardia por María, á quien amaba,
 Del enfermo al notar la mejoría,
 Sentia en su interior funesta rabia.

Y como no sabia que otro alguno
 Al infeliz doliente le curara,
 Pues nunca con don Juan llegó á encontrarse,
 Mas, de verle aliviarse, se admiraba.

Maldijo entonces su contraria suerte:
 Maldijo su existencia y su ignorancia,
 Viendo al enfermo bueno enteramente,
 Cuando él solo venenos recetaba.

Venenos, sí, con que quitar la vida
 Lentamente á aquel hombre que ya odiaba,
 Creyendo así vencer la virtud pura
 De su esposa al mirarse abandonada.

Mas viendo malogrado su proyecto,
 Disimuló su enojo, y con constancia
 Esperó otro momento favorable,
 Para rendir á la muger que amaba.



PASO QUINTO.

UN SENTENCIADO A MUERTE.



Cuando le halleis descuidado
Podreis matarle.

LOPE DE VEGA.

¿CONQUE eso ha sucedido doctor?—Eso:
Se ha mostrado contraria la fortuna,
Y hemos perdido gente, y ha pasado
Sin obstáculo alguno la conducta.

—Y era cerca un millon lo que llevaba!—
Un millon escapado de las uñas!—
¡Cobardes! sí, cobardes los aliados
Han sido, por mi mal, en esta lucha.

—Cobardes no, D. Pedro, que la vida
Han llegado á perder en la trifulca,
El Lagarto, el Maton, el Aguacate,
Y otros muchos de nombre y de bravura.

—Doctor, no defendais á esos malvados
Porque á su cobardia no hay disculpa:
El golpe estaba meditado ha tiempo,
Y en su éxito feliz nadie hubo duda.

¿Y el capitan dó está que la partida
Mandaba?—Fuera está.—Que entre; y si busca
Perdon á su delito, que procure
Lo que á ordenar le voy, cumplir sin duda.

Salió al punto el doctor, y á poco rato,
Del capitan al lado, con presura
Volvió á entrar al lugar donde D. Pedro
Le esperaba calmada ya su furia.

Era el buen capitan, bajo de cuerpo,
Mas de ancha espalda y complexion robusta:
De alzado pecho, de membrudos brazos,
De grueso cuello y de mirada adusta.

Prieto de rostro, de callosas manos,
De gruesos muslos fuertes cual columnas,
De ronca voz y de abultados lábios,
De chica frente, pero asaz belluda.

De ojos chicos y pardos, pero vivos,
Que al enojarse, con furor relumbran,
Corto en razones, pero en obras largo,
De valor sin igual y fuerza hercúlea.

- El traje que llevaba no prestaba
A los curiosos, novedad ninguna,
Pues era el mismo que corrientemente
La campesina gente lleva y usa.

Un sombrero de ancha ala con chapetas (1)
Grandes de plata que en el sol relumbran,
Y una gruesa toquilla (2) de lo mismo
Donde su gala los rancheros fundan.

Una cotona (3) de amarillo cuero
Bordada con primor por mano ducha,
Unas abiertas calzoneras (4) anchas,
Color de yesca, hechas de gamuza.

Un ceñidor muy largo y encarnado
En cuyos pliegues el puñal oculta,
Y un jorongo tirado sobre el hombro,
Hacian su vestido y compostura.

[1] *Adorno de plata que se pone á los dos lados del sombrero.*

[2] *Adorno ó cordon de plata que descansa encima del ala del sombrero.*

[3] *Especie de chaquetilla, semejante á la que llavan los andaluces, pero mucho mas corta que lá de estos.*

[4] *Pantalon abierto en los costados, y cubiertos desde la cintura hasta abajo de botones de plata.*

—Capitan, un castigo bien severo,
 Dijo D. Pedro, merecis sin duda,
 Por vuestra cobardia y negligencia,
 Cuando nos halagaba la fortuna.

—Señor, no soy cobarde, no; y de nadie
 Hubiera yo escuchado tal injuria,
 Sino de vos á quien respeto y amo,
 Sin hacerle probar mi daga dura.

Dijo llevando su robusta mano
 Al ceñidor, do estaba la arma oculta,
 Arma terrible con que bravo siempre,
 Resolver los problemas acostumbra.

—Menos palabras, capitan, mas hechos
 Son los que habemos menester sin duda:
 Menos palabras, ¿lo entendeis? que el bravo
 Deja palabras y los hechos busca.

Y no olvideis que si premiar sé siempre
 El mérito y valor del que me ayuda,
 Sé castigar tambien severamente,
 Al que me alza la voz y me disgusta.

Quedó aterrado el capitan un rato
 Por la amenaza que terrible escucha;
 Y reparar queriendo ya su falta,
 Contestó, reportado, con blandura.

—Siempre he sido el mas fiel servidor vuestro,
 Y de serlo os he dado pruebas muchas;
 Y he sufrido prisiones y castigos
 Sin descubriros ni nombraros nunca.

Me he visto en la capilla: ya muy próximo
 A subir á la horca, y sin pavura
 He esperado la muerte, sin que náadie
 Delatara mi lábio en tanta angustia.

—Pero estabais seguro de que, activo,
 Sin olvidaros en las cuitas nunca,
 Trabajaría yo, para salvaros,
 De jueces y escribanos que oro buscan.

Y sabiais tambien que si imprudente
 Vuestro lábio nombraba cosa alguna
 Que pudiera perder á los aliados,
 La vida os quitaría mano oculta.

Pues nadie como vos sabe, D. Pablo,
 El juramento que al entrar pronuncia,
 Todo el que quiera ser de los aliados
 Y los peligros y riquezas busca.

En la Acordada, (1) en los aliados mismos,
 En los barrios y calles tengo escuchas
 Que á la menor palabra que oyen, hacen
 Perezca el imprudente y que sucumba.

[1] *Nombre que tiene la cárcel de la capital.*

La Pulga, el Gabilan, Brito, el Pulquero,
 Y otros muchos que hablaron sin cordura,
 No murieron á manos del verdugo
 Pero si del puñal de aguda punta.

—Todo lo sé, señor.—Pero dejemos,
 Don Pedro prosiguió con mas dulzura,
 Lo pasado, y hablemos del presente
 Para lo cual deseo vuestra ayuda.

—Mandad, señor, que obedecer me toca.
 —Esta noche vendreis dada la una,
 A verme, armado de puñal tan solo,
 Del Zurdo acompañado y de Pachuca.

—¿Tenemos que asaltar alguna casa?
 —No, solo á un hombre en cuyo pecho se hunda
 La punta del puñal que fiero enpuñes,
 Haciéndole del golpe ir á la tumba.

—Está muy bien, señor; sereis servido:
 Afilada en extremo está la punta
 Del alfiler que cargo; y es mi mano
 Para hacerla entrar bien, asaz robusta.

El doctor que hasta entonces, distraido,
 Sin atender estuvo á cosa alguna,
 Fijó los ojos en D. Pedro, ansiando
 Saber de quien hablaba con tal furia.

—¿Teneis mas que mandarme?—No, D. Pablo,
 Podeis marcharos ya.—¿Con que á la una...
 —Os espero aquí mismo.—Seré esacto
 A la cita, señor.—Así me gusta,

—¿A quièn sentenciáis, señor,
 A muerte? dijo el doctor
 A D. Pedro con afan,
 Cuando salió el capitan
 De allí libre de temor.

—A don Carlos: á ese infame
 Que me llena de tormento:
 Porque no estaré contento
 Hasta no ver se derrame
 Toda su sangre al momento.

—El os perdonó la vida
 Ayer en el desafio.
 —Bondad crüel, maldecida,
 Que no será agradecida
 Jamas por el pecho mio.

¿Quièn se la pedia, quien,
 Esa vida tan fatal,
 Si en el bien veia el mal,
 Y en mal veia el bien
 Para mí mas celestial?...

La suerte me abandonó
 En aquel lance crüel:
 Fué mas felice que yo,
 Y desarmarme logrò;
 Y la vida debo á èl.

Mas yo en pago prometí
 A Carmen fiel renunciar
 En mi ciego frenesí;
 Mas ¡ah! que entonces no ví
 Que mi existencia era amar.

—¿Pero cómo habeis llégado
 A saber que se han citado
 Para está noche á la una?
 —De Carlos por el criado
 Que es aliado, por fortuna.

El me trajo á que leyera
 Una carta que le diera
 D. Carlos para su amada;
 Y esa es la hora señalada
 Para verse do él la espara.

—Mucho temo que ese amor
 A ser nos llegue fatal.
 —Tambien vos amais, doctor,
 Y á dos con afecto igual,
 Sin que me oponga á ese ardor.

Y á Carmen bella, constante,
Amasteis tambien un dia.

—Pero os la cedí al instante,
Cuando supe erais su amante
Y que á mí no me queria.

Pero hoy amo á otra tan bella
D. Pedro ¡oh' sí, como ella:
Amo á una Luz, Luz tan pura,
Como es en la noche oscura
La luz de fúlgida estrella.

—Sois otro D. Juan Marana:
Una mujer cada dia
Amais con pasion insana;
Y á la que hoy jurais fé pía,
Tal vez la olvidais mañana.

¿Y la esposa de D. Juan.
Os es ya menos esquivia?

—Ha sido inútil mi afan,
Pues cada vez mas altiva
Me desprecia, por Satan.

Yo á su esposo he reducido
A la miseria crüel;
Pero nada he conseguido,
Porque María ha seguido
Siendo cada vez mas fiel.

Hoy mismo, hoy me ha despreciado
 Y no ceder ha jurado
 A mi fuego abrasador;
 Pero ¡ah! yo un plan he ideado
 Que la rendirá á mi amor.

Un plan, es verdad, crüel;
 Mas que de su odio á pesar,
 Le hará mi ruego escuchar:
 Plan que me inspiró Luzbel
 Para mi objeto lograr.

Si; la he de ver sin quietud
 Ante mis plantas de hinojos;
 Y olvidando su virtud,
 Con lágrimas en los ojos
 Dar alivio á mi inquietud.

—Teneis muy mal corazon.
 —Como el vuestro ciertamente.
 —No: es mas pura mi pasion;
 Que nunca obrado he vilmente
 En medio de mi afliccion.

—¡Y le vais á asesinar
 De Carmen al tierno amante!
 —Pero á ella solo halagar
 He querido hasta este instante
 Y con ella me enlazar.

A D. Ramiro le he vuelto.
 La fortuna que perdiera
 Porque á mi ruego accediera,
 Y su hija hermosa me diera.
 Como dárme la ha resuelto.

Mas llegando á conocer
 Que mientras Carlos aliente,
 Ella no me ha de querer,
 Fin á su vida hoy poner
 Quiero en mi furor ardiente.

Mas dejemos este asunto,
 E id á ver si ya ha acuñado
 D. Braulio Flan, nuestro aliado,
 Sin deteneros un punto,
 Las barras que le he mandado.

Que tengo un pago que hacer
 De gran consideracion
 Mañana, sin remision,
 Y cuanto llegue á tener
 Me mande sin dilacion.—

Salió el doctor al momento.
 A ver á D. Braulio Flan;
 Y esperando al capitán
 Quedó, con grande tormento,
 D. Pedro y con grande afán.

Pero mientras esperando
 Este queda con temor
 Y va corriendo el doctor,
 A casa de Braulio entrando
 Vamos, si quereis, lector.

Es un grande salon, ancho espacioso,
 De negruscas paredes y alto techo,
 Sin ventana ninguna por do entrara
 La luz del dia en su recinto inmenso.

Pero en cambio una araña con diez luces
 Que no dejan de arder ni aun un momento,
 Su recinto ilumina, bien que apenas
 Para notar á medias los objetos.

Dos máquinas se miran colocadas
 Del salon espacioso casi en medio,
 La una de *golpe* y de *volante* la otra,
 Para moneda hacer, y ambas de fierro.

Para la fundicion tambien crisoles
 Aquí y allí se ven muchos y buenos:
 Cordoneras bien hechas é infinitas,
 Y cajas para hacer tambien los tejos.

Allí tres hombres, de morenos rostros,
 Afanados se miran en estremo,
 En acuñar y acordonar veloces
 Los que fabrican infinitos pesos.

D. Braulio dirigiendo se halla todo:
 Todo mirando sin cesar y viendo,
 Haciéndoles trabajen sin descanso,
 Y ayudando tambien algun momento.

Era D. Braulio de estatura baja,
 De modales muy finos, de ojos negros,
 De rostro blanco y agraciado mucho,
 Bien repartido y bien formado el cuerpo.

Ocupaba un lugar privilegiado,
 Pues era comerciante, en el comercio;
 Y tenia una tienda de gran lujo
 De los mas finos y valiosos géneros.

Pero ambicioso como nadie acaso,
 Su afan era adquirir caudal inmenso,
 Motivo por el cual se unió á los planes
 Del doctor infernal y de D. Pedro.

Mas si el lector aún nõ ha adivinado
 Que hacia allí D. Braulio en tal momento,
 Le diré que moneda falsa hacia,
 Porque era vivo y falso monedero.

Pero nadie sabia, ni en su casa,
 Este, por él guardado atroz secreto:
 Que era asaz reservado, y nunca á nadie
 Le confió sus planes y proyectos.

El gran solon se hallaba colocado
 De su almacén detras, donde cien tercios
 Cubrían la pared, donde una puerta
 Daba entrada á los falsos monederos.

En el D. Braulio solamente entraba
 De la lóbrega noche en el silencio,
 Para que nadie así ver le pudiera
 Entrar, y descubriera su secreto.

Estando, pues, como dejamos dicho,
 Ocupado en hacer los falsos pesos,
 Sonó en la calle un pito por tres veces,
 A cuya seña, Flan, quedose quieto.

Era de noche ya, nubes espesas,
 Encapotaban el inmenso y cielo,
 Y con fuerza silbaba por las calles,
 Gran polvareda alzando, fuerte el viento.

“Es un aliado,” dijo á poco rato;
 Y del salón selióse violento;
 Y muy poco despues, acompañado
 Entró del buen doctor que conocemos.

—¿Qué os trae por aquí, doctor, ahora?

—Para vos un recado de D. Pedro,
Para que le mandeis en el instante
Cuanto tengais, D. Braulio, de dinero.

—Decidle, pues, que en esta noche misma
Todo lo tendrá allí, pues concluyendo
Estoy ya de acuñar toda la plata
Que me mandara ayer con tanto empeño.

—Esta muy bien: Adios.—Adios.—Y al punto
El doctor se marchó sin perder tiempo;
Y despues de cerrar muy bien la puerta,
Volvió al salón D. Braulio á paso presto:

Mas dejemos aquí por un instante
Trabajando á los falsos monederos,
Y de Carmen pasemos á la casa
Dó espera de la cita llegue el tiempo.

Sentada en una silla, de Ana al lado,
La infelice se mira sin sosiego,
Y en medio del dolor que la afligia,
Asi la hablaba con sentido acento.

¡Ah! cuán infeliz nací!...

¡Que infeliz es la muger

Desde que llega á nacer

Hasta ir á la tumba! sí.

Todos gozan, Ana, aquí:
 Todos gozan de ese amor
 Dulce, tierno, encantador,
 Excepto la muger triste,
 Para la cual solo existe
 Llanto en el mundo y dolor.

Ama la paloma fiel,
 A su amante con ternura,
 Porque cifra su ventura
 Y sus delicias en él.
 Amale, y nadie cruel
 Se opone á su voluntad;
 Y solo esta libertad
 De adorar y de escojer.
 Falta á la débil muger
 Que en nadie encuentra piedad.

Ama el aura placentera
 Las aromáticas flores,
 Y en su cáliz los olores
 Bebe siempre lisonjera.
 Sálha luego en la pradera
 Contando libre, su amor;
 Y solo su puro ardor
 La muger ha de ocultar,
 Y á lo que ama renunciar,
 Y unirse á quien tiene horror.

Ama el arroyo luciente
 A la hermosa campanilla,
 Que solitaria en la orilla
 Se mece lánguidamente.
 Bésala y pasa riënte
 Demostrando su placer;
 Y tan solo la muger
 Que vive en el mundo impío,
 Sugeta ¡ay Dios! su albedrío
 Al capricho de otro ser.

Ama el águila altanera,
 Y en la selva, libremente,
 Muestra la pasion que siente,
 A su amada compañera.
 Gozan ambas su sincera
 Pasion, libres de temor;
 Y sola encuentra rigor
 La muger que ama sin calma,
 Pues contrarían de su alma
 Su vivo y constante amor.

Ama el hombre sin sosiego,
 Y libre en su voluntad,
 Se una á la tierna beldad
 Que de amor le inspiró el fuego.
 Y solo (¡en llanto me anego!)
 A la infelice muger

Se la priva del placer
 De elegir, cuando su pecho
 Libre Dios y ardiente lo ha hecho
 Cual puede el del hombre ser.

Ama el insecto, la fiera,
 El ave, el agua, las flores,
 Y los vientos silbadores,
 Y el pez que en el agua impera.
 Ama el sol desde su esfera;
 Ama el huracan bravio:
 Ama la luna, ama el rio;
 Y solo ¡ay Dios! la muger,
 Teniendo mas alma y ser,
 Tiene menos poderio!...

¡Desventurada! á llorar
 Ha solamente nacido
 La muger que ha recibido
 Un corazon para amar.
 Un corazon que abrasar
 Se siente cuando ama tierno:
 Un corazon donde interno
 Es el fuego del amor,
 Como tambien, el dolor
 Suele ser en el eterno.

¡Oh! que desdicha es vivir
 Siempre, sin pasar una hora,

Con este afán que devora
 El alma, haciendo sufrir!
 Muy mas valiera morir:
 Muy mas valiera que el cielo,
 Ya que un corazon de hielo
 No concedió á la muger,
 La dejara en el no ser
 Sin arrojarla á este suelo.

¡Oh! si pudiera arrancar.
 Esta pasion homicida;
 Esta pasion que la vida
 Me quita y me hace alentar!...
 Si pudiera desgarrar
 La parte del corazon
 Do se encierra esta pasion.
 Que tanto sufrir me ha hecho,
 Ya hubiera rasgado el pecho
 Yo en mi terrible afliccion.

Mas ¡ah! tan solo llorar
 Me es dado en mi desconsuelo,
 Que solo este bien el cielo
 No me ha querido quitar.
 El siquiera á mitigar
 Llega mi duro quebranto....
 Yo te bendigo ¡oh mi llanto!...
 Bien en el mal que me abruma;

Tú eres ¡ay! mi dicha sumac:
Tú eres, sí, mi dulce encanto:

Ana. — Mal haría vuestro llanto
En quererlo contener,
Cuando os dá el llorar placer,
Y el no llorar gran quebranto.
Llorad, pues, mi Carmen, tanto,
Cuanto sea suficiente-
A arrojar el mal ardiente
Que pena os causa y enojos;
Y sean fuentes los ojos
Por do lo arrojéis clemente.

Llorad, sí, llorad, señora,
Porque el lloro contenido,
• Es el fuego que encendido,
Al que lo guarda, devora.
Es la lava destructora
De un volcan por reventar,
Que su centro, sin cesar,
Destroza ardiente y destruye;
Y que al último concluye
Sus entrañas por quemar.

—Y ¡cómo, Ana, no llorar!
¡Cómo no verter, ¡ay! lloro,
Cuando al hombre á quien adoro
Me obligan á renunciar!

¡Cómo ¡ay Dios! no derramar
 Lágrimas mil, afanosa,
 Cuando quieren que la esposa
 Sea de aquel que odio tanto,
 Y que olvide al que es mi encanto,
 A aquel con quien soy dichosa!

Pero, Ana, va á dar la una,
 Hora en que estamos citados,
 Y en la que están acostados
 Todos por nuestra fortuna.
 Al jardín, sin falta alguna
 Dice que baje en su esquila:
 Bajemos, pues, que ya anhela
 Mi corazon tierno y fiel,
 Estar un rato con él,
 Pues su acento me consuela.

Y diciendó esto salieron
 Del cuarto con precaucion,
 Sin hacer ruido ninguno,
 Y ambas llenas de temor.

Y en tanto que ellas temblando
 Iban á paso veloz,
 En el jardín hombres cuatro
 Entraron llenos de ardor.

—¿Capitan Pablo? dijo uno.
Con terrible y ronca voz.

—¿Qué es lo que mandais, D. Pedro?

—Que á tiempo entremos, por Dios.

Aun al jardin nadie baja:
Ni aun Carlos mismo llegó:
Bueno, porque así podremos
El golpe darlo mejor.

--Y si acaso han convenido
Ya en no venir?—¡Maldicion!
Eso trastornar sería
Todo mi plan, vive Dios.

Pero no: del jardín abren
La puerta, con precaucion:
Ana y Carmen son sin duda,
Pues veo mugeres dos.

—Si: dos mugeres descubro,
Y sin duda que ellas son,
—Pues dí á Pachuca y al Zurdo
Lo que hacer deben, veloz.—

Entonces habló en secreto
El capitan con los dos
A quienes nombró D. Pedro
Y sean hombres de valor.

—¿Estan buenes los puñales?
El capitan preguntó.

—A quien toca mi tranchete
Del mundo se despidió.

Contestó Pachuca al punto
Con aguardientosa voz,
Mostrando su arma terrible
Que algunas vidas quitó.

—Pues bien: tras de aquestos árboles
Ponedlos sin dilacion,
Sin moveros para nada,
Mientras no escucheis mi voz:

--Está muy bien.--Y al instante
Cerca uno de otro, los dos
Se ocultaron, en las manos
Mostrando el puñal atroz.

—Señor don Pedro, marchaos.
No tengais ningun temor:
Yo respondo de la muerte
De vuestro rival feroz.

Dijo don Pablo á don Pedro;
Y este, ansioso, contestó:
“No: quiero ver por mí mismo.
“Su fin sangriento y atroz.

“Pero ocultémonos presto,
 “No nos descubran, por Dios;”
 Y al tiempo que ellas llegaban
 Se ocultaron sin temor.

Ana.--Carmen mia, por aquí;
 Por aquí, venid, señora;
 Y nada temais ahora,
 Que todas duermen ya, sí.--

Y pronto á un banco llegaron
 Que estaba junto á una fuente,
 Y allí á esperar, tristemente,
 A don Carlos, se sentaron.

--¡Qué noche! causa pavor!....
 Dijo doña Ana. En el cielo
 Ni una estrella de consuelo
 Muestra pura su esplendor.

--De Carlos, de Carlos, Ana,
 Quiero me hables solamente:
 De Carlos, que ya impaciente
 Le espero con ansia insana.

¡Cuánto le amo! ¡cuanto, oh Dios!
 ¡Oh! no existe para mí

Otro bien eterno aquí,
Que el amor ¡ay! de los dos.

¡Y tendré que renunciar
Por un capricho cruel,
Ana, al hombre que amo fiel,
Al que es mi ángel tutelar!...

¡Oh! ese amor que el mismo Dios
En nuestro pecho ha grabado,
El hombre se halla empeñado
En arrancar de los dos.

—¿A los hombres les debeis
Muchas consideraciones?
¿No os han hecho, en sus traiciones,
El mal que no mereceis?

¿Os han mostrado piedad
Al ver vuestro amargo llanto?...
¿Al veros padecer tanto,
Han tenido caridad?...

Pues si nada les debeis
Y os han hecho el mal posible,
Sed con ellos insensible,
Y á ninguno os humilleis.

Mientras D. Ramiro ha sido
Para vos un padre amante;

Obedecerle constante,
Carmen mía, habeis debido.

Pero hoy que la violencia
A su amor ha relevado,
Debeis, con pecho esforzado,
Salir de su dependencia.

Carlos os ama, os adora:
Vos le amais ardientemente:
Pues debeis resueltamente
Uniros á él sin demora.

El es un pobre pintor;
Pero podrá manteneros
Con decencia, y aun haceros
Feliz con su tierno amor.

—¡Oh! no: no he de dar tal paso:
Sino al mirarme perdida:
Sino al verme reducida
Ana, ya al último caso.

Pero mira: Carlos entra
Por la cerca del jardin;
Se acabó mi pena en fin,
Y feliz mi alma se encuentra.

Y ciertamente era Carlos
 El que en tal momento vió,
 El cual de un salto al jardín
 Bajó sin ningun temor.

Y aunque era oscura la noche,
 Guiado por el amor,
 Que es el faro mas radiante,
 A donde estaban llegó.

— ¡Cármén! — Carlos! con ardor
 Ambos á un tiempo esclamaron;
 Y con afán se abrazaron,
 Y así en silencio quedaron
 Un rato, llenos de amor.

— ¡Con cuánta ansia, vida mia,
 De verte esperé el instante!
 Dijo Carlos, tierno, amante,
 Revelando en su semblante
 Estrema melancolía.

Y al notar su palidez
 Carmen, y al oír su acento
 Tan lleno de sentimiento,
 Con celestial candidez
 Preguntóle en el momento.

—¿Que tienes?... ¡te veo triste!...
 ¿No me amas...? ¿no estás seguro
 De que en este mundo impuro,
 Para amarte solo existe
 Mi corazon tierno y puro!...

¿Qué tienes, Carlos? responde:
 Respóndeme por tu vida:
 No me tengas afligida:
 Dime esa afliccion de donde
 Viene... ¡Ah! te ruego rendida...

—¡Cármén! ¡Cármén!... Bien amado
 Que adora mi corazon,
 No te aflijas... he tomado
 Una atroz resolucion
 Que todo bien me ha quitado.

Resolucion que dudar
 Te hará, tal vez, de mi amor:
 Resolucion ¡oh dolor!
 Que nos ha de separar
 Por algún tiempo en rigor...

—¡Carlos!... ¡que oigo!.. no: imposible:
 ¡Tú dejarme!... ¡tú, bien mio!...
 ¡Eso sería terrible!...
 Eso sería insensible
 Mostrarse á mi mal impío!...

¡Ah! no, Carlos: dí que no:
 Dime ¡ay Dios! que he oído mal...
 Dime que tu bien soy yo...
 Y que en mi pena fatal
 Mi temor ¡ay! me engañó!...

—No, Cármen, voy á partir:
 Voy á dejarte, ángel mio:
 Voy de México á salir,
 Porque el hado duro, impio,
 Aquí me impide vivir.

Tú sabes, muger que adoro,
 Que tu padre me desprecia
 Porque no tengo un tesoro:
 Pues bien, buscaré ese oro
 Que, por mi mal, tanto aprecia.

Buscará el pobre pintor
 En triste y extraño suelo,
 Riquezas, sí, con ardor;
 Y volverá con anhelo,
 Rico, á que premien su amor.

En Francia, allí do el talento
 Premiado se ve del hombre,
 Oro adquirirè y renombre,
 Y feliz vendré y contento
 A ser tuyo, por mi nombre.

Pero júrame, alma mía,
 Que hasta entonces fiel serás:
 Que á otro nunca te unirás;
 Y que hásta el felice día
 Constante me esperarás.

Mañana parto, mañana,
 Dejando aquí mi existencia:
 Mañana de tu presencia,
 Me apartará, con insana
 Prontitud, la diligencia.....

Pero es preciso, mi amor,
 Que nos sepáremos, sí:
 No hallo otro medio mejor
 Para verme unido á tí,
 Que eres mi dicha mayor.

Don Pedro, á quien he temido
 Hasta hoy, al verse vencido,
 No unirse á ti me ha jurado;
 Y espero que, como honrado,
 Cumplirá lo prometido.

Así nada que temer
 Tenemos de él, dulce encanto,
 Pues no te hará padecer;
 Y estarás tranquila, en tanto
 Que rico logro volver.

—Carlos, si cree tu ternura
 Que es esta separacion
 Precisa á nuestra ventura
 Y á nuestra dicha futura,
 Tendré ¡oh Dios! resignacion.

Dijo procurando ahogar
 Su dolor y sentimiento,
 Y de sus ojos brotar
 Se vieron en tal momento,
 Lágrimas mil de pesar.

Pero ocultando su pena
 A los ojos de su amante
 Que la escuchaba constante,
 Añadió con voz serena,
 Despues de un lijero instante.

—Ah! Carlos! mas antes quiero
 Que me jures siempre amar,
 Y que no te has de olvidar
 De la que su mundo entero
 Cifra en tí y todo el gozar.

¡Ah! júrame que has de ser
 Siempre fiel.... que ni un instante
 Olvidada me he de ver;
 Y que nunca á otra mujer
 La diras que eres su amante.

Júrame, júrame, sí,
 Por la Madre del Señor,
 Que en tu ciego frenesí
 No darás á otra el amor
 Que ya me entregaste á mí.

—¡Lo juro!... ¡lo juro!....—Y luego
 Volviéndose hácia doña Ana
 Que allí estaba sin sosiego,
 Díjola, sintiendo el fuego
 De su pasion soberana.

Ana, escucha: si algun día
 Carmen llegase á dudar
 De la eterna pasion mia,
 Y la arrastran al altar
 Para que á otro se una impía....

Si á echar llegase en olvido
 Los terribles juramentos
 Que de su boca he oído,
 Para dejarme sumido
 Entre penas y tormentos.....

Recuérdala tú, Ana amada,
 Los juramentos prestados:
 Dila tú, que son sagrados:
 Que si los deja olvidados,
 No podrá absolverla nada.

Sostenla tú, por mi suerte,
 Cuando yo no esté á su lado....
 Mas si perjura, olvidado.....
 —¡Cállala!... ser tuya ó la muerte,
 Juro por lo mas sagrado....!

—Cármén, estoy ya tranquilo;
 Dijo Carlos abrazándola
 Y en su alba frente besándola,
 Y derramando hilo á hilo
 Lágrimas muchas mirándola.

Tus palabras, para mí,
 Son la prueba mas segura
 De tu amor y tu ternura,
 Porque estoy mirando en ti
 La mujer mas fiel y pura.

—¡Oh! nada será capaz,
 Ni lo mas terrible y fuerte,
 A hacer te olvide falaz:
 No, no: ni aun la misma muerte
 Si me acosara tenaz.

—Con esa dulce confianza
 Parto, sin ningun temor,
 Adios, Cármén, mi esperanza:
 Adios, que ya el dia avanza:
 No me olvides, por tu amor.

—Adios Carlos: de la ausencia

Procura el plazo acortar:
 No me hagas sin vida estar,
 Pues te llevas mi existencia
 Y mi contento á la par.

Y despues de abrazarse tiernamente
 Y abundantes vertiendo y dulces lágrimas,
 Se apartaron los dos enternecidos,
 En su dolor sin pronunciar palabra.

Y cuando del jardin, apresurado,
 Don Carlos á salir se preparaba,
 Caér dejose Cármen sobre el banco,
 Revelando en su faz el mal del alma.

De repente don Carlos se detuvo
 Dirigiendo á su amante una mirada;
 Y al contemplarla triste y abatida,
 Sintió que su valor le abandonaba.

Y otra vez acercándose hácia ella,
 “¡Cármen!..” la dijo, “¡Cármen de mi alma!..”
 Y al escuchar su acento, levantose
 La infeliz, de su asiento, sin tardanza.

“¡Carlos!.. ¿qué quieres?...” preguntó la hermosa,
 Sin poder contener sus tiernas lágrimas.
 —Vengo á pedirte un beso, un beso puro,
 Beso de hermano que el dolor no aguanta.

Y los brazos abriendo la infelice,
 “Ven, le dijo, ven, sí, Carlos del alma.”
 Y un ósculo de amor dándose entrambos,
 Volviéronse á apartar sin paz ni calma.

Entonces alejose velozmente
 El tierno amante de su fiel amada,
 Y por la última vez, al apartarse,
 Dirigiola una lánguida mirada:

Y descuidado al verle los malvados
 Que ocultos en los árboles estaban,
 Salieron de repente, y fementidos,
 Le atacaron al punto por la espalda.

Pero la punta del puñal del uno
 Con la hoja tropezó de la otra daga,
 Tropiezo venturoso para Carlos
 Que le salvó la vida tan amada.

—“¡Infames!...” exclamó; y á las pistolas
 Echando mano, con terrible saña,
 Disparò con acierto; y uno de ellos
 Cayó herido, lanzando un ¡ay! que espanta.

“¡Gran Dios!.. exclamó Cármen: ¡le han matado!..”
Y cayó sin sentido, desmayada;
Y á socorrerla al punto, cariñosa,
Acudió, y sin quietud, la infeliz Ana..

—Mi capitan, huyamos: dijo el Zurdo:
Don Pedro ha muerto..! Y todos, sin tardanza;
Recelando que allí los sorprendieran,
Salieron del jardin, llenos de ansia.

Carlos que oyó de Cármen el acento
Cuando al suelo cayera desmayada,
Corrió á verla al instante, deseando
En su terrible pena consolarla.

—¡Cármen!. ¡Bien mio!. ¡Cármen! ¡ah! no me oyes?
Contra su corazon dijo estrechándola;
Y es preciso dejarte.... abandonarte
Cuando el dolor cruel destroza tu alma!...

En tí vuelve, mi bien: vuelve, mi Cármen:
Escuche de tu boca una palabra....
Una palabra, una palabra sola,
Que ella á tranquilizar mi pecho, basta.....

Pero oigo ruido.... Don Ramiro acaso
Con sus criados, á los tiros, baja....
No me puedo quedar.... decidle á Cármen:
Que sin lesion alguna parto, Ana.

Y dejando aquel peso tan precioso,
Aquella prenda que él idolatraba,
De la aya en brazos, del jardín al punto
Salió saltando la lijera tapia.

Y aun no iria del sitio á veinte pasos
El infeliz don Carlos, de distancia,
Cuando bajó al jardín, precipitado,
Don Ramiro y criados de la casa.

Llevában en la diestra un limpio acero
Y en la siniestra una encendida hacha,
Y precedidos del señor Landia,
El jardín recorrían con gran ansia.

Mas dejemos que busquen un instante
A los que en el jardín mudos estaban,
Y á otro punto pasemos de la historia
Si el lector me dispensa gracia tanta.



SEGUNDA PARTE.

UN ANGEL Y UN CONDENADO.

Contra la misma razon :
Argumenta tu porfia,
Pues trato y antipatia :
Implican contradiccion:
No habiendo confrontacion,
¿Cómo puede trato haber?
Luego mal podrán tener
Dos almas conformidad,
Si una y otra voluntad
Se llega á aborrecer.

MANUEL FREILE DE ANDRADE.

SEGUNDA PARTE.



LOS ALIADOS.



¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, dí, te engolfas?
Que no hay descos cuerdos
Con esperanzas locas.

LOPE DE VEGA.

YA el doctor á don Pedro, en otro paso,
Le habló de sus amores y sus ansias,
Y de una doña Luz, jóven hermosa,
A quien "Luz de su vida" la llamaba.

Tambien oído le hemos que amó á Cármen,
Pero que la dejó, cuando llegara
A saber que don Pedro, tiernamente,
Y con pasión intensa la adoraba.

Y que por eso en doña Luz sus ojos
 Puso y sintió en los de ella arder el alma:
 Alma que la entregó desde el instante,
 Para que de ella nunca se apartara.

Pero falta decir quién era este hombre,
 Este doctor crüel que da quier se halla:
 Este hombre cuyo pecho un volcan era
 Que todo destruia con su llama.

Hijo de padres pobres, pero honrados,
 Le hicieron que al estudio se aplicara,
 Conociendo que no hay mejor herencia
 Que el saber, porque nunca éste se acaba.

Con un talento claro y despejado,
 Con una comprension extraordinaria,
 Pronto llegó el primero á ser de todos
 Los estudiantes que con él se hallaban.

Quiso entonces seguir la medicina,
 Ciencia divina donde el hombre se alza:
 A ser de Dios el instrumento santo
 Que al hombre le consuela en la desgracia.

Allí á D. Pedro conoció, que entonces
 De Galeno á la ciencia se aplicaba;
 Pero D. Pedro flojo y vagamundo,
 Jamas un libro abria ni estudiaba.

Llevo de vicios, huérfano de padre,
 Que sus caprichos fuerte sujetará,
 Con una madre débil como todas,
 Su voluntad ninguno contrariaba.

En la edad del amor, cuando el torrente
 De las pasiones vivas nos arrastra,
 Era D. Pedro semejante á un potro
 Que desbocado, sin tropiezos, marcha.

Prendóse de una jóven, tiernamente:
 Jóven en años, en astucia anciana,
 De esas que á los incautos aprisionan
 Con sus falsos halagos y palabras.

Correspondido, pues, en sus amores,
 Y cuando ella á su afan nada negaba,
 Indispensable parecióle que era
 Pagar tanto cariño y pasión tanta.

Empezó por cojer ocultamente
 De su infelice madre las alhajas,
 Para venderlas y llevar su importe
 A la que ciego y con ardor amaba.

Mas se acabaron éstas muy en breve,
 Y al verse sin dinero que llevarla,
 Estraer proyectó de una parroquia
 Los candelabros de luciente plata.

Y penetrando en ella con sigilo
 Momentos antes de que la cerraran,
 Se ocultó, y en la noche, libremente,
 Con las cosas salióse ya robadas.

El feliz resultado de este paso
 Le alentó mas y mas, le dió mas alas
 A que siguiera en la tortuosa senda
 Del delito, del crimen y la infamia.

Seguirle paso á paso en su carrera
 Cansar al lector fuera, á quien le basta
 Saber que llegó á ser por fin D. Pedro
 El que á ladrones mil acaudillaba.

Con gran disposicion, siempre sus planes
 Salian como todos anhelaban:
 Y esto, unido á un valor á toda prueba,
 Hacia que los suyos le adoraran.

Pero para que nunca unos á otros,
 Al verse en la prision se delataran,
 De un medio se valió, que á todos mudos
 Hacia ser, aunque á morir marcharan.

Sobre un ensangrantado Santo Cristo,
 Al que de los aliados ser ansiaba,
 Haciéndole ponerse de rodillas,
 Le decia severo estas palabras.

Colocándole en medio los aliados
 Que en la carrera estaban de la infamia,
 Y que á esta ceremonia, con respeto
 Asistian armados de sus dagas.

—¿Juras por esta sangre tan divina,
 Obedecer á cuanto se te manda?....

—¡Juro!... el aliado nuevo respondia
 Con respeto profundo, sin tardanza.

—¿Juras no delatar jamas á nadie,
 Aunque ya con la muerte te amagarán?....

—¡Juro, señor!.... á responder volvia
 Con el mismo respeto y voz muy clara.

—¿Juras asesinar al que faltare
 A aquestos juramentos, con tu daga,
 Aunque fuera un amigo ó un hermano
 El perjuro?.... —¡Lo juro!.... contestaba.

--Pues bien, ya eres aliado: desde ahora
 Cumple tus juramentos con constancia;
 Y le hacia despues que de uno en uno
 A todos los aliados abrazara.

Pero para dejar su plan perfecto,
 Una cosa tan solo le faltaba:
 Un médico entendido que á él se uniera
 Y que á enfermos y á heridos los curara.

Entonces se acordó del fiel amigo
Que con él para médico estudiaba,
Y que ya concluida su carrera
Había, y que muy pobre se encontraba.

—Doctór, muy pobre estás: díjole un día
En que para ganarle fué á su casa,
—La pobreza sufriera resignado.
Si el amor infernal no me abrasara.

—¿Amas, amigo?...—Sí; pero es frenética
Esta pasión que me devora y mata:
Amo, y amado soy; pero soy pobre,
Y esto es, para una madre, horrenda infamia.

—Quieres ser rico?—Oh Dios! si á serlo Pedro,
Con ella hasta casarme yo llegara,
Aunque despues viviera en la miseria,
Por la de un rey mi vida no cambiara.

—Pues quiere, y lo serás. A eso he venido:
Sí; quiere, y lo serás; y esa á quien amas,
Dentro de cuatro meses será tuya,
Pues riquezas tendrás en abundancia.

—Pedro, de mi dolor te estás hurlando!...,
—Burlarme de tu mal fuera una infamia;
Te digo la verdad, la verdad solo:
Rico serás, te juro por mi alma.

—Pero ¿cómo?...—Prométeme primero
 No revelar á nadie una palabra
 De lo que aquí te diga en este instante,
 Bien te convenga ó no seguir mis máximas.

—Te prometo por la alma de mi madre
 Que de los justos en el reino se halla.
 —Pues bien, oye.... Y entonces su proyecto
 Le reveló D. Pedro sin tardanza.—

Quedó el doctor suspenso por un rato,
 Cuando de hablar D. Pedro ya acabara,
 Sorprendido de un plan tan grande y vasto
 Que ni remotamente imaginara.

Pero vencido del amor ardiente
 Que sin cesar do quiera le acosaba,
 Y halagado del plan tan bien dispuesto,
 Dijo á D. Pedro al fin estas palabras.

—Tuyo soy desde ahora: á todo accedo
 Por conseguir el bien que ansía el alma:
 Condúceme do quieras al instante,
 Y el juramento tómame que falta.—

Así estos dos amigos de colegio,
 En la carrera entraron de la infamia,
 Aunque desde antes, ambiciosos ambos,
 Al vicio y las riquezas se inclinaban.

En magnífico coche á poco tiempo
El doctor con gran lujo se paseaba,
Y desde entonces adquirió de médico,
En las familias ricas, grande fama,

Y la ambiciosa madre de la jóven
Que él con delirio y con ardor amaba,
Consintió en que se uniera con su hija,
Con la cual se enlazó sin mas tardanza.

Mas dotado el doctor de un alma ardiente
Y variable á la vez, no bien lograra
La posesion de la inocente hermosa,
Cuando sintió de amor morir la llama.

Era uno de esos hombres impetuosos,
Que al ver á una muger al punto la aman;
Mas que la olvidan en el mismo instante
En que á otra ven y por la cual se abrasan.

Hombres sanguíneos, vivos, inconstantes,
Que van tras una cosa hasta alcanzarla;
Pero que al punto que su objeto logran,
Buscan nuevos placeres para el alma.

Esto al doctor le sucedió: en dos años
Fué tierno esposo con su dulce amada;
Pero cansado al fin de sus caricias,
Acabó á la infelice por odiarla.

Y ardiendo en nuevo amor por otra jóven,
 Un crimen proyectó, crimen que espanta,
 Contra su esposa, por quedarse libre,
 Y unirse á la muger que idolatarba.

Mostrose un dia con su esposa, tierno,
 Y de caricias la llenó estremadas,
 Caricias que la jóven en pagarle,
 Pues amor le tenia, procuraba.

Hacia ya seis meses que la hermosa
 No escuchaba amorosa una palabra,
 Así es que al verle tierno y cariñoso,
 Sintió, por el placer, correr sus lágrimas.

“¡Ah! ¡cuán felice soy, esposo mio!....
 “Sí; ¡cuán felice soy, pues miro me amas!....
 Le dijo entre sus brazos estrechándole
 Con toda la efusion pura del alma.

“Si vieras cuánto sufro cuando veo
 “Que me ocultas tus penas y tus ansias!....
 “Cuando creo ¡gran Dios! que se ha acabado,
 “El amor que otro tiempo me jurabas!....

—No: es eterno mi amor.... yo te lo juro,
 “Esta pasion hoy mas que antes me abrasa.”
 Y fingiendo jugar, la ató las manos
 Y los piés, colocándola en la cama.

—Pues ¿qué intentas hacer, esposo mio,
Dijo alegre la jóven, que así me atas...?
—Una cosa que hará reírte mucho,
Porque que acaben hoy quiero tus lágrimas.

—¡Ah! sí; no mas llorar: desde hoy empieza
A disfrutar de nuevo mi tierna alma....”
Dijo la incauta esposa, con ternura,
Mirando al sér que tanto idolatraba.

Y viéndola tendida y sin defensa,
A hacer cosquillas la empezó en las plantas,
Y ella á reir descompasadamente,
Todo tomando á diversion y chanza.

Pero el doctor seguia en sus cosquillas
Sin cesar un instante ni soltarla,
Y la infeliz, sin movimiento alguno,
El llanto con la risa ya alternaba.

Y sin poder sufrir al fin la pobre,
Que le soltara, por piedad, gritaba;
Pero el infame esposo proseguia
Su operacion, sin contestar palabra.

“¡Ah! suéltame por Dios!...por Dios te pido”
Entre risa gritaba y entre lágrimas;
“Suéltame por favor, que ya el aliento
“Me abandona y la vida ya me falta!”

Mas sus súplicas no eran atendidas
 Por el malvado que su muerte ansiaba,
 Antes con mas empeño proseguia
 Martirizando á la muger que odiaba.

Rendida al cabo por la risa horrenda,
 Quedó sin movimiento y sollozaba;
 Pero era ese sollozo de la muerte
 Que nos ahoga con terribles ansias.

Así la vida la quitó aquel hombre:
 Aquella hiena fiera y sanguinaria,
 A la esposa inocente, que en él solo
 Su ventura y su bien, todo cifraba.

Pasó la noche así, y al otro dia,
 Despues de, con cuidado, desatarla,
 Fingiendo un gran dolor, salió á la calle
 Lamentando su bárbara desgracia.

Acudieron los médicos al punto
 A mirar á la muerta; pero nada
 Encontraron en ella, y repentina
 Su muerte atroz llegaron á juzgarla.

Así oculta quedó su horrenda culpa;
 Pero no consiguió lo que anhelaba,
 Porque la jóven, por quien ciego ardía,
 Era Carmen, de Carlos la aderada.

Ya el lector sabe los motivos fuertes
 Que al fin á dejar á esta le obligaran,
 Motivo por el cual en Luz sus ojos
 Puso al instante con pasiou insana.

Era Luz una jóven viva, alegre,
 De faz risueña y de notable gracia,
 No muy bonitá, pero sí bastante
 Para hacerse querer de quien la hablara.

Era de genio franco y despejado,
 De pecho sin doblez, de faz rosada,
 De pelo negro, de hechiceros ojos,
 De pié muy breve, pié de mexicana.

El doctor que adquiriera gran renombre,
 La casa de esta jóven visitaba,
 Que era el médico á quien, de Luz los padres,
 En sus enfermedades ocupaban.

Prendose de ella, pues; pero la jóven
 Ya no era libre entonces; que á otro amaba:
 Sí, amaba á un hombre rico, fiel y urbano,
 Con quien prócsima á unirse se encontraba.

Así llegaron hasta el dia mismo
 En que esta historia, buen lector, nos halla;
 En que el doctor mas ecsigente acaso,
 La ponderó el amor que le abrasaba.

Mas la risueña Luz que conocia
 A Cármen la divina, y no ignoraba
 La aficion que el doctor á ella tuviera,
 Contestóle riendo así con gracia.

Debeis tener, buen doctor,
 Un corazon de alquitran
 Donde las llamas están
 Abrasando al mismo amor.
 Pero guardad ese ardor
 Para Cármen la hechicera:
 Guardad para ella esa hoguera,
 Pues no creais que yo ignoro,
 Que es ella vuestro tesoro,
 Que amais con alma sincera.

—Mas, Luz bella, no es motivo
 Ese para que mi amor,
 En vuestro pecho rigor
 Halle, cuando es compasivo.
 Bien sabeis que por vos vivo:
 Bien sabeis sois la muger
 Que amo con todo mi sér;
 Y sabeis que si á otra he amado,
 Fué mientras no hube alcanzado
 La dicha de os conocer.

Ama de una blanca estrella,
 El que no ha visto otro astro,
 Aquel refulgente rastro
 De luz celestial y bella;
 Mas cuando se oculta aquella,
 Y su brillante arrebol
 Muestra el inmenso farol
 Que el cielo y la tierra enciende,
 Mas esta luz le sorprende,
 Y adora ya solo al sol.

Ama, al verse en un pensil
 Cultivado con primor,
 El hombre la primer flor
 Que halaga el viento sutil;
 Mas cuando entre plantas mil,
 Descubre á la tierna rosa
 Sobre su tallo, olorosa,
 Su aroma grato exhalar,
 Llega á aquella á abandonar
 Por esta que es mas hermosa.

De los celages se admira
 Blancos de una clara noche,
 El mortal, cuando su bróche
 La flor cierra que ya espira;
 Mas cuando esplendente mira

Salir á la linda luna
Que riela en la laguna,
De ella admira los destellos,
Y ya se olvida de aquellos
Cuya vista le importuna.

De su amada celestial
Contempla la miniatura,
El amante, con ternura
Y delicia sin igual;
Mas cuando el original
De labios finos y rojos
Mira sin pena ni enojos,
Juzga imperfecta la copia,
Y que mas gracias acopia
La que viva ven sus ojos.

Así, yo que amé una estrella
En Cármen, antes de veros,
Miré el sol al conoceros,
Y me olvidé, por vos, de ella.
Dejé la flor por la bella
Rosa divina y fragante:
Por la luna tan radiante
Los celajes con presura;
Y una lánguida pintura,
Por una mujer amante.

—No he quedado convencida
 De que me amais, con oiros,
 Pues puedo contradeciros
 Con lo mismo, por mi vida.
 Que una vez introducida
 En el alma una pasion,
 Ninguno del corazon
 Puede arrojar si es constante;
 Y os probaré no es amante
 Fiel, quien á una hizo traicion.

Si en el acero á grabar
 Se llega alguna figura,
 Como la materia^f es dura,
 Firme allí llega á quedar;
 Y cuando alguno borrar
 Quiere para otra poner,
 No consigue su placer:
 Pues la primera resalta
 Donde á la segunda falta
 Lugar donde aparecer.

Así, el que un fiel corazon
 Tiene, y de constancia lleno,
 Grabada lleva en su seno
 Siempre su primer pasion.
 Y aunque anhele con teson

A otra mujer adorar,
 Nunca lo llegá á lograr,
 Pues la primera una huella
 Ha dejado, que otra bella
 No conseguirá borrar.

Mas si este pobre argumento
 Que sois voluble no prueba,
 Os pondré el vuestro que lleva
 Mas sólido fundamento.
 Con él demostraros cuento
 Que, aunque sea sol y rosa,
 Luna y mujer muy hermosa,
 Puede ser mas que yo bella,
 La flor, retrato y estrella,
 Y los celajes, gustosa.

Hermoso es sin duda el sol
 A quien me habeis comparado;
 Mas casi siempre empañado
 Por las nubes su arrebol;
 Y así mas que este farol
 Que pálida luz destella,
 En noche clara es la estrella;
 Y yo sol sin brillo siendo
 Y estrella Cármen, ya viendo
 Estais que es mas linda ella.

Aunque hay distancia infinita
 De una rosa á cualquier flor,
 Bien ser puede ésta mejor
 Cuando aquella esté marchita;
 Y siendo yo (no me irrita)
 Esa marchitada rosa,
 Y Cármen la flor preciosa,
 Bien se deja conocer
 Que á ella debeis escoger
 Por ser muy mas que yo hermosa.

De los celajes y luna,
 Digo, que pueden aquellos
 Eclipsar los rayos bellos
 De esta en la noche importuna.
 Y yo, en mi corta fortuna,
 Siendo la luna eclipsada,
 Debo verme abandonada,
 Al gozar vuestra alma pura,
 Destellos de la hermosura
 De vuestra Cármen amada.

De la mujer y el retrato,
 Digo que bien puede ser
 Mejor este á la mujer,
 Porque en él todo es recato.
 Y así de haceros ver trato.

Que siendo Cármen pintura
 De delicada hermosura,
 Debe pareceros mal
 Este humilde original
 Sin amor y sin ternura.

—Si adoré vuestra hermosura,
 Linda Luz, hace un momento,
 Ahora admiro ese talento,
 Adorable criatura.
 Así es que, si llama pura
 Sentí por vos al miraros,
 Ahora que logré escucharos,
 Se aumenta mas mi pasión:
 Que hermosura y discreción
 Hacen que llegue á adoraros.

Si vuestra faz solamente
 Y gallarda bazarria
 Rindieron el alma mia,
 Angel puro é inocente;
 ¿Cómo el corazón ardiente
 No quedar mas cautivado,
 Y mas y mas inflamado,
 Al ver juntos, vírgen pura,
 El talento y la hermosura
 Que á vos sola Dios ha dado?

—Doctor, que sois muy galante,
 Estoy mirando, conmigo;
 Pero no ignorais, amigo,
 Que no podeis ser mi amante.
 No es este el primer instante
 En que me habeis, con dulzura,
 Dicho vuestra pasion pura;
 Mas tambien me habeis oïdo,
 Que mi pecho está rendido
 A un ser que amo con ternura.

No os debeis ofender
 De mi clara confesion,
 Pues vereis tengo razon
 Fiel siempre á mi amante en ser.
 Él, antes que vos, saber
 Me hizo la llama en que ardia;
 Y yo le dí el alma mia
 Desde aquel mismo momento,
 Llena de dicha y contento,
 Que en amar mi bien veja.

Y mis padres al oír
 Que me pidió para esposa,
 Juzgando serè dichosa,
 Quieren á él me llegue á unir.
 El plazo va á concluir

Que para el enlace han puesto;
 Así es que, cuando dispuesto
 Todo se halla, mal haría
 Yo en mostrarme infiel é impía,
 Con quien á unirme voy presto.

Un gesto de indignacion
 Se retrató en el semblante
 Del doctor, fatal amante
 Y de impuro corazon.

Pero ocultando falaz
 El furor dentro del pecho,
 Dijo, sin mostrar despecho,
 Poniendo risueña faz.

— Bien haceis en serle fiel
 A ese amante tan rendido,
 Porque yo tarde he venido
 Para merecer lo que él.

Bien sé que don Luis Muñoz
 Es jóven recomendable,
 Urbano, rico y amable,
 Segun la pública voz.

Yo os doy el parabien,
 Lucesita angelical,
 Que es un bien para mí el mal,
 Si mi mal os causa un bien.

Pero, si no me equivoco,
 Él llega en este momento;
 Y en su lugar, el contento
 Me volveria á mí loco.

Loco, sí, cielo propicio:
 Que el que ameis vos con anhelo,
 Tendrá un corazon de hielo
 Si á perder no llega el juicio.

No tendrá ese ardiente amor
 Que el corazon de sí lanza,
 Ni del bien sumo que alcanza
 Conocerá su valor.

No ha de ese fuego sentir
 Que llega el alma á abrasar,
 Que nos impide gozar,
 Que no nos deja dormir.

Que siempre, sin compasion,
 Nos sigue con fiero encono,
 Porque ha formado su trono
 En lo hondo del corazon.

Diciendo esto, llegó á entrar
 Don Luis; y de Luz al lado,
 Despues de haber saludado,
 Tierno se llegó á sentar.

Y cogiéndola una mano,
De su amor en el exceso,
Imprimió un ardiente beso
En ella, tierno y ufano.

El doctor se alzó furioso
Aquella acción al mirar,
Y salió, sin saludar,
Al punto de allí, celoso.

—¿Qué es lo que tiene el doctor?
Dijo don Luis admirado.
—Nada, que se habrá enojado
Por ese beso de amor.

—¿Por el beso?...—Sí, ha un instante
Que su amor me declaró;
Y, Luis, saber le hice yó
Que eras tú mi tierno amante.

—No sé por qué no me gusta
La faz de ese hombre, Luz mía:
Debe tener alma impía,
Cuando tanto me disgusta.

No sé qué noto en su ceño
De hipócrita y de traidor:
Será un santo el buen doctor,
Mas yo que es un diablo sueño.

Mi conciencia se halla en pugna
 Con pensamiento tan bajo;
 Mas tengo en querer trabajo
 Cuando un hombre me repugna.

Sí, serán cuentos de viejas
 Eso del presentimiento,
 Pero yo estoy muy contento
 En seguir tales consejas.

—Pues él se espresó de tí
 Muy bien, Luis; cual nó esperaba,
 Y tu conducta alababa,
 Y el parabien me dió á mí.

—Todo está bien; mas no sè...—
 Mas dejemos este punto,
 Y hablemos ya de otro asunto
 Mas interesante á fé.

Hablemos de nuestro amor,
 De nuestra dicha futura,
 De nuestra gloria y ventura
 Y de nuestro bien mayor.

Y embriagados de delicias,
 Con grande afan en el pecho,
 De adorarse mutuamente
 Se hicieron mil juramentos.

Todo era entonces ventura
Y felicidad para ellos;
Que los amantes ignoran
Que penas hay en el suelo.

Pues cuando juntos están,
Es tan grande su contento,
Que su gloria no trocaren
Por la de un ángel del cielo.

Luz y don Luis abrazados,
Aspirando el dulce aliento
Que exhalaban mutuamente,
Gozaban de un bien supremo.

Cada mirada amorosa,
Cada amoroso concepto,
No hubieran cambiado entónces
Por la corona de un reino.

Eran felices, felices,
Que el amor es, según creo,
La única felicidad
Que el hombre goza en el suelo.

Si el amor fin no tuviera;
Si siempre vivo ese afecto
Existiera en nuestras almas,
Fuera el bien del hombre, eterno.

Eterno, sí, que las penas,
 Todos los padecimientos,
 Al ver á quien se ama, mueren
 Como el éter en el viento.

Doña Luz y Luis se amaban
 Con ese amor verdadero,
 Con ese amor puro y casto,
 Tal vez el único eterno.

Pero por fatal desgracia
 Llegó a interponerse entre ellos,
 El doctor fiero, ocultando
 Un vil plan para perderlos.

No de otra suerte en las ondas
 Del mar, el peñasco fiero
 Se oculta, donde á estrellarse
 Va el buque sin ver el riesgo.

Pero entre amor y promesas,
 Y entre gratos juramentos,
 Ambos amantes el día
 Pasaron, de dicha ciegos.

Y así un mes y otro pasó;
 Ellos alegres, contentos;
 Y el doctor su furia impía
 Ocultando y sus proyectos.

Luis, alcanzando favores,
 Y el doctor, duros desprecios:
 Aquel esperando dichas;
 Venganzas éste y tormentos.

Mas iba á espirar el plazo,
 Para el matrimonio, puesto;
 Y el doctor desbaratarlo
 Quiso sin tardar mas tiempo.

—¿Cuando al altar os conduce,
 Luz, vuestro don Luis tan tierno?...
 Díjola un dia el doctor,
 Muy afable y sonriendo.

—Mañana: dijo la hermosa.
 —¡Mañana!...— Sí: ya dispuesto
 Está todo, y muy temprano
 Esposos nos llamaremos. —

Pálido quedó el doctor
 Tales palabras oyendo;
 Y quedó meditabundo.
 Por un instante ligero.

Mas pronto de su sorpresa
 Con felicidad saliendo,
 Ya combinado su plan,
 Contestó, placer fingiendo:

— Espero sereis dichosa
Tanto como lo deseo,
Y tanto como merece
Vuestro amor puro y sincero.

Y sin decir mas palabras,
Mirando que urgía el tiempo,
Se salió de allí al instante
Meditando en sus proyectos.



PASO SEGUNDO.

UN BAILE DE CANDIL.



No hay ningun hombre de bien:
Todas son gente de chispa.

R. RUBÍ.

Es una casa espaciosa,
En el barrio de la Palma;
Barrio en México afamado
Por su gente tan malvada.

Barrio donde no es preciso
Que á jugar el hombre vaya,
Para que de noche pierda
Cuanto lleve por desgracia.

Donde viven los ladrones
De mas perversas entrañas;
Los asesinos mas fieros;
Y las mujeres mas malas.

Donde en las riñas ó pleitos,
 Como ellos mas bien las llaman,
 El argumento mas fuerte
 Es el *tranchete* y la daga,

En donde bebiendo pulque
 Las horas enteras pasan,
 Cantar oyendo el *canelo*
 Al son de alguna *jarana*. (a)

En donde hasta media pierna
 Las *chinas* llevan la enagua,
 Con lentejuelas brillantes
 Y *puntas* muy bien bordadas.

Chinas que en la faja llevan
 Tambien la terrible daga,
 Cubierta con el *rebozo* (b)
 Que llevan con suma gracia.

Pero entremos, lector mio,
 A la referida casa,
 Porque es malo detenerse
 Cuando interesa la marcha.

[a] Tiple.

[b] Especie de chal de tres varas de largo.

Es casa de vecindad,
Sin habitaciones altas,
Pues todos son cuartos bajos
Los que en su centro se hallan.

Entremos, pues, á uno de ellos,
Para ver lo que en él pasa,
Que oigo suena el bandolon,
Y oír música me agrada.

Pegadas á la pared
Algunas velas se hallan,
Que alumbran aquel recinto
Dando una luz poco clara.

Tres músicos mal sentados
Sobre dos sillas quebradas,
Tocan, uno el bandolon;
Otro el bajo, y otro el arpa.

Ciego es el uno; y el otro
Tuerto para su desgracia;
Y una cicatriz al último
Le coge toda la cara.

De todos los demas cuartos
Han acudido á la zambra,
Los vecinos que desean
Oír los tonos del arpa.

Y unos de pié, porque sillas
 Ni usan, ni les hacen falta,
 Y otros sentados al suelo,
 Escuchan, gritan y charlan.

En medio del cuarto, alegres,
 Dos solas parejas bailan
 Un *jarabe*, de esos buenos,
 Que regocijan el alma.

Con la mano en la cintura
 Que oprime faja encarnada,
 Y el rebozo al desden puesto
 Y á media pierna la enagua,

Las dos mujeres menean
 Los piés pequeños con gracia,
 Recibiendo mil aplausos
 De todos los que allí se hallan.

Los hombres, puesto el *sombrero*
Jarano, de inmensas alas,
 Bailan con las manos puestas
 Hacia atrás, y asidas ambas.

Los que miran, embozados
 En sus pesadas frazadas,
 Se rien á cada verso
 Que allí los músicos cantan.

Versos todos mal forjados,
 Que no tienen otra gracia
 Que los muchos disparates
 Que encierran en sus palabras.

Pero oigamos uno de ellos,
 Que con voz aguardientada,
 Los tres músicos lisiados
 En este momento cantan.

“Si porque me vites probe”
 “Y á otro vites con caudal,”
 “Mira bien con quen te metes”
 “No te se vaya á arrancar,”
 “Que hemos visto queer iglesias,”
 “Cuanti mas ese jacal.”

—¡Bravo, bravo!... gritan unos,
 —Aquí hay pulque, otros esclaman;
 Y el jarro y el vaso al punto
 De una mano en otra pasan.

—Don Dolores, un *Parreño*
 Toque usè que alegre el alma,
 Pa que don Pilar lo baile
 Con la linda Piés de Plata.

Sí; el *Parreño*: gritan todos;
 Y al momento suena el arpa,
 Y poco despues se escucha
 Este otro verso que cantan.

“Que dice el parreño
 “Que no tiene fin,
 “Que quiere bailar
 “Con un gachupin.”
 “Parreño sí, Parreño no,
 “Parreño dueño de mi corazon.”

—Don Trenidá, dijo un hombre
 A otro que á su lado estaba
 Con mucha atencion mirando
 A una de las que bailaban.

—¿Qué hay, compadre?—Que parece
 Que la Tangos no os *discuadra*
 Segun *peluis el jalisco* (c)
 Sin decir una palabra.

—Deveras, compadre mio,
 Que está hechicera, que encanta;
 Pero *su amasio* (d) es mi amigo,
 Y esto un freno pone á mi alma.

-
- (c) Segun la atencion con que mirais.
 (d) Querido.

—Muy bien hecho: así los hombres
 Deben ser, que así lo manda
 La Virgen de los Remedios
 Que remedia nuestras ansias.

Pero oid, que á cantar van
 Los músicos; y me pasma
 La voz del que toca el bajo (a)
 Porque es rebusta y simpática.

Y el músico, cuya voz
 Era ronca y destemplada,
 Cantó esta copla, que hiciera
 Llorar á Apolo de rabia.

“Siñora, ¿por qué razon
 “A mi corazon hirites?
 “Si tenias otro siñor
 “Por qué no me lo dijites?”

—Otro verso don Dolores
 De esos buenos, que me pasman,—
 Y el del bajo cantó este otro
 A duo, con el del arpa.

“Que amanece, que amanece,
 “Dispierta, reina y siñora,
 “Ya la luna se escurece,
 “Ya va á reventar *lurora*.”

(a) Guitarra grande, sin prima, pero de cuerdas dobles.

—Bravo, bravo, eso es *devino*:
 Viva el barrio de la Palma,
 Y que vivan sus mujeres
 Y los hombres que las aman.

—Que vivan; mas sobre todo,
 Que viva mi linda *chata*,
 Dijo un maton á una jóven
 Encantadora, en voz baja.

—Llamarada de petate;
 Le contestó ella con gracia,
 O vapor del dulce pulque,
 Que como el humo se acaba.

—No, no es vapor, ni tampoco
 De petate es llamarada;
 Sino *retemucho* amor
 Que siento dentro del alma.

—*Cayetano la botica*: (b)
 Porque hay aquí orejas largas,
 Que otros pueden, don Cruz,
 Y... es mejor seguir la danza.

—Siempre á mi ruego os mostrais
 En extremo *polinaria*, (c)
 Y siempre me dais disculpas
 Que mas aumentan mis ansias.

(b) Cállese la boca.
 (c) Ingrata.

Y no debiera de ser;
 Cuando habeis visto, mi alma,
 Que á chaleco (d) no he querido
 Alcanzar *hastora* nada.

—Y así debe ser, que yo
 Os *quedré* cuando me nazca; (e)
 Pero á chaleco, jamas,
 Pues los *chalequeros* cansan.

—Bendita sea esa boca,
 Pues la claridad me *cuadra*.
 Mas ¿alcanzaré algo un dia?
 ¡*Cirilo ó norte*, (f) mi alma?

—Veremos. —¿Cuándo? —Muy presto;
 Mas no hablemos en voz baja,
 Porque *pelando el jalisco*
 Nos están todos, y.... basta.

—Valedor; (g) dijo acercándose
 A uno de los que bailaban,
 Uno de los concurrentes
 De los de mas mala facha.

(d) A fuerza.

(e) Me agrade ó me parezca.

(f) ¿Sí ó no?

(g) Compañero.

—¿Qué se ofrece? — Que un cachito (a)
 Bailar me dejéis, por gracia,
 Con 'la *chula* (b) compañera
 Con *quien* bailais y me encanta.

—Está güeno, valedor:
 Contestó su camarada.
 Y cedió su compañera
 A su amigo, sin tardanza.

—¡Bravo! gritaron à un tiempo
 Cuantos en el cuarto estaban,
 Al mirar al sustituto
 Que en el baile adquirió fama.

—Que toquen el *Mal-criado*.—
 Y el bándolon, bajo y arpa,
 Fieron sus notas al viento,
 De la pedida sonata.

Entonces el hombre adusto
 Que á bailar se preparaba,
 Despojándose, ligero,
 De su bien bordada *manga*, (c)

[a] Un poquito.

[b] Graciosa.

(c) Pieza con que se embozan, los que montan á caballo: de tres varas de largo y poco mas de dos de ancho: en medio tiene una abertura para meter la cabeza y que quede sujeta sobre los hombros: al rededor de la espresada abertura tiene un adorno ancho de terciopelo, con fleco, al que dan el nombre de dragona.

La puso sobre los hombros
De su compañera amada,
Y su jarano sombrero,
De ella en la cabeza lánguida.

Despues, dándola el machete (d)
Que al cinto siempre él llevaba,
Quedó entre mujer y hombre
Ella, al punto, transformada.

Y él que de hábil bailarín
Entre todos se preciaba,
Empezó á mover sus piés
Con lijereza estremada.

Una coplita don *Loto* (e)
De esas de picante salsa;
Por el *chisgo* (f) de aquella otra
Que *endenantes* os contaba.

Dijo uno desde el rincón,
En donde el pulque se hallaba.
Y los músicos cantaron
Esta, con voz destemplada,

[d] Espada tosca.

[e] Dolores.

[f] Semejante, parecida.

"Onde quera que yo voy,
 "Como que soy tan *mal-creado*,
 "A cualquiera *endina jembra*,
 "A *chaleco* la arretrato.
 "Lo digo quedito y recio,
 "Que para eso el *jierro* (g) cargo.
 "Quéranme, pues, *todititas*,
 "Y no chisten sus *amasios*.

—¡Ui!... ¡qué bien!... Ande, don *Roso*.
 Dijeron al que bailaba:
 Oblíguela, que no hiere,
 Aunque la mirais armada.

Y don *Roso*, deseando
 Mostrar lo bien que bailaba,
 Repicó admirablemente
 Con sus piés sobre la tabla. (h)

—Saca, tú, á don *Margarito*:
 Dijo, volviendo la cara,
 A una jóven hechicera,
 La que con *Roso* bailaba.

(g) El puñal.

(h) La mayor parte de los cuartos bajos, están envigados ó con tablonés; y pongo en singular, *sobre la tabla*, porque apenas se mueven, para bailar, de un lugar.

—Si yo no sé, señorita,
 Contestó aquel, sin tardanza:
 —No importa que no sepais:
 Me *nace* baileis, y basta.—

Entonces se alzó una jóven
 De donde estaba sentada;
 Y se acercó á Margarito,
 Atravesando la estancia:

Tendria diez y ocho abriles
 La jóven que hácia él marchaba,
 Descollando sobre todas
 En hermosura y en gracia.

Conocida era de todos.
 Por la *linda Federacha*,
 Apodo que la pusieron,
 No sé por qué asunto ó causa.

Era de estrecha cintura,
 De leve y pulida planta,
 Por un zapato, oprimida,
 De raso verde esmeralda.

En cuya punta se via
 Una flor de oro bordada,
 Que hacia que mas el pié
 La atencion allí llamara.

Desnuda estaba la pierna,
 Que medias no las gastaba,
 Pues que no las usa en México,
 Del pueblo la gente baja.

Hechas de finos pañuelos
 De seda, eran sus enaguas,
 Cortas hasta media pierna,
 En extremo airosas y anchas.

Otras debajo, muy limpias,
 De finísima bretaña,
 Dejaban ver, asomando
 Una ancha y preciosa randa.

Un buen *rebozo calandrio*
 De seda muy delicada,
 Terciado con gran soltura
 Y grata altivez llevaba.

Dejando ver de estopilla
 Una camisa bordada,
 Que cubrir su alzado seno
 En tal momento dudaba.

Una faja de burato
 Del mas encendido nácar,
 Bordada de blanco y oro,
 Su cintura sujetaba.

Y en los pliegues de ella, oculta
Llevaba una corta daga,
Con vaina de limpio acero
Y empuñadura de plata.

Tal era la linda jóven:
La divina *Federacha*,
La cual á don Margarito
Se acercó, y así le hablara:

—A que me hagan un desaire
Aún no estoy acostumbrada:
Don Margarito, os aguardo
Para bailar, sin tardanza.

—Mi vida, no es, no, desaire:
Sabeis que no bailo nada;
Pero pondré mi sombrero
Al instante, á vuestras plantas.

—Corriente: dijo la jóven:
Y él, á medio de la estancia,
La llevó, y puso el sombrero
En el suelo, con cachaza.

Quitose el fino *gorongo*, (a)
En el que embozado estaba,
Y lo colocó en los hombros
De la linda *Federacha*.

(a) Las que en España se llaman *mantas* y las usan los
contrabandistas.

Hecho esto, volvió á sentarse,
 En tanto que ella bailaba
 En frente de su sombrero,
 Con soltura extraordinaria.—

Bueno será, al que no sepa,
 Advertirle que es usanza,
 En el suelo su sombrero
 Poner aquel que no baila.

Pues representa el sombrero,
 Al dueño de él, que á las plantas
 Se pone de la hermosura
 Que así amorosa le honrara.

—Viva la gente *del bronce*
 Que goza del mundo y danza:
 Esclamó uno, remojando
 Con un trago su garganta.

Y los gritos, y los bravos,
 Y las picantes palabras,
 Segnian con mas estruendo,
 Y las canciones, que encantan.

Y de nuevo los aplausos,
 Y de nuevo las palmadas
 Siguen; y el pulque humedece
 Las no bien secas gargantas.

Pero cesaron los gritos
 Por un rato y la algazara,
 Cuando entró un hombre bien puesto
 Al cuarto donde bailaban.

—Doctor, tome usted asiento
 En esta silla quebrada,
 Dijo uno, quitando á un músico
 Aquella que él ocupaba.

—Gracias, no: vengo á un asunto,
 Para mí, de alta importancia.
 Dijo, llevándole á un lado
 Al que la silla le daba.

—¿Es robo?... —Sí; pero solo
 Se trata de una muchacha,
 A quien amo y me desprecia,
 Y se va á casar mañana.

En el número veintiuno,
 De la calle de.... es su casa:
 El portero es un aliado,
 Que hace entró allí una semana.

Escoge buenos muchachos,
 Para que bien todo salga,
 Al Picador, al Demonio,
 Al Tiburon y á Guadaña.

Mas para que no sospechen
Del portero, despues nada,
Diles que al entrar le amarren,
Como á cualquiera de casa.

Yo voy ahora hácia allí,
A estarme con la muchacha
Y su novio, pues es hora
En que juntos ambos se hallan.

Así es que tambien á mí
Les dirás me amarren, para
Que á sospechar nunca lleguen
Que yo soy el de la trama.

Y dentro del coche mismo
Que ellos tienen, sin tardanza,
Haciendo uno de cochero,
Llevareis á la muchacha,

Al número diez y siete
Del callejon de.... do se halla
La casa que hoy he tomado
Para méjor ocultarla.

—Está bien, doctor. ¿A qué hora
Quereis que por ella vayan?

—A las nueve; son las ocho,
Y una hora de espera basta.

—Corrientes: adios. —Adios.
 Y sin escuchar ya nada,
 Se salió de allí contento
 De vencer con la esperanza.

—¿Qué es lo que quiere el doctor,
 Capitan? ¿de qué se trata?...
 El Tiburon preguntó
 No bien aquel se marchara.—

Y entonces, llamando á un lado
 Al Picador, á Guadaña,
 Al Tiburon y al Demonio,
 Les contó lo que pasaba.

—Corriente: dijeron ellos:
 Al robar á la muchacha,
 Veremos si algo mal puesto
 Hay de dinero ó de alhajas.

—Pues á bailar entre tanto;
 Dijo el capitan: que aun falta
 Una hora, y esta es preciso
 Sin descanso aprovecharla.

Y el baile empezó de nuevo,
 Y de nuevo la algazara,
 Y tambien de nuevo el pulque
 A refrescar las gargantas.—

Pero dejemos bailando
 A estas gentes de *chapa*,
 Y sigamos al doctor
 Que de Luz ya está en la casa.

Sentada la hermosa jóven
 De don Luis al lado se halla,
 En cuya faz resplandece
 El placer que goza su alma.

El doctor en frente de ella
 Está, sin cesar mirándola;
 Y de la novia los padres,
 Al lado de él, en gran plática.

Todos son tiernos coloquios:
 Todas son dulces palabras:
 Y todo alegría y gusto,
 Y todo amor y esperanza.

En esto el reloj las nueve
 Dió con vibrante campana,
 Y el doctor se puso pálido,
 Muy mas que la cera blanca.

Y con temor en el pecho,
 Y respirando con ansia,
 Fija en la puerta la vista,
 Los aliados esperaba.

Pero nadie parecia,
 Y los momentos pasaban,
 Momentos, para él preciosos
 Y en los que su bien cifraba.

—¡El capitan, olvidado
 Se habrá de que le esperaba!...
 Dijo el doctor entre sí,
 Reprimiendo mal su rabia.

“Si tal sucede, la muerte....”
 Mas calmose aquí su alma,
 Porque en esto aparecieron
 Los aliados en la sala.

—Nadie se mueva: gritaron,
 Mostrando, fieros, las dagas,
 Acompañando esta accion
 Con una horrible palabra.—

Un ¡ay! la única respuesta
 Fue, que encontró esta amenaza
 En las señoras que tímidas,
 Cierta la muerte miraban.

Don Luis resistirse quiso;
 Mas le asieron por la espalda,
 Y al fin se dejó amarrar,
 Mirando al pecho las dagas.

—¡Infames, ladrones, viles!
 Con fuerza el doctor gritaba,
 En tanto que á él y al anciano
 Los aliados amarraban.

—¿Dónde está el dinero? Vamos,
 Conducidnos, buena anciana,
 A do lo teneis guardado,
 Que nos hace una gran falta.—

Y temblando la infelice,
 Les condujo á su recámara,
 Do cogieron cuanto habia
 En dinero y en alhajas.

—Que san DÍmas os asista
 En vuestras últimas ansias,
 Buena vieja: la dijeron;
 Y vamos, que el tiempo pasa.

Y acercándose á la jóven:
 —“Vamos, la dijeron, mi alma;
 “Venid, que ya abajo el coche,
 “Para llevaros, aguarda.”

—¡Pérfidos! jamas, jamas.
 Gritó Luz muy exaltada.
 Jamas; primero la muerte
 Que abandonar esta casa.

—Menos gritos, señorita;
 Menos gritos y mas calma,
 Porque nos *nace* el llevaros,
 Y que os resistais es *gana*. (a)

Y acercándose al anciano,
 Y levantando las dagas
 Para herirle, prosiguieron
 Diciéndola estas palabras.

—“Si no nos seguis, la muerte
 “De vuestro padre es llegada,
 “Y al menor grito que deis
 “Vereis su sangre regada.”

—¡Ah! por Dios, por Dios, dejadle!...
 Esclamó con pena amarga....
 “Os sigo!...” y sin decir mas
 Cayó al suelo desmayada.

Entonces aquellas fieras,
 Aquellos hombres sin alma,
 La agarraron en los brazos,
 Y salieron de la casa.

En vano el mísero amante
 Favor pedia y gritaba;
 Pues á poco partió el coche
 Donde marchaba su amada.

(a) Inútil.

Entonces corrió al balcon,
Y llamó, furioso, al guarda,
El cual, con otros serenos,
Entró despues en la casa.

Estos, al saber el lance
Y aventura tan estraña,
Les desataron las manos
A todos, como anhelaban.

Y aunque corrieron mil calles,
Y aunque á todos preguntaban,
No pudieron descubrir
A donde á Luz la llevaran.



PASO TERCERO.



LA CASA DE JUEGO.



—En que no hacen una baza.

—Toda la noche perdemos.

—No tengo prenda.

— juguemos;

Eso no nos embaraza.

JOSE ZORRILLA.

El juego es vicio fatal,
A cuyó tan solo nombre
Debe horrorizarse el hombre
Que busca el bien y huye el mal.

Es una funesta plaga
Que á las familias arruina,
Que veloz se contamina
Y que los caudales traga.

Cuando gana el jugador
 Es pródigo, generoso;
 Cuando pierde es un furioso,
 De su familia el terror.

Con su semblante risueño
 Habla á su esposa, si gana;
 Mas si la suerte es tirana,
 La ve con adosto ceño.

Siempre en continua zozobra
 Del jugador la familia
 Vive, que nunca concilia
 Los extremos en su obra.

Por eso en todo gobierno
 Que está bien constituido,
 Los juegos se han perseguido
 Como males del infierno.

Pero ¿cómo perseguir
 Donde se vé abandonado
 El militar y empleado,
 Sin su sueldo recibir...?

Donde dice en su dolor
 El hombre; "¿Entre perecer
 O jugar, qué debo hacer?...
 De los males el menor."

¿Qué hace el pobre militar
Que de hambre y miserias harto,
Nunca percibe ni un cuarto?...
Morir de rabia ó jugar.

¿Y el oficial retirado
Que fuera émulo de Marte,
Con una tercera parte
De su sueldo retardado?

¿Que anda mugriento y raído,
Con un frac de angosta falda.
Que tiene el punto en la espalda,
Barbon y descolorido?...

Jugar, meterse á tahúr,
Al ver su bolsa desierta,
Y espiar por si á la puerta
Ve alguna, y gana el albur.

Todo esto es muy estratégico;
Mas quien del gobierno existe,
Si comer quiere y se viste,
Así ha de vivir en Mègico.

Por eso el juego fatal
Es, sin duda alguna, un bien
Positivo, para quien
Busca siempre el menor mal.

Y como en otras naciones
 Es el jugar temerario,
 En México es necesario
 Por las espuestas razones.

No se vaya á creer por esto
 Que estoy por el juego yo;
 De ninguna suerte, no:
 Porque es vicio que detesto.

Nunca he llegado á jugar;
 Y creo que es un deber
 Del gobierno, contener
 Este daño, sin cesar.

Pero para esto es preciso
 Que á cumplir él mismo empiece,
 Viendo que por él perece
 Aquel que servirle quiso.

Atienda á esos retirados
 Que familia inmensa tienen,
 Y que tristes la mantienen
 Con nada, desventurados.

Quite entonces, sin omiñas,
 Esas partidas que existen,
 Y de las cuales subsisten
 Mas de cuatro mil familias.—

Pero dejemos aquí
 Este asunto desde luego,
 Y entremos al punto al juego,
 Que es lo que me importa á mí.

Dos mil onzas relucientes,
 Sobre la mesa se miran,
 Al redor de la que giran
 Descoloridas las gentes.

Unos, cada vez que pierden
 El dinero que aun ostentan,
 Lo cuentan y lo recuentan,
 Y allí sus lábios se muerden.

Otros, y son los mas de ellos,
 Si albures pierden al trote,
 O se estiran el bigote,
 O se arrancan los cabellos.

—Seco estoy como la yesca;
 Dijo uno á otro, sin consuelo:
 Jamas tengo yo otro anhelo
 Que el de sacar *la manesca*. (a)

Pero nada: es imposible.
 Mi mujer y mis tres hijos,
 Estos son males prolijos,
 Morirán de hambre terrible.

(a) La comida.

Se estaba *haciendo la grande*;
 A ella pongo y *se hace chica*:
 Varío, y la otra se esplica
 Haciendo que incierto yo ande.

—Pues yo no soy tan abyecto:
 Hoy mi suerte bien se halla:
 No he perdido ni una *talla*,
 Porque he jugado *proyecto*.

Hoy todo *se ha hecho de afuera*,
 Y yo, sin variar por nada,
 He hecho, Juan, mi *bolichada*, (b)
 Como hace tiempo no hiciera.

—Soy el mas fatal *apunte*:
 Si se hace *contrajudía*,
 Es la contraria la mia:
 Nadie conmigo se junte.

Desde que llegué á sanar
 Y á la partida he venido,
 A mi mujer no he podido
 Ni una peseta llevar.

No me pagan: soy soldado,
 Y con tres hijos y esposa,
 ¿Qué hacer, si la suerte odiosa
 Contra mí se ha conjurado?

(b) Ganancia.

En mi larga enfermedad,
No me dió un real el gobierno;
Y debido al Ser Eterno,
Viví de la caridad.

De Paul los buenos hermanos
A mis hijos socorrieron,
Y ellos todo me lo dieron,
Porque son hombres humanos.

Mas al mirarme en estado
Ya de poder trabajar,
Se han llegado á retirar,
Y me hallo desesperado.

Mas tú que estás de fortuna,
Toma este peso, por Dios,
Y pon tú otro, y por los dos
Ponlo en el instante á una.—

Tomó el otro el peso; y luego
Estuvo un rato observando
Cuatro albures, calculando
Si se estaba *haciendo juego*.—

Ya el lector, sin ansia impía,
Habrá al punto conocido,
Que era el que habia perdido
El esposo de María.

Pero ahora espera ganar,
 Porque está su compañero
De suerte; y ya su dinero
 Espera recuperar.

—“Rey de oros, sota de espadas”
 Gritó el montero; y al punto,
 Los que estaban al asunto,
 Colocaron sus *paradas*.

—¿Ruiz? dijo entonces don Juan,
 ¿Apuntaste?—Si; á la sota.
 Y don Juan ya su derrota,
 Espera con duro afán.

Era el último aquel peso
 Que al infeliz le quedaba,
 Cuando su familia estaba
 De miseria en el exceso.

Corre el albur: nadie ceja:
 Don Juan de sudor se inunda:
 Hasta que con voz profunda
 Oyó gritar: “*Sota vieja*.”

Entonces vió el cielo abierto,
 Y el gusto en su rostro esplica.
 --Haciéndose está la chica:
 Dijo Ruiz, ganamos, cierto.

Y al monte se oyó anunciar,
 “Cinco de oros, seis de copas.”
 —Ruiz, apuesta hasta tus ropas;
 Y al cinco volvió á apostar.

—Este dia haz no se borre,
 Dijo don Juan, de mi mente:
 Y se calló de repente
 Cuando esta voz oyó; “corre.”

Entonces suspendió el gozo,
 Don Juan en su timidez,
 Hasta que gritó otra vez
 El montero. “El cinco mozo.”

—La suerte nos favorece;
 A don Juan díjole Ruiz.
 —Ya mi familia es feliz:
 Por tí hoy de hambre no perece.—

—¿Me dá usted una peseta?
 Díjole á otro un retirado,
 Hasta el pescuezo abrochado
 Con una semichaqueta.

—Si no teneis ni camisa
 ¿Con qué me habeis de pagar?
 —Hoy llevo sin ella á estar
 Porque me vestí de prisa.

Seis albuces á la puerta
 Me han echado, y he perdido.
 —Aquello que habeis pedido
 A alguno, cosa es muy cierta.

—Tengo cuátro hijos hambrientos,
 Y mi esposa se halla en cinta.
 No me pagan; y Jacinta
 Me dá muy malos momentos.

Mi casa es el mismo infierno.
 Mi esposa de un genio vivo;
 Y yo, infeliz no recibo
 Ni un centavo del gobierno.

—Vamos, tomad la peseta,
 Que bastante habeis hablado:
 Idos, señor retirado,
 Y dejadme el alma quieta.—

En tanto Ruiz y don Juan
 No yerran carta ninguna;
 Que los dos de la fortuna
 Favorecidos están.

Mas dejémoslos jugando
 A todos con ansia impía,
 Y á la casa de María
 Vamos al punto pasando.

PASO CUARTO.



UNA MUGER VIRTUOSA.



Juana.—Y del hombre la fiereza
Que con indigna arrogancia,
Nos arguye de inconstancia,
Aprenda de mi firmeza.

LOPE DE VEGA.

Sola la hermosa y celestial María
En este instante los momentos pasa,
Mientras ausente de casa
Su esposo que jugando se estasia,
Con alegría advierte
Que favorable le es la instable suerte.

Sola se encuentra, sí, porque aun ausentes
Sus tres hijos están en tal momento,
En la casa contigua
Donde vive una amiga de ella antigua,
A donde los tres niños inocentes
Disfrutan, con contento,

Algunas horas de feliz ventura
Libres del hambre y hórrida amargura.

Pensando estaba, pues, en su atroz suerte,
Y eterna desventura
Mas dura que la muerte,
Y en el esposo que ama con ternura,
En su don Juan amado,
Que sin recursos se halla el desdichado,
Cuando el doctor impío,
Que ver á solas á María ansiaba,
Sabiendo que don Juan fuera se hallaba
Jugando á su albedrío,
Entró con faz risueña,
En extremo halagüeña,
A do estaba María,
A quien vencer pretende en su porfía.

No sorprendió á la hermosa la presencia
Del hombre que odia tanto
Y amarga su ecsistencia
Y la hace verter llanto.
No: porque siempre, sin dejar un día,
Una visita hacia
A su esposo y á ella,
Aunque mas que por él es por la bella.

Pero pronto de horror se llenó su alma
Y de terror terrible é infinito,

Al mirar que el doctor, hombre maldito,
 Cerró con mucha calma
 La puerta; y que la llave
 Guardó en la bolsa con aspecto grave:
 Quedando así María
 Encerrada con él sin esperanza,
 En su desgracia impía,
 De salvarse del hombre
 Que había, por su nombre,
 Jurado tomar de ella atroz venganza.
 Así es que la infeliz, de espanto llena,
 Y de terrible pena,
 Alzándose asustada
 De do estaba sentada,
 Le preguntó al momento
 Con tembloroso acento:
 —¿Que haceis, doctor?... qué haceis, hombre malvado?...
 Y él respondiÓla, sin mostrar cuidado.

—Aprovechar, María,
 Este instante precioso
 En que fuera se encuentra vuestro esposo,
 A quien tanto detesta el alma mia.
 Aprovechar el plácido momento
 Para alcanzar por fuerza,
 Ya que vuestra virtud nada hay que tuerza
 Ni humille vuestro aliento,
 Lo que veis sin cuento he pretendido.

Y lograr no he podido
 Ni por mil amenazas ni por ruegos,
 Ni por haberme echado veces tantas
 Humilde, á vuestras plantas,
 Los ojos por el llanto casi ciegos.

Si: vengo á eso, María,
 A que hoy cedais, por fuerza, al ansia mia:
 Al amor que del alma
 Por siempre arrebató la dulce calma.—

Y esto al decir brilló el fuego en sus ojos
 De su pasión impura,
 Y cual dos ascuas rojos
 Pusieronse al instante,
 Cual saltar de sus órbitas queriendo.
 Pintose la lujuria en su semblante
 Que causa su amargura;
 Y las venas al punto de su frente,
 De sangre impura, ardiente,
 Se hincharon, en su triunfo ya creyendo.
 Asomose á sus labios la sonrisa
 Feroz del condenado;
 Y de su afán indómito arrastrado,
 Encaminose á prisa
 Hácia aquella mujer que idolatraba,
 Y cuya honra empañar allí anhelaba.

Un grito de terror lanzó María
 De su asustado pecho;
 Midió el espacio estrecho
 Que aun la aparta del hombre
 Que deshonrarla ansía;
 Y pronunciando, con fervor, el nombre
 Del Ser Omnipotente,
 Viendo que huir no le era ya posible
 De aquel hombre inclemente,
 Se preparó terrible,
 A defenderse fuerte,
 Y á su deshonra preferir la muerte.

Conoció el vil doctor, lo que María
 Se disponia hacer en tal momento;
 Y se arrojó violento,
 Sin darla tiempo á nada,
 Sobre la desdichada
 Que, con noble osadía,
 Al mirarse ya presa entre los brazos
 Del vil doctor impio,
 Procuró deshacer aquellos lazos,
 Que contra su albedrio
 La tenian sujeta y oprimida.
 Pero en vano, afligida,
 Romperlos quiso, osada,
 Pues cuanto mas furiosa
 Huir procura, ansiosa,

Mas por ellos mirose sujeta.
 — Favorecedme, ¡oh Dios, favorecedme!...
 Esclamó, defendiéndose, María:
 De este hombre furibundo defendedme,
 Que en empañar se empeña la honra mia.—
 Y luchando anhelaba
 Del hombre huir que allí la sujetaba.

Pero el doctor, furioso,
 De lujuria inflamado,
 Y en fuerzas poderoso,
 Y en vencerla empeñado,
 En sus ferreos brazos, furibundo,
 Con delirio profundo,
 Estrechaba á la hermosa;
 Y en su pasion fogosa,
 Esclamaba. “María!...
 “Oh! sí: ya... ya eres mia”....
 Y seguia luchando,
 Arrojarla en el suelo procurando

— ¡Oh! no: no: antes la muerte....
 La infelice María
 En su dolor decia;
 Y combatia fuerte,
 A morir decidida
 Antes que verse de él envilecida.

Pero por un momento
 Las fuerzas le faltaron á la triste:

Que tan desigual lucha no resiste
 Y al verla sin aliento,
 El doctor en sus brazos mas la aferra,
 La levanta en el aire y la echa á tierra.
 Creyó logrado entonces lo que ansiaba
 El doctor inhumano;
 Mas la infeliz María que miraba
 Su perdicion segura, con insano
 Y terrible furor le mordió el cuello
 Hasta hacerle vertiera
 Impura sangre fiera;
 Y luego, enfurecida,
 Le agarrò del cabello
 Sin dejarle mover de él siempre asida.

— ¡Oh! maldita mujer!.... el doctor dijo
 Al verse sujetado.
 El infierno, de fijo,
 Hizo que me cojieras descuidado.
 ¡Tiembra, tiembra, mujer...! ¡tiembra, María!... —
 Y esfuerzos mil por desprenderse hacia.

Mas de don Juan la esposa,
 A quien el miedo mas valor le daba,
 Muy mas le sujetaba:
 Pues sabia la hermosa,
 Que allí su esfuerzo solo
 La podia librar del atroz dolo,

Con que el doctor impío
Anhelara triunfar de su albedrío.

Terrible lucha y fuerte
Entonces comenzó: solo el resuello
Del doctor y María
En la estancia se oía:
Que ambos, callados, en su dura suerte,
El doctor sujetado del cabello
Sin movimiento alguno,
El momento oportuno
De estar libre esperando,
Y ella solo anhelando
Vencerle para huir en el momento,
Luchaban sin aliento,
Sin pronunciar palabra,
Que en triunfar cada cual su dicha labra.

—¡Maldicion!... maldicion!...: dijo furioso
El doctor de repente,
Procurando, impaciente,
Con esfuerzo terrible y poderoso,
Desprender su cabello de las manos
De la mujer que inútiles y vanos
Sus esfuerzos hacia,
Pues con furia sujeto le tenía.

Pero poner queriendo
Fin á la lucha en que empeñado estaba,

Y que entrara temiendo
 De María el esposo que él odiaba,
 Cobrando nuevo aliento,
 Hizo un horrible y fuerte movimiento,
 Y logró la cabeza
 De las manos librar, que con firmeza
 Le asieran los cabellos;
 Mas con tal fuerza preso le tenia
 La virtuosa María,
 Temiendo sus esfuerzos inhumanos,
 Que al soltarse el doctor, dejó en las manos
 De la infeliz mujer, todos aquellos.

—¡Oh furia!...., exclamó airado
 El doctor, al sentir el dolor crudo,
 Infinito y agudo,
 Que le habia causado
 La pérdida fatal de sus cabellos;
 Mas sin notar en ellos
 La infelice María
 Que libre al hombre pérfido veía,
 Se cubrió de terror y horrible espanto,
 Su ruina y su quebranto
 Mirando ya segura,
 Y su eterna amargura.

Por huir hizo esfuerzos; pero vanos,
 Porque el doctor, con furia atroz, sus manos

Entre las suyas sujetó al momento,
Y todo movimiento
A la esposa quitó, que al fin cansada
Casi sin respirar, quedó un instante,
Pálido su semblante,
Y de su fuerza toda abandonada.

Entónces el doctor creyó segura
La dicha que anhelaba,
Y á aquella esposa de don Juan, tan pura,
Entre sus brazos, ciego, la estrechaba.
Mas la hermosa María,
Que su deshonra próxima veía,
Y preferia al deshonor la muerte,
Hizo un esfuerzo fuerte,
Y de rabia y enojo al cabo llena,
Mordió al doctor en su robusto brazo,
En medio de su pena,
Y le arrancò un pedazo,
Haciéndole verter de sangre un rio.
A dolor tan impío,
Dió un grito el vil doctor, soltando al punto
A la infeliz María
De la que ya triunfar pronto creia,
Y pálido quedó como un difunto.
Aprovechó la hermosa
Aquel feliz momento,
Y huyóse, presurosa,

Antes que del dolor y su tormento
 El vil doctor volviera,
 Hácia su alcoba, por demas lijera.

Pero el feroz amante
 Al ver que huia, se olvidó al instante
 De su agudo dolor, y en su ansia impía
 Corrió tras de María,
 La cual, resuelta á perecer primero
 Que á ceder al afan del hombre fiero
 Que queria empañar de su honra el brillo,
 Se apoderó al instante de un cuchillo;
 Y resuelta á quitarse allí la vida,
 Así al doctor le dijo decidida.

—No deis un paso mas, hombre malvado,
 No deis un paso mas, doctor impío,
 Pues donde una muger buskais, osado,
 Un cadáver tan solo hallareis frio:
 Pues antes de mirarme envilecida
 Me he de quitar con esta arma la vida.

Al ver esto el doctor, su impura planta
 Detuvo en el momento,
 Pues estaba seguro, en su tormento,
 Que aquella esposa de constancia tanta,
 Si daba un paso mas, como decia,
 La muerte en el instante se daría.

Así es que, temeroso
 De que llegara á entrar allí su esposo,
 Y viendo que imposible
 Era vencer á la que así terrible
 Le despreciaba airada,
 Reflexionó un instante,
 Y echando una mirada
 Furiosa y penetrante,
 A la infeliz María,
 Salió con ansia impía,
 De aquella casa violentamente,
 Jurando ha de vengarse,
 Al tiempo de ausentarse,
 De la mujer que adora, cruélmente.

Al verse libre María,
 Dió al Señor fervientes gracias,
 Y se compuso el vestido
 Para cuando Juan llegara.

Poco tardó este en venir
 Lleno de alegría plácida,
 Con cien onzas en la bolsa
 Que en aquel dia ganara.

Recobró, al verle, María,
 La su ya perdida calma,

Y don Juan, lleno de dicha,
Corrió al instante á abrazarla.

—María, ya soy feliz:
Dios ha mirado tus lágrimas;
Y cien onzas la fortuna
Hoy me ha dado, esposa amada.

—¿Has jugado?...— Sí.—Bien mio,
No juegues si es cierto me amas:
No juegues, que es vicio el juego
Indigno de nobles almas.

—Lo conozco, vida mia;
Mas sin recursos, sin nada
Con que comprar á mis hijos
Las cosas mas necesarias,

¿Qué hacer, María, que hacer?
El hambre nos acozaba,
Y era preciso ir al juego
A buscar lo que faltaba.

Y Dios se ha compadecido
De nuestra ecsistencia amarga,
Y ha obligado á la fortuna
A que hoy dulce me halagara.

Pero dejemos lamentos
Y reflexiones que matan,

Y hablemos, esposa mia,
De cosas que mas agradan.

La funcion, en Guadalupe,
Hacen los indios mañana,
Y quiero á la fiesta de ellos
Que nos marchemos sin falta. [1]

Pues ya sabes que me gusta
Concurrir, por ver las danzas
De los pobres naturales. (2)
Y la concurrencia tanta.

--Iremos, ya que deseas;
Pues á mí tambien me agrada.—
Y ambos esposos, contentos,
Quedaron y en dulce calma.

(1) La aparicion de la Virgen de Guadalupe la celebran los indios el último domingo del mes de Noviembre, y la gente culta el 12 de Diciembre.

(2) Nombre que dan á los indios.

PASO QUINTO.



LA VILLA DE GUADALUPE.



Todo es hoy felicidades,
Amores y confianzas.

LOPE DE VEGA.

Bello el sol del nuevo día
Brilló en el rosado Oriente,
Cual mundo de luz fulgente
Que otros mundos va á alumbrar.
Bañando desde su altura
Con su lumbré esplendorosa,
A la México suntuosa,
A la México sin par.

A la ciudad que es modelo
De las ciudades hermosas,
La de calles espaciosas
Y tiradas á cordel.

La ciudad de los palacios,
 La ciudad de la riqueza,
 Sin rival en la belleza
 De sus templos al Dios fiel.

Templos mil entre los cuales
 Con valentia, descuella,
 La suntuosa, la muy bella,
 La admirable catedral.
 Cuyas elevadas torres
 Se alzan sobre ella arrogantes,
 Cual centinelas constantes
 De estatura colosal.

Para revelar, sin duda,
 Que á pesar del fuerte anhelo
 Que el impío en este suelo
 Tiene el culto en desterrar,
 Las obras que destinadas
 Están al Omnipotente,
 Por siempre, constantemente,
 Sobre todas se han de alzar.

Sobre todas, sí, prestando
 Sombra dulce, apetecida,
 A el alma que arrepentida,
 La senda huye de baldon.

Al hombre que un sitio santo
 Busca, cuyo grato ambiente,
 Purifique de repente
 Su gastado corazón.

México en aqueste día
 De felicidad y gloria,
 En que nos halla esta historia,
 Día de gusto y placer,
 Se presentaba risueña,
 Llena de agradable encanto,
 Como el día de su santo
 Se presenta la mujer.

¡Oh! sí: el día de la Virgen
 Todo es gloria, todo es vida,
 Y el más infeliz olvida
 Cuanto sufre, en día tal.
 Y no hay uno cuya mente
 En otra cosa se ocupe,
 Mas que en ir á Guadalupe,
 Remedio de todo mal.

Así es que á pié y á caballo;
 En coche, en burros y en carros,
 Indios, elegantes, *charros*, (1)
 Todos van á la función:

[1] Gente del campo que se compone mucho para montar á caballo.

Siendo la legua que ecsiste
 Desde México á la Villa, [1]
 Cuya vista maravilla,
 De personas un cordon.

Y en todo el camino vense
 Naranjeras y pulqueros,
 Espantosos gritos fieros
 Dando allí para vender.

“Pasen, amos, pasen, amos,
 “A tomar dulce Tlamapa, [2]
 “Este es de *la pura mapa*,
 “Pasen, pasen, á beber.

Y siempre encuentran devotos
 De aquellos que á pié caminan,
 Que acuden y el codo enpinan,
 Cual dicen, por refrescar.
 Pero que sin embriagarse
 Beben y sin meter bulla,
 Porque atenta una patrulla,
 Del orden suele cuidar.

Mas el camino acabemos,
 Y á Guadalupe al instante
 Entremos, que en el semblante
 Tu inquietud noto, lector.

(1) Muchos dan este solo nombre á la Villa de Guadalupe.

(2) Pulque.

Porque es notoria injusticia
 Tenerte con impaciencia
 Caminando en diligencia,
 Cuando mi coche es mejor.

¡Oh! sí: el coche del poeta
 Cruza en un solo momento,
 Muy mas ligero que el viento,
 Del uno al otro confin.
 Entra, pues, lector amado,
 Que la cosa és muy sencilla.
 ¿Ya entraste?... Mira la Villa:
 Ya dimos al viage fin.

¡Oh! que animacion! contempla
 El gentio numeroso
 Que contento y venturoso
 Se pasea por do quier.
 Contempla esa hermos plaza
 De ricas frutas cubierta,
 Si tu vista á ver acierta
 Cuantas le quedan por ver.

Mira esas limpias mujeres
 Bajo el toldo de *petate*,
 Moliendo sobre el *metate* (1)
 El maiz con fuerte afan,

[1] Piedra de tres cuartas de largo y media de ancho, con tres piés de la misma materia, sobre la que muelen á mano, el maiz, el cacao, &c.

Con cuya masa preparan
Tortillitas que la gente
 A comprar marcha impaciente,
 Pues sin ellas no se van.

— “A doscientas doy por medio:
Apruébelas, señorita,”
 Cada tortillera grita
 A cuantos mira pasar.
 Y, “*al nevero y al nevero,*
Limon y leche,” á otro lado
 Se escucha al nevero honrado
 A cada instante gritar.

Mas andemos otro poco
 Y al *Pocito* penetremos,
 Donde á los indios veremos
 Beber agua sin cesar.
 Agua de color de cobre,
 Nada, por cierto, sabrosa;
 Mas que la creen milagrosa
 Y la quisieran llevar.

Está el *Pocito* en el centro
 De una pequeña capilla,
 Y al redor del pozo brilla,
 De hierro, un buen harandal.

Y para sacar el agua,
 Que es entre amarga y salobre,
 Hay una jarra de cobre
 Con cadena de metal.

Mas alzad la vista al cerro
 Donde la Virgen divina,
 Madre cariñosa y fina,
 Radiante se apareció.
 Alzad: lo vereis cubierto,
 Desde su pié hasta su cumbre,
 De una alegre muchedumbre
 Que á la fiesta concurrió.

Mas, no: entremos á la iglesia,
 A ese magnífico templo,
 Cuya riqueza contemplo
 Absorto, cuando entro á él.
 Cuyo altar de hermosa plata
 Que la vista nos deslumbra,
 Con las mil velas relumbra
 Que enciende el cristiano fiel.

¡Con cuánto fervor el pueblo,
 Ante la Virgen que adora,
 En este momento ora
 Lleno de fé el corazon!

¡Con que silencio profundo
 Y respeto religioso,
 Oye el órgano armonioso
 Que acompaña su oración!

Más dejemos á los que oran
 Con fervor al cielo amado,
 Y de la iglesia á otro lado
 Pasemos, caro lector.
 Pasemos á do los indios
 Dentro del templo danzando
 Están, y así celebrando
 A la Madre del Señor.

Mujeres y hombres vestidos
 De indios con el tosco traje,
 En aquel santo paraje
 Bailan como he dicho ya.
 Todos cubiertos los rostros
 Con caretas espantosas
 De carton, muy horrosas,
 Qué espanto el mirarlas dá.

En la cabeza mil plumas
 De mil variados colores,
 Ostentando sus primores
 Llevan con grato placer.

Y arcos de flores pequeños,
 Con gran anhelo en las manos,
 Todos alegres y rfanos
 Tan noble cargo en tener.

Y al son de una estraña música,
 Por indios tambien tocada,
 Música asaz animada .
 Y en estremo original,
 Mil figuras los que bailan
 Hacen, llenos de consuelo,
 Y se inclinan hasta el suelo
 Con respeto sin igual.

Y el indio que hace á Juan Diego,
 Al cual la Virgen divina,
 Que al hombre su amor destina,
 Tierna se le apareció,
 Atento mira la danza;
 Y cuida de que la gente
 Que mira el baile inocente,
 No los atropelle, no.

Tiene ademas este que hace,
 El gran papel de Juan Diego,
 El encargo, desde luego,
 Una loa de decir:

Una loa que en el atrio
 La pronuncia entusiasmado,
 Antes que al templo sagrado
 Lleguen los indios á ir.

Mas para que el lector tenga
 De esa loa alguna idea,
 Bueno será que aquí lea,
 Parte de ella para sí.
 Porque si es curioso, creo
 Le agradará de estas gentes
 Las costumbres inocentes,
 Saber que guardan aquí.

En el atrio, como he dicho,
 Antes que al templo á entrar lleguen,
 Y á la devocion se entreguen,
 Llegla la loa á decir.
 Y los que danzan le cercan,
 Y le escuchan admirados;
 Y él, mirando á todos lados,
 Hace este discurso oir.

“Yo soy el feliz Juan Diego (1)
 Que tuvo *el gloria* mas alta

[1] He trasladado fielmente al papel esta relacion que me ha referido un indio que hizo á Juan Diego el año de 1833. Pero para que los estrangeros que no han venido á México, no confundán á los indios con otra clase de la sociedad me-

De cuantas el hombre puede
Tener de Dios por la gracia.

Yo soy quen lo representa
Y quén toma la palabra
Por él, para relataros
Su historia tan dulce y grata.

Pero atencion, que comienzo;
Y la vírgen *Guadalupe*
Me *empreste* favor y ayuda
Para decirla sin faltas.

¡Oh Vírgen de *Guadalupe*!
¡Oh mi Reina Soberana,
Yo te imploro humildemente
Tu *proteccion* y tu gracia (2).

xicana, diré algo respecto de ellos. Lleva el nombre de indios la clase mas abyecta que vive fuera de las grandes poblaciones, y cuya ocupacion es hacer carbon, criar gallinas y toda especie de animales para venderlos. Sus costumbres son muy sencillas y su instruccion ninguna. No debe confundirse á esta jente con la otra que tambien vive fuera de las poblaciones, llamada *ranchera*, porque esta es semejante á nuestros aldeanos instruidos. Hecha, pues, esta aclaracion, nadie debe admirarse de este discurso tan mal pronunciado como mal escrito.

[2] Omíto la relacion que hace aquí del modo con que la Vírgen se le apareció por primera vez, lo mismo que la causa que le hizo atravesar el cerro cuando la madre de Dios se le presentó, porque sería cansar al lector.

.
 . . . ; :

El caso es que esta Señora
 Y esta Niña que me hablaba,
 Mas linda que el sol, la luna
 Las estrellas oro y plata.

Era la Reina del cielo:
 La *mas mejor* de las Santas:
 Esto es, la Madre *de Dios*:
 La Virgen Maria *intaita*.

Esta *milagrienta* Madre,
 Me dijo que sin tardanza
 A ver al obispo *juera*
 Y el milagro le contara,

Y como que un templo allí
 Quería le fabricaran,
 Porque era el punto escogido
 Donde á ella estar le *cuadraba*.

Yo *jui* á buscar al obispo,
 Y lo dije lo que pasa;
 Mas no me creyó de todo
 Cuanto le conté, palabra.

Antes quiso de la Virgen
 Que onas *siñas* le llevara,
 Y me hizo que me *goviera*
 Y le prometí llevarlas.

Iba yo á marchar por ellas,
 Cuando el tío de mi alma,
 Llamado Juan Bernardino,
 Enfermo cayó en la cama.

Y lleno de ansia me dijo
 Por un confesor marchara,
 Porque cada vez *mas pior*
 De *so salé* se encontraba.

Jui pues por él; mas como me sabia
 Que en el cerrito me estaba
 Aguardando el santa Virgen,
 Rodeo el cerro por no hallarla.

Anst estravié mi camino,
 Pero la Reina Sagrada
 Me salió á la vueltecita
 Y me preguntó con gracia.

¿Por qué rodeas el cerro?
 Y yo la dije, porque estaba
 Mi tío enfermo y en busca
 De un confesor me mandaba.

Y la Reina de los cielos
 Me dijo, no temas, anda,
 Que ya tu tío Bernardino
Güeno en este instante se halla.

Sube al cerro, corta rosas,
 Y á mi presencia tú traelas;
 Salí yo muy espantado
 A hacer lo que me mandaba,

Creyendo encontrar únicamente
 Espinas muchas y zarzas,
 Porque era lúnico que el cerro
 Como antes *lo vide* criara.

Pero, cuánto me alegré
 Al mirar en él sembradas
 Rosas las mas *esquesitas*
 Y de muy *güena* fragancia.

Yo *las* corté cuantas pude
 Y me bajé sin tardanza,
 Hincándome de rodillas
 Donde la Virgen me aguardaba.

Ella con sus lindas manos
 Las cojió, yo no se cuantas,

Y volviéndolas á echar
En mi tilma (1) sin tardanza,

Me dijo: corre, Juan-Diego;
Las *señas* que te *demanda*
El obispo, ya las llevas
En ese-ayate (2) guardadas.

Dile que por señas de ellas
Aquí al punto un templo me haga,
Porque esta es la *volontá*,
Repítele, Soberana,

De mi Hijo y mia que quiero
Ser la Madre y la Esperanza
De todos los Mexicanos
Que soliciten sus gracias (3).



Mas volvamos á la iglesia
Donde el pueblo religioso,
Ora humilde y fervoroso
A la Madre del Señor,

(1) Manta.

(2) Tejido muy ordinario cuyos hilos estan en extremo separados.

(3) Sigue todavía una relacion muy larga; pero creo que con lo dicho es suficiente para que el lector forme esacto juicio de toda ella.

A donde entran de rodillas
 Haciendo así penitencia
 Para alcanzar su clemencia,
 Muchos con santo dolor.

¡Cuán agradable es al hombre
 Que se precia de cristiano,
 Ver al pueblo mexicano
 Así su fé demostrar.
 Ver de ¡cuán distintos modos
 Cada cual en santo anhelo,
 Al Señor de tierra y cielo
 Procura desagraviar.

Hermoso es, sí, por mi vida,
 El ver que abatido el hombre,
 Pronuncia el divino nombre
 Del que hizo el mundo y el sol.
 Grato le es mirar un pueblo
 Tan religioso y cristiano,
 Al que de él se llama hermano:
 Al que es, como yo, español.

Pero ¿quién es aquel hombre
 Que á una columna arrimado,
 Con afanoso cuidado
 Contempla á aquella muger?....

¡Ah! es el doctor; y la hermosa
 A quien su mirada envía,
 Es la virtuosa María
 Que reza al Eterno Ser.

Don Juan se encuentra con ella
 Rodeado de sus tres hijos,
 Que tienen los ojos fijos
 En el magnifico altar;
 Y en tanto á la Virgen ruegan
 Ponga á sus males remedio,
 El doctor piensa en el medio,
 A la que ama, de robar.

Y despues que su plan hubo
 Largamente meditado,
 De la iglesia, apresurado,
 Llegó al momento á salir.
 Y se dirigió hácia un hombre
 Que en el atrio le esperaba,
 Y envuelto en su *manga* estaba,
 Sin palabra proferir.



—¿Capitan?—¿Que hay?—Está dentro.
 —Pues entremos y mostrádmela,
 Para que yo la conozca
 Y no llegue á equivocarla.

—Pero ¿no temes?... —¡Temer!....
 Sabeis que no temo nada:
 Daré el golpe donde vea
 Que la patrulla no se halla.

Contad, pues, con que esta noche
 La tendreis en vuestra casa,
 Como yo desde ahora cuento
 Con la prometida paga.

—Pues bien, entremos.—Entremos.—
 Y los dos con veloz planta,
 Penetraron en la iglesia
 Con el crimen en el alma.

Dirijiéronse al lugar
 A do María quedara,
 Para que el capitan viera
 A la que el doctor amaba.

Pero con sorpresa y furia
 Vió el doctor que ya no estaba
 En donde la hubo dejado,
 La mujer que su alma abrasa.

—¿Dónde está, doctor?—Se ha ido:
 Este contestó sin calma.
 Se ha ido por la otra puerta
 Mientras que yo fuera estaba.

—Pues salgamos.—Sí, salgamos:
 Contestó el doctor con ansia,
 Sin ver que á su lado mismo
 La hermosa María estaba.

Sí; al lado se hallaba de él
 Orando y arrodillada,
 Y su esposo y sus tres hijos
 Sentados en una banca.

Pocos momentos hacia
 Que á aquel punto se mudara,
 Por ver mejor á la Virgen
 Que del sitio donde estaba.

Y esto le salvó á la hermosa,
 A quien el doctor buscaba,
 Recorriendo con la vista
 Todo el templo sin tardanza.

—No la veo en ningun lado:
 Murmuró el doctor con rabia.
 Y María alzó los ojos
 Por ver quien era el que hablaba.

Y al ver al perseguidor
 De su dicha y de su calma,
 De terror sobrecogida
 Temblo allí la desdichada.

Y temiendo que aquel hombre
 En ella al fin reparara,
 Cubriose sin detenerse,
 Con la mantilla la cara.

—No la encuentro: á repetir
 El doctor volvió con ansia.
 ;Oh! sin duda á esa mujer
 Satenás mismo la guarda.

—Pues salgamos.—No: dejadme
 Un momento mas buscarla;
 Y dirigió á todas partes
 La vista otra vez con ansia.

Tembló la infeliz María
 Juzgando que de ella hablaban,
 Y contuvo hasta el aliento,
 Y tembló como azogada.

El capitan Pablo en tanto,
 Viendo que el doctor trataba,
 Aun de estar allí gran rato
 Buscando á la que adoraba,

Se arrodilló humildemente
 Ante la Virgen Sagrada,
 A la cual una oracion
 Elevó con fé en el alma.

Una oracion ciertamente
 Bien original y estraña,
 Donde favor le pedia
 Para que bien le sacara,

De la empresa en que metido
 Por el vil doctor se hallaba,
 Y la cual se reducía
 A robar á una casada.

¡Impiedad que trae su origen
 De la educacion tan falsa
 Que recibe el pueblo bajo,
 De él mismo para desgracia!....

¡La religion!.... ¡Ah! esta fuente
 De toda virtud y gracia,
 Manantial de toda dicha
 Y bien de do el bien dimana:

Ese consuelo divino
 En medio de la desgracia,
 Del cristiano moribundo
 Ultima y fiel esperanza.

Ese todo para el hombre,
 Pues es el alma del alma:
 La salud de eterna vida
 Que en el cielo nos aguarda.

Formar debiera sin duda
Sólidamente y sin falta,
La educacion de los pueblos
Que la felicidad aman.

Pues quien dice religioso,
Dice amante de su patria,
Desprendido, humano, amable,
Y amigo fiel de noble alma.

¿Porqué, pues, ese descuido
En dar á la gente baja,
La educacion religiosa
Sólida que le salvara?

¿Porqué los gobiernos todos,
Ya que ellos padres se llaman
De los pueblos, se descuidan
De su educacion primaria?

Pero dejemos las cosas
Del mismo modo que se hallan,
Y sigamos nuestra historia
Que interrumpida quedara.

—No está: repltió otra vez
El doctor, que, en su atroz rabia,
No se acordó de mirar
A los que á su lado estaban.

—Pues salgamos.—Sí, salgamos
 Porque es preciso buscarla.
 Y á salir ambos volvieron
 Por la otra puerta, sin calma.

Al verse libre María
 De los que su ruina ansiaban,
 Fijó en la Vírgen sus ojos,
 Y le dió fervientes gracias.

Pocos momentos despues,
 Abandonando la banca
 Sus tres hijos y su esposo,
 Se acercaron á do estaba.

Y viendo ella que tan solo
 Para salir la aguardaban,
 Se alzó al instante, y los cuatro
 Dejaron la iglesia santa.

—Vamos á almorzar, María;
 Dijo al mirarse en la plaza
 D. Juan.—Vamos donde gustes:
 Contestó ella sin tardanza.

Y se dirigieron tódos
 A un costado de la plaza,
 Donde se convierte en fonda,
 En tal dia cada casa.

—¿Qué toman ustedes? ¿mole,
Chito, pollo, carne asada?...

—De todo, dijo don Juan,
Mientras á sus hijos sentaba.

—Muy bien. Y á servir la mesa,
Con presteza extraordinaria,
Se puso de aquella fonda
Al momento la criada.

La pobre María en tanto
Llena de temor el alma,
A cada instante volvía
Hácia la calle la cara.

Creyendo ver en cada hombre
Que ufano á almorzar entraba,
Al vil doctor su enemigo,
Que la quietud le robaba.

Y era tanto el sobresalto
Que la infelice abrigaba,
Que don Juan llegó á notarlo
Y la preguntó la causa

Del atroz desasosiego
Que en ella entonces miraba;
A cuya pregunta, atónita
Quedó la infeliz y pálida.

Mas recobrando despues
 Por un instante la calma,
 Contestole:— Estoy un poca
 Indispuesta, un poco mala.

—¿Qué te duele? cuidadoso
 Replicó don Juan sin calma.
 — El estómago. — Que té
 En el instante te traigan.

E hizo que té la sirvieran,
 Que ella tomó sin tardanza,
 Para así disimular
 De su zozobra la causa.

—¿Cómo te sientes?— Mejor.
 —El té es muy bueno, mi alma.
 Dijo don Juan.—Sí, ya casi
 No me duele, esposo, nada.

—Pues bien: almuerza otra cosa
 Ya que el dolor se te pasa,
 Que tal vez de blidad
 Es todo, sin duda, mi alma.

Y María por dejar
 Tranquilo al hombre que amaba,
 Se mostró serena entonces
 Y almorzó como él ansiaba.

A otro extremo de la fonda
Do esta familia se hallaba,
Dos mujeres y dos hombres,
En otra mesa almorzaban.

De las primeras la vista
Una de ellas no apartaba
De María, á quien atenta
Sin pestañear observaba.

Era esta mujer la jóven
Y preciosa Federacha,
Que con la Tangos, el Zurdo
Y Margarito almorzaba.

— ¡Qué bueno está el *mole verde*!
Dijo el Zurdo. — Mas me *cuadran*,
Replicó don Margarito,
Estas lindas *enchiladas*.

— Oye: ¿no es esa mujer,
La que tanto el doctor ama?
Preguntó á don Margarito
La preciosa Federacha.

— ¡Oh fortunál sí; ella es. . .
No será corta la paga
Que el doctor por tal hallazgo
Nos dè pues vino á buscarla,

La Tangos y el Zurdo entonces
 Alzaron vivos las caras,
 Y con gran curiosidad
 Se pusieron á mirarla.

--Ya veo no son *Manuelas* (1)
 Las que al buen doctor le cuadran.
 Dijo el Zurdo, sino solo,
 Como á mí, las *Bonifacias* (2).

—¿Olvidas que estoy aquí,
 Dijo la Tangos, que áis hablas?
 ¿Y no te cuadra el barbon,
 Responde, que la acompaña?

—No lo dije yo por tanto.
 --Pues yo por menos la cara
 Le corté á don Jenovevo,
 Hoy hace siete semanas.

--Vamos, dèjense de *pleitos*;
 Esclamó la Federacha,
 Y tomen *pulque de pifa*,
 Que es el que los celos mata.

—Dices bien, dijo al momento
 Don Margarito, que ansiaba

(1) Feas, malas.

(2) Bonitas, buenas.

Ir en busca del Doctor
Sin detenerse allí nada.

Beban y salgamos pronto,
Que el pájaro está en la jaula,
Y es ya preciso que no huyã,
Ya que algo vale la caza.--

Así lo hicieron; y luego
Pagando lo que almorzaran,
Se salieron de la fonda
Tras el Doctor, sin tardanza.

—¿Que te has echado en el *pañõ*? (1)
Preguntó á la Federachã,
Don Margarito, al salir
De do á María dejaban.

—¿Yo?—Si, tũ precisamente.
—Absolutamente nada.
—Pues me estás *jediendo á rota* (2)
En *todita* la mañana.

—Será el agua de Colonia
Conque me lavé la cara.

(1) Lo mismo que robozo del que ya hemos hecho men-
cion.

(2) Palabra con que intentan insultar á la jente elevada.

— ¡Ah! muy bien decia yo
Que á *rotu jedius*, mi alma.—

Y hablando así se perdieron
Los cuatro, que á prisa andaban,
En el inmenso jentio
Que no cabia en la plaza.

En aquel sitio espacioso
Donde se ven cosas tautas,
Y donde á la vez se escuchan
Todas aquestas palabras.

— *Plátanos pasados plántanos.*
— Señor, claco de naranjas.
-- Pase á refrescar, *güerita*.
-- Tortillitas de cuajada.

— Aquí hay *chito* señor amo.
— Un vaso, un vaso de orcháta.
— Buenas piñas, buenas piñas.
— Dulces para tomar agua.

— *Aparen*, niñas, *aparen* (1).
— Chirimoyas.— Buenas cañas.
— Un vaso de limon fresco.
— Décimas de las *arañas* (2).

(1) Tengan.

(2) Rameras.

Pero dejemos los gritos
 Que se escuchan en la plaza,
 Y dejemos á María
 En la fonda donde se halla,

Y sigamos á los cuatro
 Que en busca del doctor marchan,
 Por alcanzar impacientes
 Una razonable paga.

Mas digamos en el órden
 En que iban por la ancha plaza,
 Mirando hácia todas partes
 Buscando al doctor con ansia.

Por delante iba la Tangos
 Con la linda Federacha;
 Y el Zurdo y don Margarito
 Por detras, á gran distancia.

Las primeras parecia
 Que solas allí marchaban,
 Por lo cual requiebros muchos
 Oian por do pasaban.

Llegaron así hasta un grupo
 De jente *leperocrática*, (1)

(1) Llaman léperos á la clase despreciable de la poblacion.

Que de la plaza en la esquina
Platicando se encontraba.

Entre esta jente, un hombron,
A quien cojia la cara
Una horrible cicatriz
De terrible cuchillada,

Y á quien el Perdonavidas
Sus compañeros llamaban,
Con el jorongo en el hombro
Altiyo asaz se encontraba.

Este hombron, pues, al mirar
A la bella Federacha,
Saliose del grupo al punto
Para mejor requebrarla.

—A Dios, mi vida, la dijo:
Quien la hechó al mundo bien *hayga*:
Si así son los condenados,
Mas que yo me condenara.

—¡Qué derretido está el *pobre*!
Contestó la Federacha,
Con una risa burlona
Que hizo resaltar su gracia.

—Derretido no; abrasado
Por esos ojos, mi alma.

—Pues si está abrasado, amigo,
En el Pocito hay *harta* agua.

--Será mejor que bebamos
Los tres juntos, pulque, mi alma.
¿Las acompaño?... aquí hay *clacos*:
No se muestren *polinarias*.

--Oye: le dijo la Tangos
Al Zurdo que ya llegaba:
Dice este señor si quieres
Que nos acompañe á casa.

Quedose el Perdonavidas,
Al Zurdo al ver, como estatua,
Sorprendido de un encuentro
Que sin duda no esperaba.

Mirole el Zurdo un instante;
Y con despacio y con calma
Contestóla: es *ajembrado*:
Tú un hombre necesitabas.--

Subíole la sangre al rostro
Al que el insulto escuchaba;
Y contestó.--*Soy mas hombre*
Que el *tal* que así necio me habla.

--Sois para mí muy *poco* hombre.

--Caballero, usted me falta.

--Yo no le faltó: le *sobro*.

Dijo tocando la daga,

—Pues bien, silencio: hable el *jierro*

En lugar de las palabras,

Y *cayaditos* la boca,

Rifémonos sin tardanza.

--Si; marchemos al instante;

Y aquella gente sin alma,

Marchó, por tan poca cosa,

A darse de puñaladas.

Seguia al Perdonavidas,

La jente con quien se hallaba;

Y al Zurdo, don Margarito,

La Tangos y Federacha.

Así hasta un sitio llegaron

Que oculto bastante estaba,

Y en él, haciendo ambos alto,

Echaron mano á las dagas.

Sentáronse los amigos

Que á los dos acompañaban,

Animando cada cual

Al por quien se interesaba.

Los combatientes mojaron
 Las puntas de las dos dagas
 Con saliba, y en el brazo
 Recojieron las frazadas.

Así esperaron un rato
 Mirándose cara á cara,
 A que dieran la señal
 De que uno á otro se arrojaran.

Muy pronto se escuchó aquesta,
 Que era dar cuatro palmadas;
 Y los dos se acometieron;
 Con ímpetu, al escucharlas.

Muy diestros eran entrambos
 En manejar aquella arma,
 Así es que todos los golpes
 Recibían las frazadas.

El Zurdo ocultando el pecho
 Y resguardando la cara
 Con el brazo izquierdo siempre
 Que el contrario le amagaba,

Acometía resuelto,
 Cuando este no le esperaba,
 Dirigiendo siempre el golpe
 Al estómago, con rabia.

Mas variando de repente
 El golpe que le tiraba,
 Un chirlo al Perdonavidas
 Le hizo en medio de la cara.

—Bien, valedor, lindo golpe,
 Don Margarito exclamaba;
 Y sin compasion reian
 La Tangos y Federacha.

Rujió el maton al mirarse
 Cubierto de sangre tanta,
 Y se arrojó sobre el Zurdo
 Sin ya cuidarse de nada.

Pero éste que cauteloso
 Preparado le esperaba,
 Al ver del otro el descuido
 Con que ciego se arrojaba,

Levantó el brazo siniestro,
 Dó tenia la frazada;
 Y con la mano derecha
 Donde tenia la daga,

Dirigiole un golpe al vientre
 Con tanto acierto y pujanza,
 Que todas las tripas fuera
 Le sacó ya ensangrentadas.

Un ¡ai! el Perdonavidas
 Ecshaló al perder el alma;
 Y cayó al suelo sin vida
 Cuando à otro quiso quitársela.

—Tenia muy tierno el cuero,
 Dijo el Zurdo con cachaza,
 Limpiando el puñal agudo
 En su deshecha frazada.

Mas las quiso haber conmigo,
 Y le salió mal la chanza:
 ¡Que se ha de hacer!. que Dios tenga
 Ya compasion de su alma.

Vámonos, don Margarito:
 Vamos á ver si en la plaza
 Hallamos á la persona
 Que nuestros servicios paga.

A Dios: añadió despues,
 Dirijiendo la palabra
 A los amigos del muerto:
 Le matè á lo hombre: *á la mapa.*

Y se alejó de aquel sitio
 Con tranquilidad y calma,
 Con Margarito, la Tangos,
 Y la alegre Federachá.

Admirados se quedaron
 Los que al muerto acompañaban,
 Del valor y sangre fría
 Del Zurdo que se alejaba.

--Es *muy hombre*, dijo al punto
 Uno de *muy fiera facha*.

--No hay quien se *rife* con él
 En el barrio de la Palma.

Añadió otro.--Doce muertes,
 Dijo un tercero, ya carga;
 Pero ninguna á traición,
 Sino á lo hombre, cara á cara.--

Feliz fué para María
 Esta riña inesperada,
 Pues la dió el preciso tiempo
 Para almorzar-donde estaba.

Y para que, en tanto el Zurdo
 Y el contrario se mataban,
 Abandonara la fonda
 Y con su esposo marchara.

--Vamos á cojer el coche.
 Don Juan dijo, esposa amada,
 Que ya es tiempo de ir á Mexico
 Pues nada por ver nos falta.

--Si; vamos: dijo María,
 Que cada instante juzgaba
 Un siglo, una eternidad,
 Por el miedo que albergaba.

Y hácia el coche caminaron
 Que fuera les aguardaba,
 Ella temerosa, inquieta,
 Don Juan contento y con calma.

Mas por fatal contratiempo
 Para María y desgracia,
 Con un amigo don Juan
 Se encontró al dejar la plaza.

Y se puso á hablar con él
 Con la mas fria cachaza,
 Bien ajeno del peligro
 Qué á su esposa amenazaba.

María que á todas partes
 Inquieta y triste miraba,
 De temor sobrecojiose
 Al ver á corta distancia.

Al doctor que con el Zurdo
 Y el capitan, conversaba,
 Con bastante animacion
 Sin que en ella reparáran.

—Pues yo la dejé en la fonda:
Decia el Zurdo en voz alta
Al Doctor, sin que María
Perdiera ni una palabra:

—Pues sin duda ya se han ido:
Esclamó el Doctor con rabia:
Maldita, maldita suerte:
El diablo de mí la ampara.

Y á todas partes su vista
Dirijia en su atroz ansia;
Mas la jente le impedia
Descubrir lo que buscaba.

Don Juan despidiose, en tanto
Que el doctor se lamentaba,
Del amigo; y hácia el coche
Fué con su familia amada.

Subieron todos á él,
Y el cochero sin tardanza,
Tomó el camino de Mexico,
Y á Dios María dió gracias.



... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

Y ...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...



TERCERA PARTE.



LA PUERTA DEL INFIERNO.

El rubio dios en la ocasion quisiera
Por no mirar tan áspera fortuna,
Que á sus hermosos ruegos se opusiera
Llena de claridad la ingrata luna:
Ella tambien quisiera que en su esfera
No diera el claro Febo luz alguna,
O que la tierra en medio se plantara
De la cara del sol y de su cara.

JOSE DE VILLAVICIOSA.

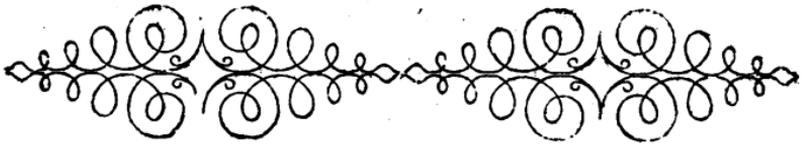
THE 1914 AMENDMENT

CHAPTER I

The first of the amendments to the Constitution of the United States, known as the Bill of Rights, was adopted in 1791. It consists of the first ten amendments to the original Constitution, which was drafted in 1787. The Bill of Rights was added to the Constitution to protect the rights of individuals from the federal government. The amendments cover a wide range of topics, including freedom of speech, religion, and the press, the right to a fair trial, and the right to privacy. The Bill of Rights is one of the most important parts of the Constitution and has shaped the way the government operates for over two centuries.

THE SECOND OF THE AMENDMENTS





TERCERA PARTE.



PASO PRIMERO.



LO QUE VA DE AYER A HOY.

Con serenidad tranquila,
La nave de amor sulcaba
Espuma de nieve rizas,
Se levantó una tormenta. . .

CALDERON DE LA BARCA.

TENDRA presente el lector
La noche fatal aquella
En que bajó Carmen bella,
Al jardín, llena de amor.

Y en que don Pedro, iracundo,
Quiso á don Carlos matar,
Y este se llegó á escapar
Dejando á aquel moribundo.

Y tambien tendrá presente
Que á la amante infortunada,
La dejamos desmayada
En brazos de Ana clemente.

Y como bajara en fin,
A los tiros disparados,
Con muchos de sus criados,
Don Ramiro ya al jardin.

Pues bien, en cuanto bajó,
El jardin á registrar,
Con cuidado singular,
En el momento empezó.

Dos pistolas bien cargadas,
Llevaba para defensa,
Y como á álguien hallar piensa,
Las lleva ya preparadas.

Y así unos pasos anduvo
Encontrar algo esperando
Hasta que al fin tropezando
Con un cuerpo, se detuvo.

Un ¡ai! don Pedro echó
 El tropezón al sentir:
 ¡Ai! que el corazón á herir
 De don Ramiro llegó.

—Aquí hay un hombre.... Al momento
 Traed luces... gritó asustado;
 Y volaron á su lado
 Los criados sin aliento.

— ¡Cielos!... dijo sorprendido
 A don Pedro al conocer.
 ¿Quién os pudo aquí ofender?...
 ¡Oh!... decid quién os ha herido....

— ¡Ah!... ¿sois vos, amigo tierno?...
 Dijo don Pedro: ¿sois vos?...
 Os manda en mi auxilio Dios:
 Dios cuyo amor es eterno.

—Ayudadme, por favor,
 A levantarle del suelo;
 Y corra uno con anhelo
 Por su amigo el buen doctor.

Y un criado partió al punto;
 Y don Ramiro, afligido,
 A decir volvió al herido
 Le esplicase aquel asunto.

—Nada hai mas sencillo, no;
 Dijo don Pedro al instante;
 Pues mi amistad tan constante
 Esta herida me causó.

Ví en peligro vuestro honor,
 Y á salvarle yo acudí,
 Y por eso recibí
 Esta herida, de un traidor.

Cármén....—Por Dios acabad....
 ¡Cármén, qué?... dijo Ramiro.—
 Y exhalando otro suspiro,
 Prosiguió Pedro, escuchad.

Cármén y Carlos trataban
 De huir juntos esta noche,
 Con gran stjilo en un coche,
 Mientras todos descansaban.

— ¡Cielos!...—Pero yo, guiado
 Por la amistad, he podido,
 Aunque haya salido herido,
 Burlar su plan proyectado.

—Pero ¡mi hija, mi hija amada,
 Donde está!...—Cerca de aquí:
 Miradla, miradla allí,
 De Ana en brazos desmayada

Y don Ramiro, enojado,
A do se hallaba corrió;
Y en sus brazos la cojió
Quitándosela á Ana, airado.

—¡Ana!.. mi Ana!...¿donde estoi?...
Cármén dijo, en sí volviendo;
Y los sus ojos abriendo:
Dime donde, por quien soi.

—De un triste padre en los brazos...
Gritó Ramiro furioso:
De un padre ya sin reposo,
Que has hecho su alma pedazos....

—¡Sois vos, padre mio, vos!...
¡Vos!...¡ah!...¿pues qué ha sucedido?...
¿Quién hasta aquí me ha traído?...
¿Qué me ha pasado, por Dios?

Mas la infeliz recobrando
La memoria en el momento,
Prosiguió con triste acento,
Sus rodillas abrazando,

—¡Perdon!...no seais cruel...
¡Perdon, sí, padre clemente!...
Soi, os lo juro, inocente....
Tan inocente como él....

Como él, sí, como él; mas ¡ah!...
 Prosiguió despues alzándose,
 Y de su amante acordándose,
 ¿Do está Carlos?...¿donde está?...

No me lo ocultéis, por Dios...
 Por la Virgen es lo pido...
 ¿Algún mal le há sucedido?...
 Respondedme, padre, vos.

Respondedme, pues le adoro.
 — ¡Miserable!... ya de ese hombre
 Jamas pronuncies su nombre,
 Que es tu haldon y desdoro.

— Bien, bien, ya no he de volver
 A nombrarle; mas, por Dios,
 ¿Vive?... decídmelo vos;
 Solo esto quiero saber.

— Si, vive aun ese hombre impío
 Que me ha quitado el reposo;
 Mas nunca será tu esposo...
 — ¡Oh!... ¡vive!... ¡gracias, Dios mio!...

— Ahora, jóven imprudente,
 Dijo llevándola airado,
 A do hubo Pedro quedado,
 Mira tu obra, hija inclemente....

— ¡Don Pedro!... exclamó alterada
 La infeliz Carmen al punto,
 Con la faz cual de un difunto,
 Por el dolor agobiada.

— Si, bella Carmen, yo soy;
 Contestó Pedro al instante:
 Vuestro mas rendido amante:
 Yo que aquí por vos estoy.

— Ahora, Carmen, hija mia,
 Si es que anhelas mi ventura,
 Olvidar á ese hombre jura
 Que amas con idolatría.

Jura que has de renunciar
 Para siempre á ese malvado;
 A ese Carlos que ha intentado
 Mi honor tan puro manchar.

Júralo, júralo, sí:
 Júralo, Cármen hermosa,
 Y que de don Pedro esposa
 Has de ser, pues te ama á tí.

— ¡Padre, no queráis mi muerte!...
 ¡Ah! testigo es el Señor
 De mi cariño y mi amor
 Hacia vos que sois mi suerte.

Pero ¡ah!..no escijais de mí
 Tan inmenso sacrificio
 No....—Acaba, acaba y el juicio
 Haz que yo pierda por tí.

Acaba, acaba cruel,
 Y quitame ya la vida,
 A mí ¡ai Dios! hija querida,
 Que te amé cual padre fiel. . . .

—¿Os inspiro tanto horror,
 Dijo don Pedro, angel mio?...
 Dueña sois de mi albedrío
 Como lo sois de mi amor.

—¡Horror!.. exclamó Ramiro;
 Se guardaria muy bien:
 Vos sereis, don Pedro, quien
 A ella se una, y no deliro.

Si; os lo juro, será vuestra;
 Y aunque hoy os desdeñe, impía,
 Ella os amará algun dia
 Si hoy amor por otro muestra.

—¡Padre mio!... Padre amado!...
 Carmen exclamó asustada;—
 Y sin cuidarse de nada
 Prosiguió su padre airado,

—Prométeme has de olvidar
 A Carlos, Carmen querida,
 Y que tu mano, rendida,
 A don Pedro le has de dar.

Pométeme, ó al momento
 De aquesta casa te arrojo...
 Teme, Carmen, ya mi enojo:
 Teme mi resentimiento...

—¡Ah! no, no ecsijais de mí
 Un sacrificio tan fuerte,
 Que es mas duro que la muerte....
 Mil veces mas duro, sí.

—No, no: ya no hay compasion:
 O esposa eres de mi amigo,
 O te abandono y maldigo
 Ahora mismo, en mi afliccion.

¿Qué respondes?...—¡Ah! no puedo...
 —Pues bien, sal de aquí al instante;
 Y en nombre de un padre amante,
 Te mal....—¡No acabeis....¡Ah! cedo...



Y la bella desdichada
 Esta palabra al decir,

Sin poder ya mas sufrir,
Cayó otra vez desmayada.

En esto llegó el doctor
A do estaban, y al momento
La volvió el conocimiento
A la hermosa; con amor.

Y todos con el herido,
Que ve, alegre, cuanto pasa,
Entraron luego á la casa,
Carmen con pecho afligido.

Y en ella quiso Landia
Saber cómo en el jardin
Se hallaba don Pedro en fin,
Cuando su hija amada huia.

Y el herido refirió
Que de Carlos el criado,
A quien tenia comprado,
Del proyecto le avisó,

Y así engañado Landia
Por aquel hombre tan vil,
Gracias le dió veces mil,
Porque en él un bien veía.



Y el nuevo día llega,
 Y Carmen de su lecho,
 Con pena dentro el pecho
 Saltó y con afliccion.
 Y en el dolor inmenso
 Que la infeliz sentia,
 Alzó á la Virgen pia,
 Ferviente esta oracion.



Virgen Santísima
 Que en tu alta bóveda
 Mi llanto férvido
 Miras correr:
 Tú que del mísero
 Cuidas benévola,
 Ten piedad plácida
 De esta mujer....

Tú que mis hórridas
 Penas sin número,
 Tú que mis lágrimas
 Ves y dolor;
 Oye mis súplicas,
 Virgen Castísima;
 Y tierna acórreme;
 Madre de amor.

Tú, estrella cándida,
 Que sigue el náufrago
 Que el mar indómito
 Quiso cruzar:
 Con tu luz fúljida
 Alumbra mi ánima,
 Alumbra y sálvame
 Sin mas penar.

Tú el dulce bálsamo,
 Vírgen ternísima,
 Sé de mi indómito
 Crudo dolor:
 Sé el lienzo cándido
 Que enjague, célico,
 Mi llanto ubérrimo,
 Madre de amor.

A tus piés mírame,
 Tierna rogándote,
 Calmes mi bárbaro
 Cruel penar;
 Y tierna atiéndeme,
 Por el Altísimo
 Que el mundo fétido
 Vino á salvar.

Si, Madre anjelica,
Madre amantísima,
 Tú eres el único
 Bien para mí:
 Tú, pues, defiéndeme
 De hombres satánicos,
 Cual mi alma púdica
 Te ruega aquí.

Tú al hombre vuélveme
 Que vive amándome,
 Y que es el ídolo
 Del corazón:
 Madre, socórreme,
 Virgen, ampárame,
 A tu hija mírala
 Con compasion.



Y lágrimas amargas
 Vertiendo sin consuelo,
 Los ojos ácia el cielo
 Alzó con afliccion;
 Y la infeliz un rato,
 Quedó meditahunda,
 De hinojos, y en profunda
 Y fiel meditacion.

Mas Ana que affigida
 Se hallaba como ella,
 Entró á ver á la bella
 Y á consolar su mal;
 Y allí las dos vertieron
 Un mar de amargo llanto
 Sintiendo igual quebranto
 Sintiendo pena igual.

— Bajemos, Cármen mia,
 La dijo doña Ana,
 Que es fresca la mañana,
 Bajemos al jardin:
 Que el puro y libre viento
 Refrescará tu frente:
 Bajemos, que allí siente
 El alma un bien sin fin.

Y asiéndola del brazo,
 Bajaron al instante
 Doña Ana y la otra amante,
 Pensando esta en su amor;
 Y en el jardin al verse
 Sin el que amaba su alma,
 Perdida ya la calma,
 Habló así con dolor.



—Todo risueño á mi mente
 Se mostraba el provenir,
 Que nadie piensa en sufrir
 Cuando las venturas siente;
 Mas ¡ah! sentí derepente,
 Pues tan desdichada soy,
 El mal que sufriendo estoy
 Seguir al bien que tenia;
 Y miro, ¡fortuna impia!,
Lo que va de ayer á hoy....

Ayer de un rendido amante
 Las palabras escuchaba,
 Y hoy, el que amor me juraba,
 De mí se halla muy distanté.
 Risa habia en mi semblante,
 Ayer, y hoy llorando estoy
 Porque desdichada soy;
 Y miro en mi suerte insana,
 Al sufrir tanto, oh mi Ana,
Lo que va de ayer á hoy....

Ayer de un padre adorada
 En extremo me veía;
 Y hoy ¡gran Dios! con furia impia
 Me reprende, desdichada.
 Ayer fui prenda apreciada,
 Y hoy prenda maldita soy:

Ayer gocé y hoy estoy,
 Ana querida, sufriendo;
 Y lloro, porque estoy viendo
Lo que va de ayer á hoy....

Ayer el campo y las flores
 Placer me daban y calma;
 Y hoy ellas mismas á el alma
 Le causan duros dolores.
 Ayer las ví con colores;
 Y hoy marchitas viendo estoy
 Sus hojas por donde voy:
 Sí, que la misma natura
 Le enseña á la criatura
Lo que va de ayer á hoy.

— ¡Siempre llorando y sufriendo!..
 Por piedad, tened el llanto,
 Porque me causa quebranto
 El veros así jimiendo:
 Que si estais de ayer á hoy viendo
 La variacion tan tirana,
 Bien como esa pena insana
 A la dicha le sucede,
 Vuestro mal cambiarse puede
 En bien, desde hoy á mañana.

Si ayer oísteis de amor
 Las palabras de un amante,
 Y hoy, porque se halla distante,
 Su silencio os dá dolor,
 Juzgar debeis que en su ardor,
 Por volver á aquí se afana;
 Y que si la suerte insana
Lo que va de ayer á hoy
 Dice, dirá, por quien soy,
 Lo que va de hoi á mañana.

Si ayer brillantes las flores,
 Hermosa señora, vísteis,
 Fué porque entonces oísteis
 Palabras llenas de amores.
 Y si hoy las veis sin colores,
 Porque no está ¡suerte insana!,
 Quien en amaros se afana,
 Dirá al volver, por quien soy,
Lo que va de ayer á hoy:
 Lo que va de hoy á mañana.

— Mas ¡ah! yo sufro entre tanto:
 Si, yo padezco, buena Ana,
 Mientras llega ese mañana
 Que ha de calmar mi quebranto.
 Mas al verter triste llanto,
 Cuando padeciendo estoy,

Quién fui recuerdo y quien soi;
 Y miro, en mi desconsuelo,
 Al verme sola en el suelo,
Lo que va de ayer á hoy.

¡Ayer!... ayer aun tenia
 Una esperanza mi alma;
 Mas hoy me encuentro sin calma
 Y en eternal agonía.
 Ayer junto á mí veia
 Al hombre á quien mi amor doi;
 Mas ahora que sola estoy,
 Sin ver al amante mio,
 Miro, en mi dolor impio,
Lo que va de ayer á hoy.

Y ¿quién, Ana, me asegura,
 Que fin tendrá este tormento?...
 ¿Quién me afirma que el contento
 Seguirá á tanta amargura?...
 Yo no veo en mi tristura,
 Sino que sufriendo estoy
 Y lo que fui y lo que soi;
 Y mi desgracia lamento,
 Al ver ¡ay! por mi tormento,
Lo que va de ayer á hoy.

No esperes, pues, Ana mia,
 Consolar mi triste pecho:
 Que es en este instante estrecho
 Para guardar mi ansia impía.
 Ya no hay para mi alegría;
 Pues por do quiera que voy,
 Mirando un recuerdo estoy
 De mi idolatrado amante,
 Que ver me hace á cada instante
Lo que va de ayer á hoy.



Y viendo Ana que inútil
 Era su amante anheló,
 En dar dulce consuelo
 A Cármen en su mal,
 Guardó silencio al punto,
 Y asiendo el brazo de ella,
 Paseose con la bella
 De rostro angelical.

Y cuando el sol ardiente
 En el cenit miraron,
 Las dos á casa entraron
 Para guardarse de él;

Y allí otra vez volvieron
 A hablar del tierno amante
 Que ausente en tal instante
 Se hallaba, aunque era fiel.

¡Ah! cómo la paloma
 Al verse separada
 Del que ama y es amada,
 Quedarse sin quejar.

¡Cómo aunque triste intento
 No publicar su pena,
 Si está de duelo llena,
 Su mal no publicar!...

¡Cómo la triste tórtola,
 Si está de amor herida,
 Su atroz pena escondida
 Sin se quejar sufrir!
 ¡Cómo sus leves alas
 No ajitar la inocente,
 Y el duro mal que siente
 Llorando no decir!...

¡Cómo en el hosque umbrio
 La codorniz constante,
 Al verse sin su amante
 Callar ¡ay! su dolor!

¡Cómo no alzar su canto,
 Su canto lastimero,
 Diciendo al mundo entero
 Que llama al que es su amor!...

¡Cómo la jóven pura
 Que adora con el alma,
 En apacible calma,
 Cuando padece, estar!
 ¡Cómo á la que á su lado
 La presta algun consuelo,
 Del que ama con anhelo
 La mísera no hablar!...

¡Oh! la inocente Cármen.
 Sin tregua padecía,
 Y solo bien sentia
 De Carlos al hablar!
 Y aunque callar mil veces.
 Sus penas pretendiera,
 Ella era la primera
 Su amor en publicar.

Y así pasó este dia,
 Y otros y otros llegaron,
 Que luego se pasaron,
 Y un mes tras otro mes.

Y don Ramiro siempre
 Con ella cariñoso
 Mostrose, y amoroso,
 Y urbano, y muy cortés.

Mas la infeliz hermosa,
 De Carlos, por quien vive,
 Noticias no recibe
 Que calmen su afliccion;
 Y llora ya creyendo
 Que de otra enamorado,
 Se habrá de ella olvidado
 Que le ama con pasión.

Y bueno de su herida
 Dón Pedro ya se hallaba,
 Y el plazo se acababa,
 Puesto para su union.
 Y Carmen afligida,
 Llorosa y sin consuelo,
 Piedad pedia al cielo
 En medio su afliccion.

Mas ¡ah! cumpliase el término
 Por su desgracia impía,
 Y al fin llegose el día
 En que iba esposa á ser;

Y en su eterral tormento
 Y en su afliccion tirana,
 Llorosa, en brazos de Ana,
 Echose, sin placer.



—Dentro un instante próximo,
 Solo seré una víctima
 Sacrificada al bárbaro
 Capricho de un mortal.
 Dentro un instante ¡ay mísera!
 Para mi bien y mi ídolo,
 Solo guardaré lágrimas,
 Testigos de mi mal.

¡Ana! ¡mi Ana carísima!
 ¿Qué haré, qué haré, respóndeme,
 En este instante crítico
 Que sufre el corazón?
 Mil veces mas que el tálamo
 Nupcial de plumas cántidas,
 Apreciaría el túmulo
 Mortuorio en mi afliccion!

Mil veces, sí, que présago
 Mi pecho de un mal hórrido,
 Me avisa que huya vívida
 De lazo tan cruel.

Mil veces, sí, que es plácida
 La muerte, y aun benévola,
 Si penas ¡ay! sin número
 Destrozan la alma fiel.

Privada del bien único
 Que amaba mi alma férvida,
 Con la pasión indómita
 Con que ama la mujer,
 ¿Qué hay bajo el cielo nítido
 Para esta triste huérfana?...
 Dolor y llanto ubérrimo,
 Tormento y padecer.

¡Oh Dios! ¡oh Padre Altísimo,
 De mí en el mundo sórdido
 Qué será en mi mal ífero
 Al renunciar mi amor!...
 Todos de mí olvidándose
 Huyen, sin mostrar lástima,
 Y no hay un ser benéfico
 Que alivie mi dolor....

—No Cármen, no hija anjélicos
 Yo en vuestro mal in dómito
 Seré por siempre el bálsamo
 Que calme ese penar.

Yo siempre, sí, solícita,
 Aunque me mire trémula,
 Seré el eterno báculo
 Sin nunca vos dejar.

—Más Cárlos ¡ay! la brújula
 Que busca mi alma tétrica,
 Por mi dolor tiránico
 Allí no estará fiel.
 No oiré su acento célico
 Que tiene un poder mágico,
 Para calmar de súbito
 Mi pena mas cruel.

No de su labio púdico
 Escucharé ya en éstasis,
 Palabras mil dulcísimas,
 Palabras mil de amor.
 Que lejos ¡ay! de México,
 Tal vez á otra jurándola
 Una pasión sin límites
 Está, por mi dolor.

—No á esas ideas lúgubres
 Dé entrada vuestro espíritu;
 Su amor no es nada insólito
 Para dudar de él.

A vos sola ama, júrolo,
 Con la pasión volcánica,
 Con la pasión terrífica
 Que siempre os mostró fiel.

—Pues ¿cómo ni una sílaba
 Que su constancia muéstreme,
 Para causarme júbilo,
 Si me ama, no escribir?....
 Seis meses, seis larguísimos,
 Hace se fué dejándome;
 Y desde entonces mírome
 Sin nada recibir!

De penas ¡ay! un cúmulo
 Me acosan siempre vívidas,
 Que se suceden rápidas
 Sin nunca me dejar.
 Y hay un temor en lo íntimo
 Del corazón idólatra,
 Que por do quier temático
 Me sigue sin cesar.

—Cesad, que tal vez próximo
 Se encuentra algún bien óptimo
 En este instante crítico
 Que lo juzgais fatal.

Yo espero, sí, pacífica,
 En ese Dios purísimo;
 Yo espero, sí, con ánimo,
 El fin de vuestro mal.

--Tú esperas ¡ay! impávida
 Hasta el instante último,
 Porque á perder misérrima
 No vas al que es tu amor,
 Ni á unirte vas con vínculo
 Eterno al hombre bárbaro,
 Que sin piedad ni escrúpulo
 Llenóme de dolor.

--Pues bien, romped intrépida,
 Ese respeto estólido,
 De un padre tan tiránico
 Que anhela vuestro mal.
 Mostrad una alma enérgica,
 Y aunque él esté frenético,
 Libre que sois decídselo,
 Y que sereis leal.



Y á contestar iba Cármen:
 A estas últimas palabras,
 Cuando llegó don Ramiro
 A donde las dos estaban.

--Cármen mia, dijo tierno,
 Tu pasión vengo á curarla,
 Esa pasión que un malvado
 Hizo nacer en tu alma.

--¿Qué me quereis, padre mio,
 Decir con esas palabras?

--Toma y lee, repuso el padre
 Entregándola una carta.

--¡Dios mio! dijo al cojerla,
 No sé que mal me presajia
 El corazón, que ahora temo
 La lectura de esta carta.

Y al prepararse á leerla,
 Dijo Ramiro con calma:
 "No la leas entre dientes
 "Sino con voz limpia y clara."

Obedeció la infelice
 Sin saber que iba á pasarla;
 Y empezó á leer al instante
 Sin replicar una sílaba.

Sr. D. Ramiro Landia.

Paris.

Mi apreciable amigo: siento daros una noticia que lastimará sin duda vuestro sensible corazón, pero creeria faltar á la amistad que me dispensais y á la que correspondo con toda mi alma, si os ocultase por mas tiempo la conducta escandalosa que observa aquí vuestro futuro hijo Carlos.

¡Ah! qué veo! exclamó Cármen
Sin poder sufrir sus ansias:
¡Pérfido!.... y despues de un rato
Siguió leyendo la carta.

Recien llegado á esta capital, no se dejaba ver de persona alguna, para entregarse con mas libertad á la memoria de Cármen á quien entonces, os lo juro, amaba tiernamente.

¡Ah! sí, es muy cierto, es muy cierto:
Carlos ¡hay Dios! me adoraba!....
Pero hoy.... y siguió leyendo
Enjugándose una lágrima.

Pero cuando su dolor empezó á mitigarse, el recuerdo de vuestra hija fué siendo menos impetuoso; hasta que por último, la indiferencia y el olvido sucedieron á su extraordinario amor.....

¡Dios mio! ¡Dios mio! el que era
El ídolo de mi alma,
Olvidarme!....—Sigue, sigue,
Dijo Rodrigo, la carta.

Para acabar de ofender á ese ángel de candor, entregó el amor que la habia jurado tantas veces, á una despreciable muger, con quien vive escandalosamente, y con la que, segun aseguran, se casará muy en breve.

Ni un lijero movimiento
Cármén hizo á estas palabras,
Y fria é indiferente
Siguió leyendo con calma.

Siento querido amigo, haberos dado este mal rato; pero no me culpeis á mí, sino á la amistad, con cuyo deber he cumplido poniéndoos en claro la conducta del hombre á quien ibais á hacer dueño de la mano de vuestra amable hija.—J. F.

La indiferencia mas fria
 Se retrató en la faz pálida
 De Cármen, que dió á su padre,
 En cuanto acabó, la carta.

Y mirando don Ramiro
 Aquella variacion rara
 Del llanto á la indiferencia,
 La dirijió estas palabras.

—¿No sientes, querida Cármen
 Indignacion en tu alma
 Acá ese hombre fementido
 Que así, sin piedad, te engaña?

¿Acia el vil que se ha burlado
 De tu amor y tu constancia,
 De tu candidez purísima,
 De tí y de tus esperanzas?...

Y notando su silencio,
 Prosignió diciendo: ¿"Nada
 ,,Me respondes, hija mia,
 ,,Ni siquiera una palabra?"

—¿Qué quereis que yo os responda?...
 Soy ¡gran Dios! tan desgraciada,
 Que ya nó es á conmovirme
 Capaz en el mundo nada.

¡Olvidada, aborrecida,
 Del hombre que mas amaba!
 ¿Que me queda ya en el mundo?
 Indiferencia y desgracias!...

¡Oh! por demas, padre mio,
 Por demas, sin duda, estaba
 El mostrarme ese papel,
 Cuando humilde me mirabais.

Cuando no me opongo ¡ay triste!
 A esa union que es mi desgracia,
 Cuando dentro de un momento
 Estaré ¡gran Dios! casada....

—Digna es tu resignacion
 De la mayor alabanza,
 Y mi cariño se aumenta
 Al ver la virtud de tu alma.

Mas quiero que no estés triste:
 Quiero te muestres galana
 Si quiera por complacerme
 Hoy, hija tierna del alma.

Sé que no amas á don Pedro;
 Pero él que rendido te ama,
 Feliz te hará, te lo juro;
 Feliz, porque te idolatra.

Adórnate, pues, que pronto
 El padre B... vendrá á casa
 Para unirme con don Pedro,
 A quien espero con ansia.

Adórnate, sí, mi vida;
 Que la capilla de casa
 He compuesto con esmero
 Do la ceremonia se haga.

Dame este gusto, querida:
 Por favor hazme esta gracia:
 Adios, voy á arreglar todo:
 Ayúdala tú, fiel Ana.

Y dando un abrazo á Cármen
 Con ternura extraordinaria,
 Salió de allí presuroso
 Con alegría en el alma.

Y viéndole salir Cármen,
 Echóse en brazos de Ana
 Lanzando un suspiro tierno
 Y vertiendo amargas lágrimas.



¡Ana! buena Ana!...¿has oído?...
 ¡Es infiel! ¡Cárlos me olvida!
 ¡Todo, todo lo he perdido!...
 A otra su amor ha rendido
 Y á mí me quita la vida!...

¡A mí que le amaba tanto!...
 ¡A mí que por él vivía!...
 ¡A mí que de noche y día
 Vertiendo abundante llanto
 El mundo me sorprendía!...

Me olvida, me olvida, ¡cielos!...
 ¡Me olvida ya, despiadado,
 Y el pecho me ha desgarrado,
 Por donde los crudos celos
 Al corazón han entrado!

¡Ah! sí; ¿qué espera; qué espera
 De Cárlos, mi alma leal?...
 Que venga ya su rival,
 Y aunque triste después muera,
 Lléveme al lecho nupcial....

¿Por qué, por qué tanto amor
 Me juraba el fementido?...
 ¿Por qué al mirar su dolor,
 No ví, ¡ay Dios! que era fingido
 Por el hombre mas traidor!...

¡Burlarse de una mujer!...
 ¡De una mujer inocente,
 Que de sus labios pendiente
 Tenia todo su ser,
 Pues le amaba tiernamente!...

¡Burlarse de mi candor!...
 ¡Burlarse de mi inocencia!
 ¡Juararme, ¡ay! eterno amor,
 Y aniquilar mi ecsistencia
 Dejándome en el dolor!

Será, gran Dios, será hermosa
 La mujer por quien me olvida:
 Será un anjel, una diosa;
 Mas no ha de amarle en su vida
 Cual yo le amo siempre ansiosa.

Estará con ella ufana;
 Y la francesa, oh tristura,
 De su amor estará vana;
 Mas no hallará él la ternura
 Que en su triste mexicana.

—Por Dios, por Dios, Cármen mia,
 ¿Por qué ese furor extraño
 Contra el que es vuestra alegría?
 Tal vez este es un engaño;
 Contra él una trama impia.

Yo de él tal maldad no creo;
 Y jurara, por mi vida,
 Que es esa carta finjida,
 Para lograr el deseo
 De verte de él desprendida.

—¡Ana, Ana! ¿lo crees tú así?...
 ¡Oh! tú ver me has hecho el cielo!
 Tú eres todo para mí,
 Pues me has devuelto el consuelo
 Que ya perdido tenía.

¿Lo crees tú así, amiga cara?
 Crees tú que me ama leal....

—Lo creo, sí, y lo jurara,
 Que te ama como te amara
 Antes de su ida fatal.

—¿Y qué es lo que debo hacer?
 Ana, aconsejame ahora.

—De don Pedro nunca ser,
 Y resistencia oponer
 A esa union que te desdora.

El padre B.... es de gran fama,
 Que vendrá para tu union,
 Sabes que deberas te ama,
 Pues bien, muéstrale la llama
 De tu amante corazon.

El padre B.... es de gran fama,
 Que vendrá para tu union,
 Sabes que de veras te ama,
 Pues bien, muéstrale la llama
 De tu amante corazon.

Dile que te obligan, sí,
 A unirte al hombre cruel
 Que te ha hecho infeliz aquí,
 Mas que no hay, Càrmen en tí,
 Sino desprecio hácia él.

Que amais á Cárlos rendida:
 Que es de él vuestro corazon:
 Que él es vuestra gloria y vida,
 Y que á otro el veros unida
 Será vuestra maldicion.

Decidle esto sin temor;
 Y él que es ministro leal
 Y fiel siervo del Señor,
 Se opondrá á esa unión fatal
 Que os inspira tanto horror.

Ya habrá el lector conocido
 Que el padre B... es el hermano
 Del don Juan, médico humano
 Que de María al marido
 Asistió en su mal tirano.

“Diré á vuestro padre tierno,
 “Que el eterno
 “Maldice esta union fatal.



“Cármén, Cárlós será vuestro;
 “Y á ese diestro
 “D. Pedro, le haré jimir:
 “Yo le haré, sí, aunque se queje,
 “Que os deje
 “Sin haceros mas sufrir.”



— ¡Padre, padre de consuelo,
 Hoy el cielo
 Os mandó para mi bien,
 Sois el ángel de ventura,
 De dulzura,
 Y mi salvador tambien.



— Mas salid, Cármén, ahora,
 Sin demora
 Que D. Ramiro entra aquí:
 Con él dejadme, hija mia,
 Porque ansía
 Mi alma á solas le hablar, sí,

— Obedezco, dijo ufana;

Y con Ana

Cármén de allí se salió;

Y en aquel mismo momento

Con contento

D. Ramiro afable entró.



— Padre B... buenos dias os dé el cielo,

— El os conceda iguales, D. Ramiro,

Hoy, para mí, es sin duda de consuelo

Pues realizados mis deseos miro:

El enlace sabéis de mi hija amada:

Esa union por mi pecho deseada.

Sí, D. Romiro, sí; y que soy llamado

Para unirlos con lazo santo, eterno;

Mas perdonad si yo me opongo osado

A ese que vos llamais enlace tierno:

Perdonad, D. Ramiro, aunque os asombre,

Que á esa union yo la dí de atroz el nombre.

Un sacrificio preparais sangriento:

Un sacrificio para la hija amante,

Para la cual buscar cada momento

Debeis la dicha y el placer constante:

La vais á condenar á la amargura,

Cuando buscar debiérais su ventura.

— Mas ¿quién pudo deciros?... ella misma:
 Ella que ofender teme al Ser Supremo
 Si vuestra crueldad ciega la abisma
 En un caos de desgracias cual yo temo:
 Ella que desolada y aflijida,
 Que á Cárlos ama, confesó rendida.

— ¡Qué tiemble la infeliz!... por el contrario,
 Reflecionar debeis que aun hay remedio
 Y que es vuestro proyecto temerario,
 E infame para unirla vuestro medio:
 Considerad que infiel si es algun dia,
 Sobre vos pesará su culpa impia.

Ella amar á Cárlos y á D. Pedro le odia:
 Su bien es uno, el otro su tormento;
 Yalzada entre los dos la atroz discordia,
 No tendrán de placer solo un momento.
 Y su ventura al ver hecha pedazos,
 Os han de maldecir por estos lazos.

Reflecionadlo bien, Sr. Landía:
 No infeliz para siempre hagais á ella;
 Pues si vuestra alma su deber desvia
 Y todos los respetos atropella,
 El castigo temer debais del cielo,
 Que de Cármen contempla el desconuelo.

Padre, dejadme á mi: yo sé cuán fuerte
 Es vuestra reflexion, y la respeto;
 Mas un padre anhelar debe la suerte
 De sus amados hijos siempre inquieto;
 Y yo que en este enlace un bien descubro,
 Con mi deber mi culpa ante Dios cubro.

D. Pedro es poderoso, y tiernamente
 A Cármen ama como prueba ha dado:
 El otro es un artista solamente:
 Un infeliz pintor, aunque hombre honrado:
 ¿A quién debo elejir para su esposo?..
 La prudencia me dice, al poderoso.

Así es inútil, padre, vuestro anhelo:
 Con D. Pedro casarla he decidido,
 Y aunque cuenta despues me pida el cielo
 De ir con mi deber ó no he cumplido,
 Ahora quiero este lazo echeis sagrado
 Para lo cual, buen padre, os he llamado.

Os engañásteis, pues, os engañásteis
 En pensar que á esta union no me opondria;
 Y si vos esta trama me ocultásteis,
 Ahora que todo sabe el alma mia,
 Que me opondré á esta union os aseguro,
 Porque este es mi deber mas santo y puro.

¿Qué os opondreis decis?...clamó enojado
 D. Pedro al escuchar tal advertencia:
 Y ese derecho, hablad, ¿quién os ha dado
 Sobre mí, sobre mi hija y mi conciencia?...
 ¿Quién os da, responded, ese derecho,
 De destruir el bien que une mi pecho?

¡Dios! ese Dios que de la escelsa altura
 Nos contempla este instante, D. Ramiro.
 Ese Dios de bondad y de ternura
 A quien siempre do quier que marchó, miro.
 Ese Dios me hace hablaros de esta suerte,
 Porque, que es mi deber este, me advierte.

Pues bien podeis marcharos si á vuestra alma
 Le repugna esta union que juzga injusta:
 No pretendo turbar la dulce calma
 De vuestro pecho que á esta union se asusta:
 Otro en vuestro lugar vendrá al momento,
 Menos escrupuloso y mas atento.

Siento verme obligado á repetiros
 Que yo defiendo á Cármen de ese lazo;
 Y si hay sacerdote que en serviros
 No encuentre, D. Ramiro, un embarazo,
 Yo le haré conocer lo que hacer debe
 Sin que falte á su Dios en lo mas leve.

Sabeis mi rectitud y que velando
 Estaré sin cesar por esa niña;
 Y estaré á vuestra puerta vijilando,
 Aunque á ser vuestro esclavo yo me ciña:
 Sí; os lo repito, yo seré su guarda,
 Aunque en coraje vuestro pecho se arda.

Basta, basta: no hagais que yo al respeto
 Os falte que es debido á un sacerdote:
 No querais ecsaltar así indiscreto
 Mi corazon, y rabia solo brote:
 Yo hacer podré en mi casa lo que guste
 Aunque la tierra toda se disgusté.

Os engañais: en su dolor impío,
 Vuestra hija por escudo me ha tomado;
 Y es una obligacion, un deber mio,
 Salvarla del peligro que he notado;
 Y yo la cuidaré mientras la vida
 Por el Señor me sea concedida.

Sí; yo la cuidaré: yo de la bella
 Seré la ejida en el terrible mundo,
 En tanto que no muestre feliz ella
 Que á Carlos ya no tiene amor profundo;
 Y que á D. Pedro unirse ha consentido
 Porque vuestra razon ha conocido.

Entonces yo seré, sí, yo el primero
 Que bendiga ese lazo santo y puro:
 Yo como nadie entonces placentero,
 De su eleccion estando ya seguro,
 Los uniré con lazo sempiterno
 Como ministro fiel del Ser Eterno.



—Pues bien, dijo D. Ramiro:
 Voy á hacer vengá al momento,
 Para que ella, libremente,
 Manifieste su deseo.

Si á su corazon repugna
 Este enlace que apetezco,
 Libre quedará, sí, libre
 De mi amigo fiel D. Pedro.

Pero tambien prometeme
 Que si accede á mis deseos,
 Los casareis ahora mismo.
 —D. Ramiro, os lo prometo.—

Bien seguro D. Ramiro
 Estaba de que el respeto
 Le obligaría á la jóven
 A no oponerse á su anhelo.

Así es que ya convencido
De que logró su proyecto,
Llamó á Cármen en el punto
Que entró á do estaba D. Pedro.

Llegó la jóven con Ana,
Desgracia alguna temiendo,
Pálida, triste, temblando,
Como ante el juez llega el reo.

Y mas se aumentó el temor
De su candoroso pecho,
Al ver de su padre al lado,
Al vil é infame D. Pedro.

¡Ana!... soy perdida!...—dijo
Cármen con voz baja, asiendo
El brazo de su aya tierna
Que iba con ella con miedo.

—Valor, señora, valor;
El ministro del Eterno
Ha prometido salvaros,
Y os salvará, os lo prometo.

--Hija, exclamó D. Ramiro,
Acompañando su asiento
Con un jesto aterrador
Que á Cármen quitó el aliento.

Te llamo para que libre
 Del filial puro respeto,
 Manifiestes de tu alma
 Tu fiel y único deseo.

Sabes que te amo y que todos
 Mis saludables consejos
 Se han dirigido, hija mia,
 A tu bien, cual sabe el cielo.

Tú has correspondido tierna,
 Hasta este instante á mi afecto,
 Y mi voluntad me has dicho
 Que es la tuya ha poco tiempo.

Pues bien, Cármen, hija mia,
 Como amigo y padre tierno
 Te pido que ahora obedezcas,
 Si un mal no hallas, mis preceptos.

Aquí está el hombre elegido
 Por mí, que tu bien pretendo,
 Para que le des la mano
 De esposa ante el Ser Eterno.

¿Qué respondes, hija mia,
 De tu padre al dulce acento?
 ¿Me darás este placer,
 O anhelas ¡ay! mi tormento?....

¿Qué respondes?...--Guardó Cármen
 El mas profundo silencio,
 Sin atreverse á mostrar
 La voluntad de su pecho.

Fluctuando su tierna alma
 Entre el temor y el respeto,
 Obedecerle queria,
 Mas temia al mismo tiempo.

Ella idolatraba á Cárlos,
 E iba á perderle al momento
 Si obedecia á aquel hombre
 A quien amaba su pecho.

—¿Nada, Cármen, me respondes?...
 ¿Qué me indica ese silencio?...
 Habla: ¿accedes á mis súplicas?
 ¿Quieres unirme á D. Pedro?—

Al escuchar este nombre,
 Estremeciose su cuerpo;
 Y aterrada alzó los ojos
 Al ministro del Eterno.

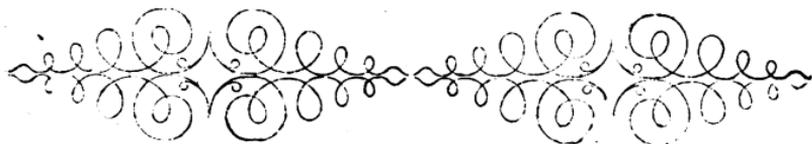
Este con la vista fija
 En ella, infundiola aliento,
 Diciendo con la cabeza
 Que un *no* le diera sin miedo.

—¿Aun no respondes, mi Cármen?
Vamos, resuelve al momento:
¿Consientes en dár tu mano
Al hombre que te presento?...

Un sudor frío corrió
Por los delicados miembros
De la hermosa que afligida
Se encontraba y sin consuelo.

Pero haciendo derrepente,
Un extraordinario esfuerzo,
“¡No: no!...” exclamó; y desmayada
Cayó la infeliz al suelo.





PASO SEGUNDO.



LA PRISIONERA.

Callaré la pena
Que incesante abrigo.—....
¡Mas cómo callarla
Si ya te la he dicho?...
M. BRETON DE LOS HERREROS.

Dejamos un momento aquí de Cármen
La historia, y anudemos la cortada
De la infelice Luz, cuando inhumanos,
Los aliados sacáronla de casa.

No bien al coche la metieron fieros,
Cuando del vil doctor á la morada
Que les hubo indicado la llevaron,
Sin que nadie siguiera sus pisadas.

Allí otro aliado les habrió la puerta;
 Y en una alcoba rica y alhajada,
 Que estaba para el caso ya dispuesta,
 Dejaron á la jóven desmayada.

Sobre un lecho magnífico al instante,
 De un pabellon cubierto de azul gasa,
 La acostaron; y al punto se salieron,
 Cerrando el cuarto el que de allí cuidaba.

Los aliados el coche, con sigilo,
 Llevaron por mil calles estraviadas,
 Y abandonado luego lo dejaron
 En la plazuela, sí, de los Vizcainos.

No bien libre el doctor se vió en la calle,
 Cuando exclamó: ya es mia; y sin tardanza
 A la macion sus pasos dirijiolos
 En do la jóven sin sentido estaba.

Esta volviendo, en fin, de aquel letargo
 Que de sentido todo la privara,
 Abrió los ojos, y al mirarse sola
 En aquel sitio, un ¡ay! lanzó asustada.

Alumbraba aquel cuarto bien dispuesto,
 Una brillante y reluciente lámpara,
 Cuya luz los objetos mas pequeños
 Hacia descubrir á gran distancia.

Sorprendida la jóven, que era un sueño
 Creia cuanto entonces le pasaba,
 Y la vista fijaba la infelice
 En cuanto en derredor suyo miraba.

Mas recobrando á poco la memoria,
 Por sufrimiento atroz debilitada,
 Y tentando su cuerpo con las manos,
 Por ver si en realidad despierta estaba.

Y en derredor tornándolos sus ojos
 Con temor y sorpresa extraordinaria,
 Y sin poder reunir aun sus ideas,
 Pronunció la infelice estas palabras.



¡Dónde estoy, desventurada!...
 ¡Oh! yo tengo en mi martirio
 La cabeza trastornada?
 ¡Oh! sin duda es á un delirio
 Al que me encuentro entregada!...

Mas esta alcoba ¡Dios santo!
 ¡Esta alcoba no es la mia!...
 ¡Oh! yo me lleno de espanto!...
 ¡Oh! por la Virgen Maria,
 Donde estoy en tal quebranto?...

*20

¿Dónde estoy, sí, ¿quién ha sido
 El que feroz hasta aquí
 Hoy, por mi mal, me ha traído?
 ¿Qué es lo que me ha sucedido,
 Desventurada de mí?....

Mas ¡ha! sí; me han arrancado,
 ¡Eterno Dios! ya recuerdo,
 De los brazos de mi amado!...
 ¡Sí; yo la cabeza pierdo!...
 ¡Tengo el cerebro abrazado!...

Noche atroz en que á sufrir
 Mi alma infelice despierta:
 ¡Ah! yo quiero de aquí huir;
 Mas imposible es salir
 Que está cerrada la puerta!...

¿Estos hombres quiénes son
 Que me han traído hasta aquí?
 ¿Qué es lo que quieren de mí?
 ¿Cubrirme ¡ay Dios! de baldón
 En su loco frenesí?...

¡Oh! se engañan: seré fuerte
 En defensa de mi honor;
 Y me sobrará valor
 Para preferir la muerte
 Al infame deshonor.

Sí; se engaña el que pretende
 Así mi alma envilecer:
 No sabe que la muger,
 Cuando su virtud defiende,
 Sabe altiva perecer.

Mas ¿quién, ¡ay! en mi dolor
 Puede complacerse impío?...
 ¿Quién?...; recuerdo aterrador!...
 !Tal vez sea ese doctor
 A quien traté con desvío!...

¡Triste sospecha! sí, él es!...
 ¡Él dispuso esa traicion!...
 Me lo anuncia el corazon....
 Que venga, que venga pues
 A gozarse en mi afliccion.

Por él entraron allí
 Esos hombres despiadados;
 Y por él aconsejados
 Tambien le amarraron, sí,
 Por cubrirle los malvados.

¡Oh! que terrible momento!...
 ¡Aquí sola, abandonada!...
 ¡Lanzada en medio el tormento
 Desde la gloria el contento
 De que me veía cercada!...

Mas oigo pasos...; qué horror!...
 Alguien viene...yo estoy yerta!...
 ¡Ah! siento que abren la puerta...
 Y al decir esto, el doctor
 Entró dejándola abierta.

Quedose Luz sorprendida,
 Pálida como el papel;
 Sin movimiento, sin vida,
 Y al verla tan abatida,
 Con voz dulce díjola él.



Vella Luz, de vuestro pecho
 Desterrad el miedo impío,
 Pues sabeis que es mi albedrío
 Evitaros el dolor.
 Y sabeis que si esta noche
 Os traje hasta aquí tirano,
 Me obligó á ello aqueste insano,
 Este delirio de amor.

Ibais á uniros á otro hombre,
 Y yo su dicha veia,
 Y de los celos sentia
 El terrible torcedor:

Y frenético, furioso,
En mi indecible amargura,
Deshizo vuestra ventura
Este delirio de amor.

Mas no temais: un esclavo
Tendreis siempre en mí, Luz bella,
Si sois la luciente estrella
Que me guie en mi dolor:
Si os mostrais de mis tormentos,
Hermosa, compadecida,
Y premiais tierna y rendida
Este delirio de amor.

Si; entonces sereis felice,
Porque cual nadie os adoro:
Las perlas finas y el oro
Tendreis siempre en derredor:
Y pendiente habeis de verme
De vuestros labios mi cielo,
Si calmais, por mi consuelo,
Este delirio de amor.

Sabeis os amo, Luz pura,
Como nadie amó en el mundo,
Con aguese ardor profundo
Que es nuestro bien y dolor:

Y sabeis que nada, nada
 A mi lado os faltaria,
 Si premiáseis, gloria mia,
 Este delirio de amor.

Sabeis que por feliz veros
 Diera gustoso la vida,
 Y aun la salvacion querida,
 Que es sin duda el bien mayor:
 Pues bien, nada, Luz hermosa,
 Debeis temer á mi lado,
 Aunque en mí véais pintado
 Este delirio de amor.

—¡Ah! doctor, si acaso es cierto
 Que me amais, cual decis, tanto,
 Tened piedad de este llanto
 Que ahora vierto en mi dolor:
 Vedme á vuestros piés rendida;
 Y para hacer mi ventura,
 Olvide vuestra alma pura
 Ese delirio de amor.

¡Ah! volvedme en el instante
 A mi familia adorada,
 De quien me hallo separada,
 Sufriendo eterno dolor:

Volvedme, sí; y séd humano:
 Volved á todos la calma,
 Sin que envilezca vuestra alma
 Ese delirio de amor.

Entonces agradecida,
 Llena de dicha y consuelo,
 Mirarè en vos, en el suelo,
 Un amigo, un salvador;
 Y si premiar no me es dado
 Vuestra pasion encendida,
 Miraré compadecida
 Ese delirio de amor.

¡Ah! por Dios, por Dios lo pido:
 Tened piedad de mí ahora:
 Llevadme sin mas demora
 A mis padres, por favor:
 No me detengais mas tiempo
 Aumentando mi quebranto;
 Y pueda en vos mas mi llanto
 Que ese delirio de amor.

¿Qué respondeis?... ¡ah! decidme....
 ¿Qué respondeis por mi vida?...
 Vedme á vuestros piés rendida,
 Llena de angustia y dolor:

¡Piedad!... ¡piedad!... os lo pido...
 Os lo pido en mi amargura,
 Por esa misma ternura
 Y ese delirio de amor...

—Me estais desgarrando el alma;
 Mas levantaos del suelo,
 Que á los piés no debe el cielo
 Estar de un vil pecador:
 Alzad, alzad; y ese llanto
 Que vuestro pecho derrama,
 Mas enciende, en quien os ama,
 Este delirio de amor.

Pedidme todo, Luz bella;
 Todo, escepto el que piadoso
 Os devuelva al hombre odioso
 Que adorais, por mi dolor:
 Si; porque esto es imposible,
 Aunque lloreis á mi vista,
 Mientras en mi pecho exista
 Este delirio de amor.

Os amo, os amo, y del pecho
 Lanzar no puedo esta llama
 Que mi corazon inflama
 Con su inestinguible amor.

Os amo, os amo; y la muerte
 No tiene, no, poderio
 A arrojar del pecho mio
 Este delirio de amor.

—¡Oh! sois un vil, lo conozco;
 Sois un vil, un fermentido,
 Que habeis de baldon querido
 Cubrirme y de deshonor.
 Mas os habeis engañado,
 Dijo, alzándose del suelo:
 Os engañó, por el cielo,
 Ese delirio de amor.

Os engañó, sí, que nunca,
 Por cruel que hagais mi suerte,
 O me amagueis con la muerte,
 Vereis manchado mi honor.
 Nunca, no: nunca, os lo juro:
 Que en vez de piedad ó aprecio,
 Me inspira horror y desprecio
 Ese delirio de amor.

Salid, pues, dejadme libre,
 Hombre vil, de vuestra vista;
 Y cuanto tormento ecsista,
 Inventad en vuestro ardor:

Inventad, sí, pero siempre
 Me vereis, serena y pura,
 Despreciar en mi amargura
 Ese delirio de amor.

—Luz, yo esperé vuestro [enojo;
 Mas no creí que tan fiera
 A mi pasión fiel, sincera,
 Os mostrareis en rigor:
 Yo esperé duras palabras;
 Mas creí que al fin rendida,
 Mirarais compadecida
 Este delirio de amor.

—¡Necia esperanza!...¡Oh! primero
 Bajar prefiero á la tumba....
 No, no esperéis que sucumba
 Y me olvide de mi honor...
 No esperéis, no, que yo olvide
 De mi amante el grato nombre,
 Ni que premie yo, vil hombre,
 Ese delirio de amor.

—¡Me insultais!..¡Luz!...¿vuestro labio
 Me trata con vilipendio,
 Y se burla del incendio
 Que en mí existe destructor?...

¡Ah! pues bien: ¿vos quereis guerra?
 Guerra habrá desde este instante;
 Mas temed, por vuestro amante,
 Este delirio de amor.

Sí; desde ahora ha concluido
 El agrado y la ternura,
 Y la copá de amargura
 Probareis, y del dolor;
 Y yo haré que por la fuerza,
 Si no por vuestro albedrío,
 Pagueis sin rigor impío,
 Este delirio de amor.

Adios, Luz: quise rendido
 Inundaros de consuelo,
 Y que fuera el mundo un cielo
 Do no sintiérais dolor;
 Pero lo habeis despreciado;
 Y en su lugar un infierno
 Os prepara, y llanto eterno,
 Este delirio de amor.



Y diciendo
 Esto, fiero,
 Muy lijero
 Se salió:

Y la puerta,
Furibundo
E iracundo,
La cerró.

Y la triste
Desdichada,
Asustada
Se quedó:
Esperando,
Sin consuelo,
En el cielo
Que imploró.

Y de su honra
Centinela,
Pasó en vela
Noche cruel;
A la puerta
Colocada,
Do sentada
Cuida fiel.

Y toda
La noche
Pasola
Así,

Temiendo
Al hombre
Impío
Allí.

Y el
Día
Llegó
Y la
Joven
Gracias
Dió
Al

Ser
Divino,
Dios trino
De amor,
Que de ella
Amante,
Constante
Cuidó.



Mas el doctor á la alcoba
No se acercó en todo el dia,
Donde la hermosa jenia
Sin consuelo en su afresion,

Recordando que aquel era
 El momento señalado
 Para unirse á su adorado,
 Cual ansiaba el corazón.

Y llorosa, desolada,
 Veia pasar las horas
 Siempre tristes, destructoras,
 Compañeras del pesar.
 Y ni una voz penetraba
 En la alcoba do sufría,
 Y do la infeliz creía
 Que iba muy pronto á espirar.

Y así el día se pasaba
 Entre pesares sin cuento,
 Hasta que del aposento
 La puerta llegose á abrir,
 Dando entrada á un hombre adusto
 Que traía la comida,
 Y dejándola, en seguida,
 Sin hablar, volvió á salir.

Luz, que del doctor malvado
 Temía alguna asechanza,
 Dejó, por desconfianza,
 La comida sin tocar.

Pero en el siguiente dia,
 Por la hambre fuerte acosada,
 Se vió á comer obligada,
 Aunque con grande pesar.

Así pasó ella seis dias,
 De que allí iba á morir cierta,
 Siempre sentada á la puerta
 En la noche y sin dormir:
 Siempre llorando su triste
 Y desventurada suerte,
 Temiendo siempre la muerte,
 Y cansada de vivir.

Y cuando esperaba menos
 Que el doctor entrara á verla,
 Este llegó á sorprenderla
 Llegando en el cuarto á entrar.
 Y con cariñoso acento,
 Viéndola triste y llorando,
 Pálida, flaca y temblando,
 Llegola, tierno, así á hablar.



— ¡Oh! cuánto, Luz de mis ojos,
 Sufro al veros padecer,
 Al ver que pudiérais ser,

Libre de penas y enojos,
La mas felice mujer.

Seis dias de sufrimiento
He pasado, y de dolor,
En vos puesto el pensamiento,
Lamentando en mi tormento,
Que sufrais por vuestro amor.

Mas juzgando ahora, Luz mia,
Que habreis ya reflexionado
Que habreis locamente obrado,
A brindar con la alegría
Os vengo, mi bien amado.

Vengo á cambiar vuestro mal
Por la dicha y por el bien,
Y aqieste encierro fatal,
Mujer pura, anjelical,
Por un delicioso Eden.

Solo cesijo en recompensa
Que á ese D. Luis olvideis,
Si aun en él vuestra alma piensa,
Y que esta pasion premieis,
Que obliga mi pecho, inmensa,

Desde hoy pasareis la vida
En un mundo de albas flores;

Y mi alma á la vuestra unida,
Aunque siempre á ella rendida,
Gozará dulces amores.

Una palabra tan solo
Que me colme de ventura,
Y cual vos no habrá, Luz pura,
Desde el uno al otro polo,
Tan felice criatura.

¿Qué respondeis por mi amor?
¿Quereis desde hoy ser dichosa
Siendo mi reina y mi esposa?
¿O vivir en el dolor
Preferis, mujer hermosa?...

—Os he escuchado con calma
Por ver do íbais á parar,
Ocultando el cruel pesar
Que sufría ¡oh Dios! mi alma
Al escucharos hablar.

¿Quereis calmar mi afliccion
Con tierna solicitud,
Si premio vuestra pasion,
Que turbara mi quietud
Y la paz del corazon!...

¡Quereis que á D. Luis olvide
 Y que á vos ame rendida,
 Cuando es aquel ¡ay! mi vida,
 Y vos quien gozar me impide
 De la gloria apetecida!...

¡Me quitais mi amante tierno
 Por otro amante fatal!
 La gloria de un Dios eterno,
 Por las penas del infierno,
 Y el bien por un duro mal!...

¡Rompeis los sagrados lazos
 Que á D. Luis me iban á unir,
 Y me ofreceis unos brazos
 Que harian mi alma pedazos
 Su enorme peso al sentir!...

¡Ah! no, doctor, vuestro pecho
 Os ha llegado á engañar:
 Pues mas quiero suspirar
 En' aqñeste cuarto estrecho,
 Que el mundo con vos gozar.

Porque es débil nuestro ser
 Creen los hombres inhumanos
 Nuestros señores ¡ay! ser:
 Se engañan; pues la mujer
 No se humilla á los tiranos.

La mujer débil y pura
 Sufre con resignacion
 El tormento y la amargura;
 Mas no humilla el corazón
 Al que odia en su desventura.

Mira el hombre á la mujer
 Como un ser á él sometido:
 Como á un objeto querido
 De quien puede disponer
 A su gusto el fermentido:

Como á una esclava preciosa
 Que tiene para su encanto,
 Y que no tiene la hermosa
 Derecho ¡suerte enojosa!
 Ni para verter ¡ay! llanto.

Que debe creerse en la gloria
 Al verse solicitada
 Del que odia la desdichada,
 Lanzando de la memoria
 Cualquier ilusion dorada.

¡Desventurada mujer!
 Solo has venido á este mundo
 A llorar y á padecer!
 Del hombre andaz é iracundo
 El triste juguete á ser!...

Anjel te llama del cielo;
 Y porque ve tu alma pura,
 Se burla de tí en su anhelo;
 Y es ¡ay! nada en este suelo
 La que un ánjel fué en la altura!...

Mas ¡ay! en medio el dolor
 Este mismo débil ser
 Hecho para padecer,
 Suele mostrar su valor
 Que hace al hombre estremecer.

Sí, doctor; y vos que impió
 Me llegásteis á arrancar
 Del paterno amado hogar,
 La fuerza de mi albedrío
 Llegareis bien á probar.

Podéis hacerme sufrir;
 Mas no esperéis que sucumba:
 Que en medio de mi jemir,
 De vuestro amor ó la tumba,
 He la tumba de elejir.

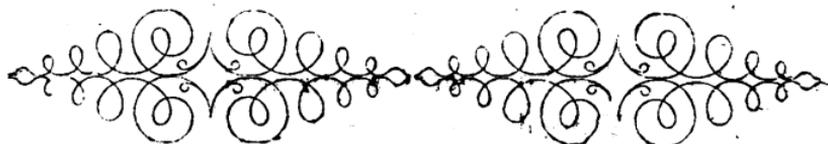
Esta es mi resolucion:
 Este es, pues, saber os plugo,
 Mi deseo en conclusion:
 Haced, pues, venga el verdugo
 Al punto, por compasion.

—Yo á haceros feliz venia
¡Y me despreciais así...
—Que os detesta el alma mia
Sabeis....—No sigais, impía,
Que ya bastante os oí.

No quiero ya como un necio
Veniros á suplicar;
No: basta ya de rogar:
Sí; que de tanto desprecio
Lo que anhelo es me vengar.

Y el doctor, sin mas decir,
Discurriendo allá en su mente
Una venganza inclemente,
Al punto llegó á salir
De do estaba la paciente.





PASO TERCERO.



LA CASA DEL CRIMEN:

Pues me condenaron,
Y yo no lo olvido,
A crudo silencio.
BRETON DE LOS HERREROS.

Jamas el hombre malvado,
En medio de sus infamias,
Ha concebido una idea
Cual la del doctor, bastarda.

Un tan inicuo proyecto
Para labrar la desgracia
De la virtud desvalida
Que un escollo es á sus ansias.

Sí; pues destruir queriendo
El tierno amor que aquella alma
Consagraba á su rival,
Dispuso una horrible trama.

Una trama para que ambos
En el momento se odiaran,
Haciendo que un vil cada uno
En aquel que amó mirara.

Y con tanto acierto el crimen
Dispuesto por él estaba,
Que era preciso que al verse
Los dos amantes se odiaran.

Para el objeto á una vieja,
Baldon de la raza humana,
De esas que con la deshonra
Viven de mil desgraciadas:

De esas que el pudor perdiendo,
A las jóvenes arrastran
A la vil prostitucion,
Donde su existencia acaban:

A una de estas el doctor
Hizo llamar sin tardanza,
Para decir que una joven
Por la noche iba á entregarla.

Mas no para que perdiera
 La virtud que ella adoraba,
 Sino para que su amante
 Al verla allí la olvidara.

Su amante á quien él debia,
 Finjiendo sorpresa y rabia,
 Decirle do á Luz la bella
 Llegó á encontrar por desgracia.

—Vos debeis, doña Ramona
 Siempre atenderla y cuidarla,
 Sin permitir que ninguno
 La hable nunca en vuestra casa;

Pues mi objeto, como he dicho,
 Es, que el que la juzga santa,
 Al verla allí la aborrezca
 Tanto como llegó á amarla.

Y que ella tambien al verle
 Entrar en aquella casa,
 Creyendo que va por otra,
 Llegue á odiarle con el alma.

Entonces tal vez mirando
 La atroz conducta del que ama,
 Premie la pasion ardiente
 Que me devora y me abraza.

Cómo se hace esto, veremos:
 Lo que importa ahora es llevarla
 Esta noche ocultamente,
 Y en silencio á vuestra casa,

— Está bien, doctor: por ella
 vendré á las nueve sin falta;
 Y en vuestro coche los dos
 Llevaremos á esa hermana.

Saliose doña Ramona,
 Y el doctor quedó en su casa
 Esperando ya impaciente
 La hora por él concertada.

Pero en tanto que esta llega,
 Echemos una mirada
 Sobre la mansion horrenda
 De prostitucion é infamia.

Era una vivienda lúgubre
 En una calle apartada,
 Do jente de mal vivir
 Se encuentra con abundancia.

Dos cuartos tiene espaciosos
 Esta mansion de la infamia,
 Do la mujer no es mujer,
 Sino un vil ser que odio causa.

Un busto de bellas formas
 Cuyo exterior nos encanta,
 Pero cubierto por dentro
 De polvo y de telarañas.

Una rosa sin aromas:
 Una vistosa manzana
 Por encima tersa y pura,
 Podrida por dentro y vana.

Un ángel en su figura;
 Un condenado en el alma:
 Un reptil inmundo, hediondo,
 Que en el vil lodo se arrastra.

Sí; que el nombre no merece
 De mujer, la que se lanza
 A vivir en el delito,
 En la deshonra y la infamia.

No: pues quien dice mujer,
 Dice pureza, alma cándida,
 Consuelo, dicha del hombre,
 Inocencia y bien del alma.

¡Mujer!... ¡ah! no: que este nombre
 Es dulce cual la esperanza:
 E indica virtud, ternura,
 Fidelidad y constancia.

Anjel del cielo que al mundo
 El Ser Eterno le manda
 Para ser nuestro consuelo
 Y nuestra amiga mas cara.

Para ser la compañera
 Que nos cuide en la desgracia,
 Y el bálsamo en tantas penas
 Como al hombre le desgarran.

Las otras son el ludibrio,
 Baldon de la especie humana;
 Pero mujeres, no, nunca,
 Pues no es la mujer la infamia.

¡Y el hombre, cielos, el hombre
 Que penetra en estas casas,
 ¡Cuánto de baldon se cubre!...
 ¡Cuánto, gran Dios, se degrada!...

En aquel momento olvida
 Que es hombre por su desgracia;
 Y se nivela á esos seres
 Que horror á él mismo le causan!...

Pero sigamos la historia,
 Pues las digresiones cansan
 Cuando son como las mias,
 Sin interes y muy largas.

Dos cuartos bastante grandes
Forman la nombrada casa,
Como llevamos ya dicho,
Ha muy poco en otra estancia.

Uno contiguo á la calle
Está trasportado, ¡oh gracia!
En un tendejon horrible
Que las apariencias salva.

Sobre un viejo mostrador
De madera apolillada,
Hay veinte tortas de pan,
Y con leche un vaso y jarra.

En el armazon, formado
Con unas débiles tablas,
Se ven algunas cazuelas,
Jarros y ordinarias tazas.

Y doce ó catorce velas
De trecho en trecho colgadas,
De aquellas que menos cuestan,
Chicas, feas y delgadas.

De suerte que el valor todo
De lo que en la tienda se halla,
A veinte reales completos,
Seguramente no alcanza.

El otro cuarto es, sin duda,
De apariencia menos grata,
Pues en él no hay otra casa
Que una silla y una cama.

Y á la pared con engrudo
De trecho en trecho pegadas,
Al lado de nobles santos,
Algunas malas estampas.

Aquí es en donde esos seres,
Sin pudor dentro del alma,
Sumidas ¡ay! en el crimen,
Su mísera vida acaban.

Aquí es do las madres viles
Llevan sus hijas amadas
Para rifar su virtud,
Unica preciosa alhaja.

Y do los hombres impuros
De negras malvadas almas,
En la rifa éntran ansiando
Ser quien las cubra de infamia.

¡Oh! tal crimen á creer
Se resiste noble un alma!
Sí; que parece imposible
Que haya madres tan malvadas.

Pero ¡ay que nada es mas cierto
 Del mundo para desgracia!...
 Madres, no: hienas, sí, hienas
 El hombre debe llamarlas.

¡Pobres de ellas cuando airado
 Ese Dios que las criara,
 Cuenta las pida, y estrecha,
 De sus hijas desdichadas!...

¡Ay de ellas entonces!...sí:
 ¡Ay de ellas!...no han de bastarlas,
 A librarlas del castigo,
 Ni los ruegos, ni las lágrimas.

Y ¡ay! de esas autoridades
 Que indiferentes á tantas
 Iniquidades, no cortan
 El mal con su vijilancia!...

Mas anudemos la historia
 Que tenemos empezada,
 Y refiramos qué lazo
 Une al doctor con las malas.

Los aliados lazo estrecho
 Forman con estas malvadas,
 Para tener quien los cuide
 Si presos caen por desgracia.

Ellas son las que les llevan
 La comida á la Acordada:
 Las que remiendan su ropa:
 Las que sus camisas lavan.

Las que á veces se introducen
 A servir en ricas casas,
 Y á los aliados la puerta
 Abren, y entran á robarlas.

De estos hombres, pues, Ramona
 Era fiel y fuerte aliada,
 Motivo porque el doctor
 A su Luz la encomendara.

Aclarado ya este punto,
 Volvámonos á la casa
 Del doctor, pues son las nueve,
 Hora para Luz amarga.

Abierto se encuentra el cuarto
 Donde está la desgraciada,
 Pues el doctor y Ramona
 De entrar á él ahora acaban.

—Luz, aun podeis ser feliz
 Si premias mis duras ansias:
 Dijo el doctor: aun es tiempo
 De dar fin á vuestras lágrimas.

De lo contrario, obligado
 Me veré á hacer la desgracia
 De la mujer que mas amo
 En el mundo, Luz amada.

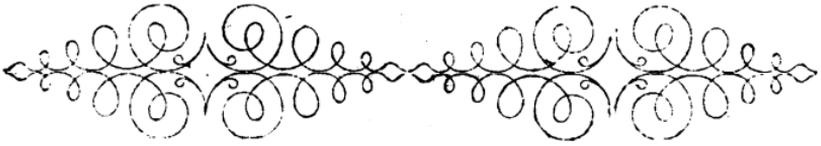
Por la última vez decidme
 Lo que resuelve vuestra alma,
 Si amándome, ser feliz,
 U odiándome desgraciada.

—Del corazon en el fondo
 Tengo una imájen grabada,
 Imájen que es mi ecsistencia
 Y que no puedo borrarla.

—Bien, no replico: seguidme:
 Vos labrais vuestra desgracia:
 Venid.—Os sigo resuelta
 A perecer con constancia.—

Pronto á la calle llegaron
 Do el coche las esperaba,
 Y los tres, mudos, partieron
 De Ramona hácia la casa.





PASO CUARTO.



UN ANJEL EN EL INFIERNO.

De otras bocas
Fementidas
Aun los besos
Son mentiras.

BRETON DE LOS HERREROS.

Ha quince dias que se halla
La hermosa Luz aflijida
En la casa maldecida
De crimen y de baldon:
Mirando escenas horribles
Que la desgarran el alma,
Perdida la dulce calma
De su tierno corazon.

*22

Allí en un rincón, llorando
 Se la ve triste, aflijida,
 Lánguida, descolorida,
 Sin consuelo, sin quietud.
 Con el vicio inicuo, horrendo
 De las otras desgraciadas
 Al crimen solo entregadas,
 Contrastando su virtud.

Y todas de ella se burlan,
 Y la dan de beata el nombre,
 Cuando al ver que entra algún hombre
 Los ojos cierra, infeliz;
 Y la injurian de palabra
 Cuando la miran orando,
 Pidiendo, al par que llorando,
 A Dios que la haga feliz,

Una entre ellas solamente,
 Joven, hermosa y sensible,
 Al ver su dolor terrible
 La pretende consolar:
 Joven en quien Luz contempla
 Mas pureza y mas recato,
 Y que huye del hombre el trato
 Siempre que puede lograr.

Que apartada de las otras
 Con menos torpeza vive,
 Y en cuya faz se percibe,
 Cuando obra mal, el horror.
 E intenta borrar la culpa
 Que ha un instante ha cometido,
 Pidiendo al Dios que ha ofendido
 Piedad, en tanto dolor.

Y Luz de aquesta conducta
 En estremo sorprendida,
 De su llanto enternecida,
 Quiso su mal conocer;
 Y un día que como siempre
 Llorando á ella se acercara,
 Dijola Luz la contara
 Su vida y su padecer.

— ¡Mi vida!... ¡oh! nadie hasta ahora
 De mis labios la ha escuchado,
 Que interes nadie ha tomado;
 Sino vos, jamas por mí.
 Vos sola, sí, á quien mi alma
 Apreció desde el momento
 Que á esta casa de tormento
 La desgracia os trajo, sí.

La desgracia y mi ventura:
Porque siente el alma mia
Una extrema simpatía
Inesplicable hácia vos.
Simpatía que ha calmado
En parte el mal que sufriera,
Cual si á vos tal vez me uniera
Lazo fraternal, por Dios.

Mas escuchad, ya que empeño
Teneis en saber mi vida,
Las penas que nunca olvida
Mi corazon infeliz.
Mas no pierda, Luz hermosa,
Con mi historia vuestro aprecio,
Y me atraiga ¡ay! el desprecio
Con algun fatal deslíz.

—Nada temais, Luisa bella,
Pues desde que os he conocido,
Hácia vos mi alma ha sentido
De hermana tierna el amor.
Y al notar, sí, que por fuerza
Vivis entre el cieno inmundo,
Se ha aumentado mi profundo
Cariño, y aun mi dolor.

—¡Oh! cuanto aprecio, señora,
 Vuestra plácida ternura:
 Nunca, no, tanta ventura
 Esperaba disfrutar.
 Pero escuchad de mi vida
 Las penas y atroz quebranto; —
 Y enjugando el tierno llanto,
 De esta suerte empezó á hablar.



A nobles padres la existencia debo
 Que constantes velaron sobre mí,
 Y en rica cuna, si á decir me atrevo,
 En mi niñez ¡oh cielos! me mecí.

Mas la edad del amor, por mi tormento,
 Llegó y mi pecho se sintió abrazar;
 Y de un hombre al oír el dulce acento,
 Hacia él, sin fuerzas, me sentí arrastrar.

Jóven, ardiente y de gentil figura,
 Y jurándome siempre eterno amor,
 ¿Cómo ser insensible á su ternura?...
 ¿Cómo no amarle con constante ardor?...

¿Cómo en el fuego de su amor fogoso
 No sentirse abrazar mi corazón?...
 ¡Era yo tan feliz y él tan hermoso!...
 Preciso fué le amara con pasión.

Mas ¡ah! nunca al deber faltado hubiera,
 Ni me hubiera llegado á envilecer,
 Si de mis padres al amor no viera
 El odio mas impío suceder.

Odio terrible, bárbaro y tirano
 Que ciegos descargaron sobre mí,
 Desde que Dios me diera un tierno hermano,
 Pues hasta entonces hija sola fuí.

Desde ese instante, para mí terrible,
 Del nombre de hija, sí, se me privó,
 Y en mi alma pura entonces y sencible,
 El desprecio á mis padres penetró.

Y mas reconocida á cada instante
 A la pasion del hombre que era fiel,
 A sus ruegos cediendo delirantes,
 Una noche fatal huí con él.

Un mes viví feliz entre sus brazos,
 Y en él creí mi tierna dicha hallar;
 Pero haciendo despues mi alma pedazos
 El pérfido llegome á abandonar.

Y entonces sola, sin recurso alguno,
 Casas busqué donde poder servir;
 Mas ¡ay! que por mi mal, gran Dios, ninguno
 Me quiso por criada recibir.

Y al verme de hambre muerta, aborrecida,
 En la miseria espuesta á perecer,
 Abracé, por mi mal, aquesta vida .
 Do jamas he sabido qué es placer.

Y la aborrezco mas, mas cada dia,
 Y por eso me veis siempre llorar:
 Porque detesta el crimen la alma mia,
 Y tengo que ser vil á mi pesar.



Y aquí, guardando silencio,
 Volvió á verter tristes lágrimas,
 Herida por el recuerdo
 Del deshonor de su alma.

Luz, que aflijida hasta entonces
 Estuvo atenta escuchándola,
 Con palabras cariñosas
 Procuró fiel consolarla.

Peró la sensible Luisa
 Que sufría pena amarga,
 Prosiguió, pasado un rato,
 Pronunciando estas palabras.

Palabras que de su pecho
 El dolor fiel revelaban,
 Y que Luz, enternecida,
 Sin respirar escuchaba.

— ¡Oh! siempre al triste mortal
 Le acosan los duros males,
 Que mil le siguen fatales
 A uno solo y leve mal.
 Son seres ¡suerte fatal!
 Que dentro del pecho yacen
 Y lo rasgan y deshacen,
 Y que sin cesar nos hieren,
 Que es la tumba do unos mueren
 La cuna donde otros nacen.

Yo que al mundo corruptor
 Vine á sufrir solamente,
 Porque una madre inclemente,
 Por mi mal, me dió el Señor:
 Al jurarme un hombre amor,
 Mis potencias le quisieron,
 Pues en él su dicha vieron;
 Mas ¡ay! me fué desleal,
 Y fué la tumba de un mal
 La cuna do mil nacieron.

Yo esperè hallar en sus brazos
 El fin de tanta amargura,
 Pues juró hacer mi ventura
 Haciendo mi mal pedazos.
 Huí con él; mas los brazos

Do yo veía mi fortuna,
 Despreció ¡suerte importuna!
 Y en mis desdichas fatales
 Fué la tumba de unos males,
 De otros mayores la cuna.

Así, pues, ¡oh ciego error!
 Por huir del primer mal,
 Quise á un hombre desleal,
 Y se aumentó mi dolor.
 Y ví en tan duro rigor,
 Que penas que sufrir hacen
 Y nuestro pecho deshacen,
 Al que las huyen mas hieren;
 Pues la tumba do unas mueren,
 Es la cuna do otras nacen.

—Es verdad, sí; mas tambien
 Es, por desgracia, muy cierto,
 Que es terrible deshacierto
 Seguir á oscuras un bien.
 Solo evitará un mal, quien
 En medio de su inquietud
 Obrare con rectitud
 Y ruega al Ser Infinito;
 Pues es tumba del delito
 La cuna de la virtud.

Sufra con resignacion:

La desgraciada mujer:
 Que sufrir es no tener
 Mal nuevo en el corazon.
 Busque, sí, su salvacion
 Obrando con rectitud,
 En medio de su inquietud
 Amando al Ser Infinito;
 Pues es tumba del delito
 La cuna de la virtud.

Sea la fé y religion

Su norte siempre en el mundo,
 Que en ellas el mal profundo
 Siempre halla consolacion.
 Ellore; pero en su afliccion
 Siempre obre con rectitud;
 Que al fin hallará quietud
 A su penar infinito,
 Pues es tumba del delito
 La cuna de la virtud.

— ¡Ah! sí; ¿por qué antes no oí
 Esas palabras tan llenas
 De religion, que mis penas
 Consolado hubieran, sí?
 ¿Por qué no me dió ¡ay de mí!

Una amiga el Ser Eterno,
 Cual sois vos, de pecho tierno?...
 ¡Ah! hoy no me viera perdida,
 En mi dolor suspendida
 Entre el mundo y el infierno.

Yo hubiera entonces sufrido
 Sin duda hasta perecer;
 Mas nadie me hizo entender
 Lo que hoy por vos he sabido.
 Ya soy un ser que ha perdido
 La gracia del Ser Eterno;
 Y es mi dolor mas interno
 Mi esperanza al ver perdida,
 Y al mirarme suspendida
 Entre el mundo y el infierno.

Mas ¡ay Dios! cuando á saber
 He llegado que un dolor
 Dejé por otro mayor
 Creyendo hallar un placer;
 Y que he llegado á perder
 La virtud, bien sempiterno
 Que me concedió el Eterno,
 Es hoy que me hallo perdida,
 En mi dolor suspendida
 Entre el mundo y el infierno.

—Sí; mas aun podeis borrar
 El mal que habeis cometido,
 Si con pecho arrepentido
 Llegais á otra senda á entrar.
 Bien podeis aun alcanzar
 El amor del Ser Eterno
 Si á él rogais con pocho tierno,
 Pues salvar puede os la vida,
 Aunque se halla suspendida
 Entre el mundo y el infierno.

Pedidle, pues, os perdone
 Los ultrajes que le hais hecho;
 Y con fé pura en el pecho,
 Rogadle no os abandone.
 Suplicadle que os abone
 El llanto que verteis tierno;
 Y entonces el Ser Eterno
 Ha de salvaros, querida,
 Aunque os halleis suspendida
 Entre el mundo y el infierno.

Yo tambien atroz quebranto,
 Cual vos, sufro en este instante,
 Pero he guardado constante,
 La virtud que adoro tanto.
 Unamos, pues, nuestro llanto

Nacido de un amor tierno
 Hacia ese Dios Sempiterno,
 Que él salvará nuestras vidas,
 Aunque se hallen suspendidas
 Entre el mundo y el infierno.



Y aquí á Luisa contó Luz
 Sus amores y tormentos,
 Y cuanto para vencerla
 El doctor vil hubo hecho.

Mas no dijo el nombre de este,
 Mayores males temiendo,
 Que las paredes oian,
 Cual suelen decir, creyendo.

Despues que Luz acabara
 La historia de sus sucesos,
 Quedaron ambas mirándose
 Guardando mudo silencio.

De los ojos de las dos,
 Como rocío del cielo,
 Caian lágrimas puras,
 De placer y sentimiento.

Y estrechándose las manos
 Con cariño el mas sincero,

Sintió la una por la otra
Enternecerse su pecho.

Parecia que á las dos
Animaba un sentimiento,
Y que los males de la una
Estaba la otra sufriendo.

Luisa contemplaba en Luz
Un ángel puro del cielo,
Y Luz en Luisa veía
Una esmeralda entre el cieno.

Una preciosa esmeralda
De grande estima y de precio,
Que puede cobrar su brillo
Del lodo alzándola negro.

Mas aquí á las dos hermosas
En este instante dejemos,
Y sigamos al doctor
Que de D. Luis va al encuentro.

Largo rato hace le busca
Sin descanso mi socio,
Hasta ahora que entrar le vió
En la casa de correos.

—D. Luis, ¡albricias! acabo
De ver hoy á vuestro dueño:

A vuestra Luz adorada
A quien buskais sin consuelo,

—Doctor, me volveis la vida.
—Y daros la muerte temo
Al deciros donde se halla:
•—No temais, decidlo luego.

Llevadme donde se encuentra
Sin dilacion, al momento,
Que yo de sus enemigos
La libraré sin recelo.

—Es que está libre.—¿Está libre?...
¡Y á su casa, oh Dios, no ha vuelto!...
Doctor, sacadme de dudas;
Aclaradme este misterio.

—Pues vestios de paciencia,
D. Luis, porque el golpe fiero
Que vais á sufrir ahora
Necesita grande esfuerzo.

A una casa deprabada,
Para curar á un enfermo
Me llamaron, y allí... ¡oh amigo'...
No vais, como yo, á creerlo.

Allí....—Acabad, D. Luis dijo,
Las fuerzas todas perdiendo,
Presajando la amargura
Que iba á caer en su pecho.

--Allí á la que áujel creimos,
Allí á esa Luz que amais tierno,
Ví entre otras viles mujeres
Alegremente viviendo.

—¡Mentis, mentis, ¡oh! callad!...
Mentis como un hombre necio....
Esclamó D. Luis furioso,
Sin dar á lo que oyó crédito.

El doctor que ya esperaba
Estos terribles denuestos,
Oyolo todo con calma,
Sin abrazarse su pecho.

Y despues que hubo guardado
D. Luis profundo silencio,
Prosiguió de esta manera,
Estar sentido finjiendo.

—D. Luis, no esperé jamas
Insultos que no merezco,
Cuando vengo á descubrirós,
Como amigo, este secreto.

Pero todo os disimulo,
 Porque calculo el tremendo
 Golpe que es para un amante,
 De la que ama un borron negro.

Adios, pues, disimuladme:
 Por lo dicho estais sufriendo,
 Y conozco que obré mal,
 Vuestro corazon hiriendo,

—¡Ah! no, quedaos, doctor,
 Perdonad mi furor ciego;
 Dijo D. Luis deteniéndole
 Con el mas ardiente empeño.

¿No me engañais?... ¡ah! decidme:
 ¿Cuanto me habeis dicho es cierto?
 —D. Luis, D. Luis, os lo juro
 Por la Virgen, que no miento.

—¿La prueba?—Venid conmigo.
 —¿Adonde?—Venid, os ruego,
 Que por vuestros mismos ojos
 Que os desengañeis pretendo.

—Vamos, pues, dijo D. Luis;
 Y ambos la marcha emprendieron
 Hacia donde Luz se hallaba:
 Uno triste, otro contento.

—Doctor, yo me vuelvo loco!..
 En el camino diciendo
 Iba D. Luis: ¿cómo pudo
 Ofenderme así su pecho?

—D. Luis, las mujeres finjen
 Fácilmente amor inmenso,
 Y al que aborrecen demuestran
 Es al que aman sin sosiego.

Ese rapto tal vez fuera
 Projectado hacia tiempo
 Por ella y algun amante
 Que acaso amaba en secreto.

Y tal vez al ver logrado
 El vil hombre sus deseos,
 Abandonó á la infelice
 A padecer mil tormentos.

Y Luz al mirarse sola,
 Sin un amigo en el suelo,
 Habrá abrazado esa vida
 Infame y de vilipendio.—

Mientras de esta suerte hablando
 Iban caminando ellos
 A la vil casa, á Ramona
 Lo que á Luz dice escuchemos.

A Ramona, que avisada
 Por el doctor que al momento
 Iba á buscar á D. Luis
 Con el ya sabido objeto,

De hacerle que viera á Luz
 En aquel lugar horrendo,
 A todas, excepto á Luisa,
 Contó el infama proyecto.

Así es que la pobre Luz,
 Que no estaba en el secreto,
 Iba á ser la triste víctima
 De aquel satánico enredo.

Ramona, pues, calculando
 Que tal vez dentro un momento
 El crédulo y tierno amante
 Llegaría de ansia lleno,

Se acercó á la hermosa jóven
 Con el rostro muy risueño,
 Y llamando á sus amigas
 La colocaron enmedio.

Luz al mirarse cercada
 De aquellos seres perversos,
 Se horrorizó, mas Ramona
 La habló así con tierno acento.

— No esteis triste, niña hermosa,
 Dejad ya los snfrimientos,
 Y demostrad, como todas,
 En vuestro rostro el contento.

Aprended de Feliciana
 A estar alegre: en su pecho
 Jamas entra la tristeza,
 Ni por un leve momento.

Ya se vé, tiene un amante,
 ¡Vaya un gallardo mancebo!
 ¡Oh! D. Luis Muñoz, sin duda,
 Que es un hombre muy completo.—

Al escuchar Luz tal nombre
 Sintió faltarle el aliento;
 Y sin poder contenerse
 Preguntó con triste acento.

¿D. Luis Muñoz habeis dicho?...
 —D. Luis Muñoz, sí; ¡oh! es mancebo
 De una arrogante figura:
 ¿Lo conoceis vos, portento?

¡Oh! le conozco, señora;
 Mas que acá venga no creo.
 —¿No lo cree la linda beata?
 Dijo Feliciana luego,

Pues tenia ya estudiado
 Su papel hacia tiempo,
 Pues viene, y mucho que viene,
 Porque por mí pierde el seso.

Lo verás, cara lamida,
 Aquí dentro de un momento,
 Porque los viernes destina
 A esta casa sin remedio.—

En esto el doctor del brazo
 Con D. Luis, á paso presto
 Se acercaba á la mansion
 Do Luz estaba jimiendo.

—Entrad vos solo, D. Luis,
 Dijo el doctor, á gran trecho
 Quedándose de la casa:
 Aquí á que salgais espero.

Llegó D. Luis á la puerta,
 De un sudor frio cubierto,
 Latiéndole fuertemente
 El corazon dentro el pecho.

Entró á la finjida tienda;
 Y penetrando hasta adentro,
 Vió á su Luz, á su adorada,
 De viles jentes en medio.

Un ¡ay! de sorpresa y odio
 Lanzaron á un mismo tiempo
 Ella y él; y horrorizado
 Luis salió de allí al momento.

—;Es una vil, una vil!
 Doctor, yo vivia ciego;
 Dijo saliendo á la calle
 Do el otro estaba contento.

¡Mujeres! malditas todas!...
 ¡Oh! yo he sido hasta hoy un necio
 En creer en la virtud
 De ese fermentado seco!

¡Y yo la juzgaba un ángel!...
 Doctor, doctor, alejémonos:
 Sí; dejemos esta calle,
 De lo contrario enloquezco.

Y se alejaron de allí
 A veloz paso al momento,
 En tanto que Luz lloraba
 Su desengaño tremendo.

—¡Me era infiel, y yo le amaba
 Como nadie amó en el suelo!
 Esclamaba la infelice
 Lágrimas puras vertiendo.

¡Qué cruel conmigo ha sido!
 Mas me valiera haber muerto
 Antes de ver, desdichada,
 La impureza de su pecho!

Mas ¡ah! yo le amo, yo le amo,
 A pesar de su desprecio:
 Yo le amo, sí, yo le adoro,
 Porque olvidarle no puedo!...

Y arrojándose en los brazos
 De Luisa, en su mal acervo,
 Ambas mezclaron sus lágrimas
 Guardando el mayor silencio.



Desde este amargo día,
 D. Luis, constantemente,
 De aquella casa enfrente
 De crimen y baldon,
 Está, sin que un momento
 Los ojos de ella aparte,
 Ni piense en otra parte
 Su herido corazón.

Y así pasa los días,
 Así las noches pasa
 Enfrente aquella casa
 Do está Luz, por su mal.

Porque á pesar que impura
La juzga, y vil ahora,
Frenético la adora
Cual á ángel celestial.

Mas á cada hombre que entra
En la mansion maldita,
Su corazón se irrita
De Luz viendo al baldon.
De Luz, cuyas caricias
Juzga que el que entró goza;
Y este engaño destroza
Su amante corazón.

Pero por un instante
Dejemos este asunto,
Y entremos á otro punto,
Si cree bien el lector.
Y hablemos de la bella,
De Cármen desdichada,
Despues que desmayada
Cayó por el doctor.





PASO QUINTO.



DEBUTA Y VIVA.

El corazon le late sorprendido,
De agitacion inesplicable lleno,
Apenas se sostiene, tiembla todo,
Y queda en un estúpido silencio.

ANJEL SAAVEDRA.

En el dia que sigue al triste dia
En que Cármen, mostrando su valor,
Se opuso á aquella union fatal, impía,
Que llenado la hubiera de dolor.

D. Pedro y D. Ramiro en tal instante
De este último, en la casa hablando están,
Mostrando cada cual en su semblante
De su alma ardiente, el indecible afan.

La afliccion en el rostro del segundo
 Revela ser mayor al parecer;
 mas intenso el dolor y mas profundo,
 Pues veese el llanto por su faz correr.

De D. Pedro se mira en los sus ojos,
 Al par que el sentimiento el vil furor,
 Pues los tiene encendidos, secos, rojos,
 Y cárdenos los labios de color.

De pié los dos están, los dos sin calma,
 Descompuesto el cabello largo á saz,
 Que cuando se halla sin quietud el alma,
 El desaliño muestra que no hay paz.

Pero atencion pongamos un momento
 A lo que hablando en este instante están,
 Que sus palabras el cruel tormento
 Tal vez que sufren nos revelarán.



—No hay esperanza alguna
 De libertar su vida:
 ¡Ah! sí: mi hija querida
 Muy pronto va á morir.
 Ya todo se ha perdido;
 Y la desventurada
 Se encuentra resignada
 Ante el Eterno á ir.

Al Dar el *no* terrible
Que me llenó de espanto,
Debió de sufrir tanto
Como sufriera yo.
Pues desde entonces su alma
Perdió toda enerjía,
Y de la tumba fria
Al borde la llevó.

Cual ángel á las puertas
Del celestial santuario,
En su mal no ordinario
Se hallaba mi hija fiel.
Oyendo las palabras
Del confesor ¡ay! ella,
Como una Vírjen bella
Del divo Rafael.

Se conocia al punto,
Del rostro en la dulzura,
De su alma casta y pura
La fiel resignacion
De sucumbir al peso
De su contraria suerte,
Y en recibir la muerte
Como un precioso don.

D. Pedro me ha privado,
 Sí, mi amistad sincera,
 De la hija que, hechicera,
 Que me cediera Dios.
 Mas ¡ah! ya no hay remedio:
 La muerte yo la he dado,
 Porque húbela obligado
 A que os amara á vos.

—Testigo es ese cielo,
 Mi mas querido amigo,
 El cielo es, sí, testigo
 Que sufro como vos.
 Mas yo, señor Landía,
 Conservo una esperanza,
 Pues tengo confianza
 En que la salve Dios.

—¿Vos lo oéis, D. Pedro?
 ¡Ah! yo en que muere insisto,
 Pues todos la hemos visto
 Débil, fria, mortal.
 Y hasta ese amigo tierno,
 Vuestro doctor amado,
 Que muere ha pronunciado,
 Sin aliviar su mal.

¡Ah! solo un sacrificio
 Que vuestro pecho hiciera,
 La vida la volviera
 Que está para perder.
 Tal vez asegurándola
 Que desistiais de ella,
 A recobrar la bella
 Volviera ¡oh Dios! su ser.

Si tierno y jeneroso
 Decis que á Cárlos ame,
 Y llanto no derrame,
 Pues que á él se una quereis,
 Tal vez la den la vida,
 La dicha y el contento,
 Que dentro de un momento
 Perdida la vereis.

Si; que esas afecciones
 De un corazon constante,
 Conducen al amante
 Tal vez cerca á espirar.
 Mas del objeto amado,
 Mil veces la presencia
 Le vuelve la ecsistenei
 Que le iba abandonar.

—¿Qué hais dicho, D. Ramiro!...

¿Consentireis ahora
 En llamar al que adora
 Con eternal pasion?...
 ¿Y por qué no?...¿qué importa
 Ya lo demas del mundo,
 Si del dolor profundo
 La salvo y la afliccion?...

¡Ah! ¿consentir podria
 En que ella pereciera,
 Cuando en mi mano viera
 Su vida, su salud?...
 No: un padre cariñoso
 En uada ¡oh Dios! repara,
 Si puede á su hija cara
 Salvar del ataud.

Y vos, mi tierno amigo,
 A quien aprecio tanto,
 Espero en tal quebranto
 Que me ayudeis, sí, vos.
 Y asegureisla, amante,
 Que á Carlos ha de unirse:
 Que nadie resistirse
 Intenta ya, por Dios. —

Quedose sorprendido
 D. Pedro aqieste ruego,
 Sintiendo desde luego
 Terrible indignacion.
 Pero finjiendo al punto
 Desinteres plausible,
 Mostrándose sensible
 Dió así contestacion.

—Vuestro dolor respeto,
 Mi amigo mas sincero,
 Y complaceros quiero
 En cuanto pueda aquí.
 Yo adoro como nadie
 A esa hija tan querida;
 Mas muy mas que mi vida
 Su dicha anhelo, sí.

—¡Ah! cuánto ahora conozco
 La fé de vuestro pecho!
 Dos veces me habeis hecho
 Mi suerte recobrar.
 ¡Oh! dispensad, D. Pedro,
 Que á un médico afamado
 Haya, al verme angustiado,
 Mandádole llamar.

—¿Habeis llamado á otro?...

Repuso sorprendido
 D. Pedro.—Sí, he querido
 Su parecer oír.
 Vos conoceis, D. Pedro,
 La pena y la amargura
 De aquel que á su hija para
 La ve triste morir.

—Habeis cual padre obrado:
 Cual padre tierno y justo,
 Dijo, su atroz disgusto
 Queriéndolo ocultar.
 Yo hubiera hecho otro tanto,
 Que siempre es un consuelo,
 De una hija, al desconsuelo
 Alivios procurar.

—D. Pedro, dispensadme
 Si por un rato os dejo
 Solo, y de aquí me alejo
 Con el mayor dolor.

—Marchaos, D. Ramiro:
 Dejad los cumplimientos;
 Que yo aquí unos momentos
 Espero á mi doctor.

Y no bien de la sala
 Salió el señor Landía,
 Cuando á ella se veia
 Al vil doctor entrar.
 Y cuanto con Ramiro
 Pasara, refirióle,
 Y sorprendido oyóle
 Mostrando su pesar.

—¿Y qué es lo que debemos
 Hacer, D. Pedro, ahora?

—Que muera esa traidora
 Sin nunca á ese hombre unir,
 O mia ó de la tumba:
 Aquesta es su sentencia:
 Sí; no haya mas clemencia:
 Hoy debe de morir.

Cualquier veneno ahora
 Echado en la bebida,
 La priva de la vida:
 Me venga de un rival.
 Libradme vos de ella,
 Antes que el que han llamado,
 Médico, fiel y honrado,
 La salve, por mi mal.

—Pues ¿qué, han llamado á otro?
 —Sí; y todos mis afanes
 Y concertados planes
 Los puede destruir.
 No, no: contad conmigo:
 Aquí traigo un veneno:
 Muy pronto su albo seno
 Dejará de latir.

Y penetró en el cuarto
 De la infelice hermosa,
 A quien muerte espantosa
 La va al momento á dar.
 Y luego satisfecho
 Salió; y en el instante
 Aquel impío amante
 Llególe á preguntar.

—¿Ya está?...—Sí, fiel amigo,
 Ya todo queda hecho,
 Ya tiene dentro el pecho
 Veneno matador.
 —¡Ah! gracias! me he vengado!...
 Y no esto bien dijera,
 Cuando marcharon fuera
 Ramiro y el doctor.

Pero tambien nosotros
 Pasemos de la sala,
 Al cuarto donde mala
 Está Cármen la fiel.
 Y oigamos lo que dice
 A su Ana cariñosa,
 Que está triste y llorosa
 Sufriendo mal cruel.



Tierna mirando con amantes ojos
 A su aya cariñosa y con amor,
 Blancos los labios que se vieran rojos,
 En el lecho está Cármen del dolor.

Su mano fria y descarnada tiende
 A su Ana amada á quien la ve llorar,
 Y por su faz anjélica descende
 Lágrima ardiente que la ve rodar.

Y mirando, sensible, de hito en hito
 A aquella que constante la cuidó,
 En su dolor terrible é infinito
 Con cariñoso acento así la habló.



¡Voy á morir muy en breve!...
 ¡Voy á morir engañada,
 Sin conocer, desdichada,
 Lo que es la felicidad!...
 ¡Voy á morir sin consuelo!
 Con el recuerdo profundo
 De que aquel que amé en el mundo
 Me abandonó sin piedad!...

He amado yo como nadie:
 Nadie, sí; ni aun el objeto
 De mi amor, que amo en secreto,
 Ha podido, Ana, saber.
 Con esa pasión sincera,
 Desinteresada y pura,
 Que es la delicia y ventura
 De la infleice mujer!...

En la verde primavera
 Todo de mi triste vida:
 Todo cuanto redncida
 Me hallaba por el amor....
 Todo, para mí, mentira
 E imposturas, Ana, han sido,
 Que ayer mismo he conocido,
 Cómo conocí el dolor!...

¡Ana! mi Ana! ¡ay! ¿es posible
 Que yo muera en el olvido?...
 Yo, gran Dios, que no he vivido!...
 Yo que no quiero morir!...
 Yo que siento dentro el alma
 Ese amor que es mi tesoro...
 Yo que á un hombre tierna adoro....
 Yo que empezaba á vivir!...

¡Ah! ¿por qué Dios me dió una alma
 Que en amar tanto se escede?...
 ¿Una alma que solo puede
 Vivir, infeliz, de amor?...
 Y ¿qué delito tenia
 Que-espíar yo, cielo santo,
 Para sufrir tal quebranto,
 Para sufrir tal dolor!

— No penseis, Cármen, mi Cármen,
 No penseis en la otra vida;
 Vos tan buena, hija querida,
 No debeis, no, de morir.
 No debeis, no, separaros
 De mí, que tanto os adoro:
 De mí, que al Eterno imploro
 Que calme vuestro sufrir.

Vuestra enfermedad acaso
 Ponga fin á este tormento:
 Tal vez en este momento
 Vuestra suerte va á cambiar.
 Sí; que vuestro padre al veros
 En un peligro tan fuerte,
 Por salvaros de la muerte
 Haga á D. Cárlos llamar.

—Conozco que es todo inútil,
 Inútil enteramente,
 Ana querida y clemente,
 Ya para salvarme, sí.
 Ya nada puede en mi pecho
 Introducir la alegría,
 Pues solo la pena impía
 Se ha apoderado de mí.

Mas tú veras á mi Cárlos,
 Tú le verás, Ana hermosa,
 Y mi pasión ardorosa
 Has de revelarle fiel.
 Y le dirás que hasta el punto
 De morir (¡fatal tormento!)
 Fué el último pensamiento
 Dè esta infelice para él.

Para él, sí, mi Ana querida:
 Para él, sí, que me ha engañado:
 Para él, ¡ay Dios! que ha abusado,
 Con increíble rigor,
 De mi fé....de mi inocencia....
 De mi afan....de mis acciones. ..
 De mí....de mis ilusiones...
 De mi juventud y amor!...

—No Cármen: no, Cármen bella,
 No en vuestro dolor profundo,
 Culpeis á aquel que en el mundo
 No tiene otro bien que vos,
 Al hombre que si os mirara
 Bajar á la tumba fria,
 Al instante os seguiria,
 Que una alma teneis los dos,

—¡Morir, sin haber gozado
 El amor, el amor tierno!...
 ¡El amor que hasta el Eterno
 Nuestras almas alza fiel...
 Sí; porque ellas se levantan,
 En éxtasis, hasta el cielo....
 Que este no desciende al suelo,
 Sino que vamos á él!...

¡Y quieren, ay, consolarme
 Hablando de la otra vida!...
 No conozco, Ana querida,
 Yo mas que esta, en mi jemir!...
 Y la amo, sí, aunque padezco
 Sin descansar un instante....
 Porque amo siempre constante....
 Y tengo miedo á morir!...

--Borrad, borrad, hija mia,
 De vuestra abrasada mente,
 Aquesa idea inclemente
 Que os desgarrá el corazon.
 Borradla; pues os ordenan
 La relijion y conciencia,
 Mirar por vuestra existencia,
 Sin morir por afliccion.

¡Oh! no permitiré nunca
 Os entregueis, hija mia,
 A esa atroz melancolía
 Que la muerte os va á causar.
 ¿Por qué no tener, Dios mio,
 Una esperanza en el cielo
 De ventura y de consuelo,
 Cuando es un bien esperar?

— ¡Siento me abrasan tus lágrimas
 Que caen en mi mano fría!...
 Mas ¡ah! no puedo, Ana mía,
 Estar alegre...reír!...
 Sí; es inútil, es inútil
 Querer consolar mi alma,
 Cuando por siempre la calma
 Ha llegado de mí á huir!...

¡Ana! escucha en este instante
 La voz que en mi oído rumba,
 Y que sale de mi tumba,
 Y que es la última tal vez....
 Verás á Carlos: dirásle
 Que siempre fiel yo le he amado...
 Y que al sepulcro he bajado
 Perdonando su altivez....

Que siempre pura y constante,
 Guardado he mis juramentos....
 Que en mis mayores tormentos,
 Él solo era mi ilusión....
 Le dirás, en fin, mi Ana,
 Que amándole tierna muero;
 Y que otro amor fiel, sincero,
 No ha entrado en el corazón....

Que no he podida la nueva
 Oir de su casamiento,
 Sin sucumbir al tormento
 Me causó su traicion, ...
 Nueva que ha sido la herida
 Por donde ha entrado la muerte...
 Nueva ¡oh Dios! funesta y fuerte-
 Que oprime mi corazon...

— ¡Cármén, Cármén, hija mia,
 Tú me haces con tus acentos
 Padecer crudos tormentos,
 Y sin descansar sufrir.
 ¿Es posible que no tenga,
 Si amor al mal te redujo,
 Mi cariño algun influjo
 Para calmar tu sufrir?...

¡Dios mio! ¿cómo pudiera
 Prolongar aquesa vida,
 Por la que diera rendida,
 Mi sangre toda, señor?...
 ¿Será preciso que pierda
 Mi pecho toda esperanza?...
 No: yo tengo confianza
 En que fin tendrá el dolor.

Aun podeis vivir, mi Cármen,
 Y ser feliz en el mundo:
 Un esfuerzo haced profundo
 Y todo se va á salvar.
 Yo desde aquí estoy mirando
 A la Vírgen, Madre pura,
 Desde la celeste altura
 Por vuestra dicha velar.

— ¡Anal no: no desconozco
 El estado en que me encuentro:
 ¡Ah! yo tengo aquí, aquí dentro
 La muerte, la muerte atroz!...
 Desde que tomé, Dios mio,
 Esa purga. . . . esa bebida,
 Siento se acaba mi vida. . . .
 Como en sueño oigo tu voz!...

Tengo la vista cubierta
 Como con un denso velo,
 Y mi aliento es como hielo
 Frio, y frio mi sudor...
 ¡Anal imposible es que viva!...
 Tus palabras son envano....
 ¡Ah!...dame, dame tu mano....
 Tengo de morir temor!...

Estrechó Ana entre las suyas
 La mano de aquella hermosa:
 Cándida fragante rosa
 Que el cierzo crudo agostó.
 Y una débil y otra triste,
 De hablar, miserables, dejaron,
 Y despues que se abrazaron,
 Todo en silencio quedó!

Dejémoslas, pues, tranquilas,
 Y en tanto otra vez pasemos
 A la sala do veremos
 De vuelta á Ramiro estar,
 El cual cuando á entrar al cuarto
 Iba de su hija adorada,
 A una señora tapada
 A la sala miró entrar.

Entonces detuvo el paso;
 Y al preguntar con anhelo
 ¿Quién era? ella se alzó el velo,
 Y...; María!...él exclamó.
 Y á la puerta en este instante
 Los dos médicos llegaron;
 Y allí ocultos se quedaron
 Oyendo cuanto se habló.



— ¡María! vos aquí! . . . cuanto auhelaba
 El volveros á ver mi amante pecho!...
 Tan grande es mi ventura que mi alma
 Se resiste á creer bien tan supremo.

Hoy há diez y seis años, sí, María,
 Hoy há diez y seis años que tu seno
 Menos equívoco á la pasión inmensa
 Fué que abrazó mi corazón sincero.

— No sigais, no sigais: ¡ah! no he venido
 A encender con mi vista aqueese fuego
 Que apago mirar fuera mi dicha;
 Ya como el mío para siempre muerto.

Un deber mas sagrado, un deber santo,
 Me trae á vuestra casa en tal momento:
 De aliviar la desgracia de una hija
 El indecible maternal deseo.

Sí, D. Rámiro, sí, la grave falta,
 El borron que yo misma eché tremendo
 Sobre mi corazón, ahora á purgarlo,
 Con justicia me obligó el Ser Eterno.

Esposa impía, de mi tierno esposo
 Falté á la fé que le jurara un tiempo;
 Y aunque oculto quedó tan vil delito,
 No sin castigo se quedó mi pecho.

¡Ah! ¿por qué, santo Dios, por qué insensible
Tristes entonces á los vivos ruegos
De una esposa infeliz?...¿por qué dejaste
Que se ausentara el hombre que amar debo?..

¡Oh! él me dejó de mi virtud seguro
Encomendada á vos, su amigo tierno!...
Sin saber, infeliz ¡ay! que entregaba
Al tigre feroz, débil cordero....

Al fiero gavilan, la fiel paloma;
Inocente, sensible, sin veneno:
La candorosa tórtola al milano:
El débil pes al tiburon hambriento...

Solos ¡ay! nos dejò porque obediente
Las órdenes cumplió de su gobierno,
Que á la frontera despachòle al punto
Para un asunto de interes inmenso.

—¡Oh! no sigais, María, aguesa historia
En el mundo los dos solos sabemos...
Me visteis padecer...casi á la muerte,
Y tuvisteis piedad....—Cesad ¡oh! cielos...

Mas desde entonces, con amargas lágrimas,
Con duras penitencias, aquel yerro
Borrado habeis; y mi cariño ardiente
Solo alcanzó despues crudos desprecios.

Vuestro esposo volvió: tierna á su lado
Os mostrasteis, María, y en su pecho
Vertísteis la ventura, vuestra culpa,
Prodigándole amor, borrar queriendo.

— ¡Oh' sí: mucho he llorado: los mis ojos
Dos fuentes siempre, en mi desgracia hechos,
De verter no han cesado ni un instante
El llanto ardiente que oprimia el seno,

Yo le obligué para jamas, Ramiro,
Volver á hablaros, ni volver á veros,
Y mi crimen en vos no á ver volviera,
A que á Jalapa en el instante fuésemos:

Y allí tranquilos, si tranquilo puede
Estar un falso y fementido pecho,
Hemos vivido, procurando tierna,
Lavar mi culpa con mi amor inmenso.

Mas ¡ah! vos no sabeis, no, D. Ramiro,
De nuestro crimen el fatal secreto:
Yo os oculté afanosa que del crimen
Llevaba el fruto.... — ¡qué decís! ¡oh cielos!..

María, ¿dónde está?... ¿dónde, decidme
Ese infeliz á quien cuidar yo debo,
Ese inocente á quien tal vez al llanto
Condenado los dos sin culpa le hemos?

— Yo oculté mi borron de todo el mundo,
 Porque al hijo de otro hombre no era bueno
 Que á su vuelta abrazara como á suyo
 El esposo infeliz que me ama tierno.

Por eso me oculté dentro mi casa,
 Porque sentí de mi delito el peso;
 Y me negué constante á recibiros
 Valiéndome, infeliz, de mil pretextos.

Sí; porque yo queria á vuestros ojos
 Ocultar aquel ángel que el Eterno,
 Como padron constante de mi infancia,
 Mandaba, por mi mal, á aqueste suelo.

Y todo conseguí; nadie mi estado
 Llegò á saber, una criada excepto,
 En quien tenia confianza ciega,
 Y única á quien la revelé el secreto.

Esta sirvienta fiel, salir al mundo
 Vió al ser hermoso, candoroso y tierno;
 Y en el instante mismo, de orden mia,
 Con él á vivir fué cercano á un pueblo.

De su esposo allí al lado, pues casada
 Estaba con mi fiel y buen portero,
 Cuidara de aquel fruto desgraciado,
 Para lo cual mandábales dinero.

Así viví hasta el año en que de vuelta
 Mi esposo Juan, y vuestro amigo tierno,
 Preparó nuestro viaje hácia Jalapa,
 A mis vivas instancias atendiendo.

Entonces, como madre cariñosa,
 Que va á apartarse de su caro objeto,
 Reuní una cantidad considerable
 De valiosas alhajas y dinero.

Y todo á la que amante y cuidadosa
 Quedaba con el ser de mi amor fiero,
 La mandé, suplicando ardientemente
 Que no le abandonase ni un momento,

Y siempre fiel me fué; mas ¡ay! al año
 La infelice murió; y el ángel tierno
 Quedó al cuidado del amante esposo,
 Que lo cuidó con amoroso empeño.

Mas pasados dos meses escribíome
 Que entrado habia ya al servicio vuestro,
 Llevando siempre al desgraciado fruto
 De nuestro amor que de él era el consuelo.

Pronto al ver su honradez, vos, D. Ramiro,
 Le distinguísteis, sí, con vuestro aprecio,
 Y de su actividad al fin prendado,
 Le hicísteis fuera mayordomo vuestro.

Pero tambien la muerte arrebatóle,
 Por mi infeliz fortuna, á poco tiempo;
 Y aquel fruto infeliz de nuestra culpa,
 Encomendado os fué.—¡qué escucha! ¡cielos!

Dijo Landia sorprendido: ¡Cármen!...
 ¡Cármen es la hija de aquel triste yerro!...
 ¡Cármen!... ¡ah! ¡Cármen!... ¡hija de mi alma!...
 ¡Yo te bendigo ¡oh Dios! mi padre tierno!...

—Sí; Cármen es: por eso yo he venido,
 Al saber de su vida el grave riesgo
 Y el motivo tal vez que la destruye,
 A descubrir os solo este secreto.

Para deciros, sí, que es hija vuestra
 Y que debeis cuidarla con esmero,
 Sin obligarle se una á un hombre que odia
 Y olvide á aquel que es todo su consuelo.

Bastante la mujer es desgraciada
 Con solo ser mujer, sin que en su pecho
 Se empeñe el hombre, en derramar las penas,
 Que son de ella verdugos en el suelo.

Dois años hace, D. Ramiro, largos,
 Que de Jalapa á esta ciudad he vuelto,
 Y desgracias sin cuento desde entonces
 Han aflijido sin cesar mi pecho.

Y yo las he sufrido resignada
De Dios en ellas el castigo viendo;
El castigo á la ofensa que hice á un hombre
Faltando á los mas santos juramentos.

Pero siempre cual madre vijilando
He estado á mi hija amada con empeño,
Y de vuestros criados me he valido,
De ella para saber en este tiempo.

—¡Ah!...corramos á verla...ven María....
—No: yo no debo entrar: verla no debo
En este mundo ya; que este el castigo
Es que yo misma, en mi dolor me impuesto.

Todos los sacrificios, los mayores
Que yo conozca bárbaros tormentos,
Me he propuesto sufrir, para ser digna
Del perdon que yo imploro al Ser Eterno.

—¡Ah! pues voila á salvar: voy á decirla
Que Cárlos va á llegar...sí, voy corriendo....
Desde hoy será feliz...¡Hija adorada...
¡Cármén!..no entreis, Sr., Cármén ha muerto.

Dijo Ana la infeliz, que desolada
De su cuarto salia en tal momento.
—¡Ha muerto!...á la vez ambos exclamaron;
Y María cayó privada al suelo.

—¡Ya es mía!...el vil doctor entonces dijo:
Ya soy dueño, gran Dios, de su secreto!...
Y se alejó de allí, cuando en el cuarto
Penetraba D. Juan, el otro médico.

Y en tanto que entregados á la pena
Seguian en la sala y el tormento:
El de Cármen el pulso reconoce
Y la aplica á los labios un remedio.

Ana, que en su afliccion no vió á la hermosa
Madre de Cármen, en union del médico
Volvió á entrar en el cuarto, do contempla
De Ramiro en la faz, dolor y tedio.

—¡Dónde estoy!..dónde estoy!..dijo María
De su desmayo la infeliz volviendo:
Un sudor frio corre por mi frente....
¡Oh! que espantoso y horroroso ensueño!...

—¡Con cuánta crueldad, bella María,
Nuestra falta pagar nos hace el cielo!
Pronunció D. Ramiro acongojado,
Sosteniendo en sus brazos de ella el cuerpo.

¡Ah! ¿con que es realidad?..Cármen, mi hija,
La hija del corazon, Ramiro, ha muerto?...
—No: no ha muerto: salvada está, señora,
Salió D. Juan el médico diciendo,

—“¡Vive!..” exclamaron ambos la alegría
 Mas pura en sus semblantes descubriendo,
 ¡Sois nuestro salvador!...y D. Ramiro
 Al cuarto á entrar dispúsose al momento.

Mas D. Juan prohibió que penetrase
 Si anhelaba viviera; y sin sosiego
 Recetó algunas cosas que el criado
 A la botica á traerlas fué corriendo:

—Respondo de su vida; ya os lo he dicho:
 Que la esperanza vuelva á vuestros pechos:
 Nada temais: pues yo no la abandono
 Hasta no verla ya fuera de riesgo.

Nada temais de mí, bella María,
 Oculto quedará vuestro secreto:
 Mi corazon es tumba de do nunca
 Saldrá, pues sois un ángel, tal misterio.

¡Ah D. Juan! ¡ah D. Juan! sois de los hombres
 El mas humano, sí, sois el mas bueno!...
 Dijo María derramando lágrimas
 De gratitud, vergüenza y de consuelo!...

¡Oh! solo anhelo ya que no perezca
 Ese ángel desgraciado que á este suelo
 A padecer tan solo vino triste,
 Por mi culpa fatal y mi tormento.

— Ya vos sabeis, señora, que mi alma
 No descansa jamas, y cuánto empeño,
 Tengo por la salud del que padece,
 Y sufre, triste en el doliente lecho.

— ¡Oh! sí; vos de la muerte al tierno esposo
 De mi amor le salvasteis con empeño...
 Nunca lo olvidaré, no, nunca, nunca;
 Hicisteis lo que nadie por mí ha hecho. —

Ya el lector conocido habrá á la hermosa
 Que hablaba así con el benigno médico;
 Y habrá visto de Cármen en la madre,
 La mujer que el doctor amaba ciego.

Aquella tierna esposa que llorando
 De su esposo infeliz junto del lecho,
 Orando siempre, vímosla cercada
 De tres pequeños niños, puros, bellos.

— Me marchó, D. Ramiro, dijo al cabo
 De un corto rato, con sensible acento,
 La fiel María: adios, adios por siempre:
 Cuidad de Cármen con amor paterno.

— ¡Tan pronto!... — Sí; la vida de mi hija
 Me trajo solamente; y pues el cielo
 Trajo á D. Juan para salvarla, parto
 Llena de dicha y de placer el pecho.

Adios, D. Juan: aqúeste beneficio
 Grabado siempre llevaré en mi seno...
 Adios; y sin decir otra palabra
 Salió de allí María en el momento.



No bien de la botica
 Llegó con lo ordenado
 El servicial criado
 Con empeñoso afan,
 Cuando corrió al momento
 A dar la medicina
 A la enferma divina,
 El médico D. Juan.

Y allí á la cabecera
 De su doliente lecho,
 Esclavo de ella hecho
 Está, sin se mover,
 Notando los efectos
 De aquello que la aplica
 Y el alma fortifica,
 De Cármen á su ver.

Y así pasóse todo
 Aquel amargo dia,
 Y así la noche umbría
 Tambieu volvió á pasar;

Y al asomar la aurora
 Por el rosado oriente,
 De Cármen en la frente
 Se vió el placer brillar.

— ¡Qué lánguida me siento!...
 ¡Oh! cuánto he yo soñado!...
 La noche la he pasado
 Soñando, sin cesar.
 Dijo la enferma abriendo
 Sus ojos: ¡Ana!... ¡Ana!...
 Qué bella es la mañana!...
 ¡Ella hace descansar!...

Ayer dentro del alma
 Impío ardor sentía
 Que el pecho consumía
 Cual fuego abrasador...
 Mas ahora, ahora disfruto
 Un lánguido consuelo...
 Un dulce bien del cielo,
 Sin nombre, encantador...

Mas ¡ah! tú no has dormido:
 Tú no has dormido Ana:
 ¡Cuánto, cuanto se afana
 Tu corazón por mí!...

Ve á descansar un rato:
 Sí, marcha por mi vida:
 Descansa, Ana querida,
 No estés mas tiempo así.

—¡Cármén, Cármén! preciso
 Es que *no* habéis ahora;
 Estais débil, señora;
 Y mal os puede hacer.
 De mí no hay que cuidaros:
 Dormí lo suficiente:
 Dejad, pues, que al presente
 Os cuide á mi placer.

A tan tiernas palabras
 Cármén agradecida
 Quedó; y clavó rendida
 Por tan feliz favor,
 Los ojos en doña Ana
 Con indecible encanto,
 Vertiendo dulce nanto
 De gratitud y amor.

—¡Siempre tan buena!...siempre
 Por mí, gran Dios sufriendo!...
 Dijo despues cojiendo
 La mano á su aya fiel:

¡Siempre en mis tristes penas
Siendo el dulce consuelo!
Calmando en este suelo
De mi pesar la hiel!...

¡Y vos también, mi padre!...
¡También vos á mi lado!...
¡Oh! cuánto, padre amado,
Os lo agradezco, sí:
¡Ah! todo es hoy venturas
Para esta desdichada!...
¡Solo una madre amada
Me falta, oh Dios, aquí!...

— Sí, Cármen, sí, hija mia:
La dijo D. Ramiro,
Lanzando un gran suspiro,
Todos te amamos, sí.
Y todos al Eterno
Pedimos por tu vida:
¡Oh! sí, mi hija querida,
Pues tú eres todo aquí.

Desde hoy tu padre amado
Con paternal ternura,
Hará, hija, tu ventura
Si te hizo padecer.

Desde hoy á los caprichos
 Renuncia de su alma,
 Pues quiere ya la calma
 Volverte y el placer.

Sí; que aun el hombre mismo
 Que tu desdicha hiciera,
 Renuncia, hija hechicera,
 A su fatal pasión.
 Sí; ya D Pedro anhela
 Que vuelvas á la vida,
 Para mirarte unida
 A Carlos tu ilusión

— ¡Padre, padre, hay el cielo
 Destierra mi amargura ...
 Siento que la ventura
 Me vuelve el ser á dar.
 Ya nada siento, nada:
 Enteramente buena
 Estoy: nada me apena:
 Huyó de mí el pesar.

Carlos cuya memoria
 De mí jamás se aparta...—
 Mas ¡ah! vos una carta
 Me disteis de él, fatal ...

Aquella carta ¡oh! padre
 Destroza el pecho mio,
 Pues muestra que es impío
 A mi pasion leal!...

—Descansa, Cármen pura:
 Cárlos te ama, mi vida:
 Su carta fué finjida,
 Perdona, oh Dios, por mí
 Por mí que recojiendo
 La que te escribió amante,
 La destrocé al instante
 Sin compasion á tí.

—¡Gracias, Dios mio, gracias!
 ¡Ah! bien el alma mia
 A creer se resistia
 Tan infernal traicion.
 ¡Cárlos, Cárlos, bien mio,
 Al fin benigno el cielo,
 Como era nuestro anhelo
 Premió nuestra pasion!

—No es bueno dijo el médico
 Que hablo la enferma tanto
 El bien como el quebranto
 Suele tambien matar,

Dejémosla tranquila
Que goce de la calma,
Y que no llegue su alma,
En nada ahora á pensar.

Y D. Ramiro entonces
Salió de allí; en la frente
Dejando un beso ardiente
De su hija anjelical;
Y se quedó en la sala
Pensando en su hija pura,
Que en dicha y en ventura
Trocó su horrible mal.

D. Pedro en este instante
Creyendo hallar tendida
A Cármen y sin vida,
Llegó en la sala á entrar;
Mas ¡cual fué su sorpresa
Al escuchar vivia,
Y fuera se veía
Del riesgo y el pesar

Pero finjió en su rostro
La dicha y el contento,
Y el hórrido tormento
Quedó en su corazon;

Y demostró en los labios
 La risa lisonjera,
 Cuando sentia fiera
 Y ardiente indignacion.

Por eso á las palabras
 Del crédulo Landía
 Que en él tener creia
 Un noble amigo fiel,
 Sentia la ira ardiente
 Bullir dentro del pecho
 Y el bárbaro despecho
 Mas hórrido y cruel

Así es que en el instante
 Alzóse de su asiento,
 Porque el fatal tormento
 Le hacia inquieto estar.
 Y al punto despidióse
 De D. Ramiro y ciego
 Al doctor desde luego
 Salió de allí á buscar.

Mas á D. Pedro ahora
 Dejémosle un instante
 Que fiero y anhelante
 Va en busca del doctor,

Y á la sensible Cármen
 Sigamos, en cuya alma
 Ecsiste ya la calma,
 Y fin tuvo el dolor.

Siguiendo en todo el réjimen
 Del médico entendido
 Su cuerpo que abatido
 Estuve por el mal,
 Cobró visiblemente
 Vigor en este dia,
 Y en la su faz se veia
 La risa anjelical.

Y así pasó la noche,
 Así la vió la aurora,
 Risueña, encantadora,
 Pensando ya en su amor:
 Al lado de su padre
 Y de su amada Ana
 Que en aliviar se afana
 El mas leve dolor.

Y así pasan las horas
 Un dia y otro dia,
 Y en todos se veia
 A Cármen mejorar;

Hasta que al fin del todo
Sana se alzó del lecho,
Sintiendo dentro el pecho
La dulce dicha estar.

Y cual si Dios tuviera
Empeño en su alegría,
Mandola en este día
Sin duda el bien mayor.
Pues D. Ramiro, tierno,
Con una carta ufano
Entró, que á ella en la mano
La puso con amor:

—De recibirla acabo:
¡Ah! léela en el instante
Que es de Cárlos tu amante
A quien voy á escribir.
—¡De Cárlos!.. dijo Cármen
¡De Cárlos! clamó Ana;
Y Cármen leyó ufana
La carta que hizo oír.



“PARIS”... etc

Cármen divina, ángel bello,
Cnya imájen adorada

Lleva en el pecho grabada
 Y es mi bien consolador:
 ¡Ah! si vieras á tu amante
 Llorando siempre en tu ausencia,
 Vieras, mi bien, mi ecsistencia,
 Que muero por tí de amor.

Vieras siempre mi semblante
 Por las lágrimas bañado
 Que vierte el pecho angustiado,
 Lejos de tí, en su dolor.
 ¡Oh! Cármen, Cármen, mi gloria,
 Honor de la patria mia,
 Yo te juro, en mi ansia impía,
 Que muero por tí de amor.

De amor, de amor puro y casto
 Como tu alma pudorosa,
 De amor que la mia ansiosa
 Goza sufriendo su ardor.
 Cada letra es un suspiro:
 Cada palabra un tormento;
 Si que al escribirte siento
 Que muero por tí de amor.

¡Oh! cuán duro es y terrible
 Vivir en estraño suelo,
 Sin ver de su patria el cielo
 Do el sol muestra su esplendor.

¡Cuán duro, sí, ser que adoro;
 Y mas cuando triste siento
 De ausencia á cada momento,
 Que muero por tí de amor.

¡Dicen que aquí se disfruta!...
 ¡Dicen que aquí goza el hombre,
 Y que se ignora hasta el nombre
 Aquí del fatal dolor.
 Mas ¡ah! Cármen, yo he buscado
 En tu ausencia ese consuelo;
 Y he visto siempre, mi cielo,
 Que muero por tí de amor.

Que nada hay sobre la tierra
 Para mí, mi dulce vida,
 Como mi patria querida,
 Ni cual tú, ángel del Señor.
 Y del bullicio en el centro
 Busco un bien al mal impío;
 Mas siento en el pecho mio
 Que muero por tí de amor.

Escríbeme, Cármen bella,
 Escríbeme, sí, mi cielo,
 Que hallará dulce consuelo
 En tus létras mi dolor.

Y dime, dime en tus cartas
 Que me amas, mi dulce vida
 Cual yo te digo, querida,
 Que muero por tí de amor.

Tal vez pronto, bella Cármen,
 Tendré de verte el consuelo,
 Que aquí todos con anhelo
 Buscan al pobre pintor.
 Si; pronto tendré la dicha,
 Como al Ser Eterno imploro,
 De decirte que te adoro,
 Que muero por tí de amor.

¡Oh! cuándo veré el sol bello
 De esa mi patria querida,
 Donde he dejado mi vida
 Trayendo solo el dolor.
 ¡Cuándo volveré á ese mundo
 Virjinal, fértil, risueño,
 Para decirte, oh mi dueño,
 Que muero por tí de amor!...

“¡México!” qué encanto tiene
 Tu dulce y sonoro nombre
 Para el amante y tierno hombre
 Que en tí vió el primer albor!...

Para aquel que en tí ha dejado
 A la mujer mas preciosa;
 Sí, Cármen, sábelo, hermosa
 Que muero por tí de amor.

¡Oh! ¿qué' valen los placeres
 Que otros buscan con anhelo,
 Para el que en extraño suelo
 Jime siempre en el dolor?...
 ¡México, Cármen!...vosotros,
 Vosotros sois, sí, mi encanto....
 Bien, Cármen; dice mi llanto
 Que muero por tí de amor.

¡Adios! adios!...no me olyides:
 Fiel tus juramentos guarda;
 Y en tu pecho el amor arda
 Con su fuego abrasador.
 Que yo te juro que nunca
 Te seré infiel, vírjen pura,
 Créeme, pues, y está segura
 Que muero por tí de amor.



Un mar de dulces lágrimas
 Vertió Cármen la bella,
 Sobre la carta aquella
 De su querido amor.
 Y besos mil ardientes
 A cada letra daba
 Que en cada una miraba
 Su bien encantador.

--Cármen, dijo Ramiro,
 Esta noche deseo,
 Pues tu alegría veo,
 Contigo al teatro ir.
 Sí; que hace mucho tiempo
 Que no vamos, querida,
 Y anhelo por mi vida
 Mirarte divertir.

—Pues bien, mi amado padre,
 Iremos ya que gusto
 Teneis, pues, es muy justo
 Que os divertais tambien:
 Y se vistió la hermosa,
 Y al fin llegó la noche,
 Y juntos en el coche
 Salieron ambos bien.

En cuanto á entrar al palco
 A Cármen bella vieron,
 La vista dirijieron
 Todos hácia ella, sí.
 Que estaba en esa noche
 Como jamas hermosa,
 Tal vez porque dichosa
 Ya se juzgaba allí.

—“¿Quién es”... se preguntaban,
 Esa divina estrella,
 Como ninguna bella
 Entre las bellas, sí?...
 Y todos estasiados
 Veian su hermosura,
 Su anjélica dulzura,
 Porque era el sol allí.

Pero entre todos uno
 Al verla estremeciöse,
 Y rápido saliöse
 De allí sin mas ya ver;
 Y al verse del teatro
 Afuera ya aquel hombre,
 Esclamó: “por mi nombre
 “Juro mia ha de sér....”

Y mientras él mil calles
 Recorre violento,
 Cual si en su seguimiento
 Marchara algún mortal,
 Cármen siguió el objeto
 De las miradas siendo,
 Que están en ella viendo
 Un ser anjelical.

Pero oigamos lo que hablan,
 Lector, unos instantes
 Algunos elegantes
 Que á Cármen viendo están.
 Pues yo soy muy curioso,
 Y siempre á estas reuniones
 De jóvenes varones
 Me acerco con afán.

—¿Con qué iban á casarla
 Con D. Pedro?—Es muy cierto;
 Mas ese amor ha muerto
 Que ella ama á otro galán.
 —¿A otro?...Vamos, entonces
 Según tú nos lo trazas,
 D. Pedro calabazas
 Llevó contra su afán.

— Fruta por cierto insípida,
 Dijo oto en el instante,
 Que yo de gobernante
 Haria destruir.
 — ¡Hombre! pero son útiles
 Si te libran como estás,
 De aquel á quien detestas
 Porque te hace sufrir.

— ¡Ah! es cierto: siendo antidoto
 Contra el que se odia, bueno:
 Con ellas el terreno
 Todo haria llenar.
 Y si contra los tontos
 Alguna fruta hubiera,
 Tambien al punto hiciera
 Por donde quier sembrar. —

Una jeneral risa
 Los que con él estaban
 Soltaron, pues miraban
 Su idea feliz ser;
 Y él prosigió diciendo
 En tanto ellos reian
 Y á Cármen dirijian
 Miradas de plácer. •

Los tontos, sí, son plaga
 En todas las naciones:
 De todo criticones
 Son, sin nada saber.
 ¿Públicase una obra
 De gracias llena y gala?
 “¡Puf! si no vale nada...”
 Dicen, sin la leer.

“¿Carpio? esclaman, es frio;
 Y aunque él no sea un lego,
 No hay en sus versos fuego,
 Ni escenas hay de horror.”
 ¡Brutos!...y no conocen
 Sus versos armoniosos,
 Fluidos, tan hermosos,
 De selestial sabor.

“¿Prieto?...no vale nada:
 Prosiguen: no ha hecho un verso
 Que no sea perverso:
 No sabe ni aun hablar.”
 ¡Bárbaros!...y esto dicen
 Porque han oido solo
 A algun escritor bolo
 Sus versos criticar.

Mas no miran el número
 De hermosas poesías,
 Que han sido muchos días
 Leidas con afán,
 No por los sabios tontos.
 Que todo lo zahieren,
 Sino por los que quieren
 Gozar, pues á esto van.

Pero por mas que griten
 Los zoilos furibundos
 Y muéstrense iracundos
 Do quier sin compasion,
 Siempre serán los nombres
 Que aquí pone mi pluma,
 Los que de gloria uma
 Llenan nuestra nacion.

Lacunza, Esteva, Bárcena,
 Carpio, Prieto, Pesado,
 Granados Maldonado,
 Romero, Calderon,
 Galvan, y Sariñana,
 Cortina, y Escalante,
 Ferrer y el tan constante
 En escribir, Miron

A este punto llegaban
 Cuando el telon alzóse,
 Y cada cual sentóse,
 Callado, en su lugar.
 Y las miradas todas
 Que en Cármen se fijaron,
 De objeto ya variaron
 El drama al empezar.



Pero dejemos á Cármen
 En el teatro, y marchemos
 Tras el hombre que dejamos
 Por entre calles corriendo.

Media hora sin duda haria
 Que caminaba lijero,
 Cuando llegó de la Palma
 Al barrio, de afanes lleno.

Entró luego en una casa
 En su larga capa envuelto,
 Cubriéndose hasta los ojos,
 Que alguien le viera temiendo.

Penetró luego en un cuarto
 Do estaban en tal momento
 Reunidos algunos hombres
 De fieros y toscos ceños.

Y allí ya desembozándose,
Y quitándose el sombrero,
Se dejó ver claramente
Mostrando el rostro risueño.

— ¡D. Pedro! dijo uno al verle.
Y todos despues “¡D. Pedro!”
— ¿Dónde se halla el capitán?
— Aquí está al servicio vuestro.

Dijo entrando el capitán
En aquel mismo momento,
¿Hay que marchar al asalto
De algun castillo algo bueno?

Para mañana en la noche
Está ese asalto dispuesto:
Ahora se trata tan solo
De una mujer como un cielo.

— Muy poca cosa es sin duda;
Pero hablad y en el momento
Estará en vuestro poder
Esa niña, yo os lo ofrezco.

— Es Carmen, de D. Ramiro
La hija á quien ama en estremo.
— ¡Cármén! — Sí, la que inhumana
Mé trató con vil desprecio.

En el teatro está ahora
 Con su padre, y lo que quiero
 Es que al ir hácia su casa
 Salgais del coche al encuentro.

De la Santa Veracruz
 En la plazuela, para esto
 Debeis estar vos oculto
 Con otros tres compañeros.

Pues ya sabeis que es preciso
 Que pasen por allí ellos
 Para llegar á San Cosme
 Donde viven hace tiempo.

Allí os apoderais de ella,
 Sin maltratar al buen viejo,
 Y dejando á él en el coche,
 Con ella huis al momento.

Como habeis de manejaros
 Que deciros yo no tengo,
 Porque vos, mejor que yo,
 Sabeis cómo debeis hacerlo.

—Descansad, señor, en mí:
 No temais nada, D. Pedro.
 —Pues bien, a Cármen y á vos
 Capitan, en casa espero.

Pero marchad sin tardanza.
 — En este mismo momento;
 Y el capitán y otros tres
 Tras de D. Pedro salieron. —

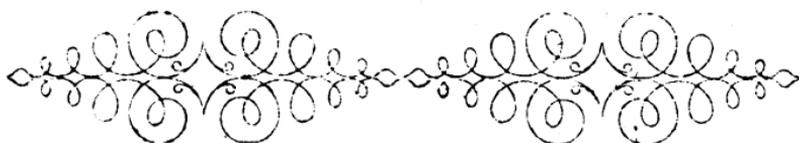
Me parece que el lector
 Habrá visto desde luego
 Que es esta casa la misma
 A do el doctor, de amor ciego.

Entró también otra noche,
 Y vió á los aliados fieros
 Para que á la hermosa Luz
 Robaran, como lo hicieron.

Dejemos, pues, á estos hombres
 A estos aliados perversos,
 Que á la Santa Veracruz
 Caminan todos lijeros;

Y volvamos á la calle
 Donde D. Luis, sin consuelo,
 Está enfrente á aquella casa
 Do está la que ama frenético.





PASO SESTO.

LA MANO DE DIOS.



La noche misma, es, sí, que Cármen bella
Feliz volviendo á disfrutar la vida,
Borrada del dolor la horrible huella,
En el teatro está de gloria henchida.
Pura y hermosa como blanca estrella
Hasta entonces entre nubes escondida,
Vertiendo dichas y causando amores
Es flor divina entre esquisitas flores.

Oscuras nubes enlutando el cielo,
Fieras anuncian la feroz tormenta:
Nubes que en rios descendiendo al suelo,
Lagunas forman que la tierra ostenta.

El rayo ardiente desgarrando el velo
 Que ante la blanca luna se presenta
 Rápido cruza y las tinieblas hiende,
 Y súbito á la tierra vil descende.

Con fuerza silba sin cesar el viento
 Que en las ventanas al pasar se azota,
 Y á su fuerte y feroz sacudimiento,
 Alguna cae, hasta la calle rota.
 Todo es oscuridad en tal tormento:
 Todo una tempestad fiera denota;
 Y á sus casas la jente se retira,
 Porque el agua á caer prócsima mira.



Solo un hombre sin cuidarse
 De la prócsima tormenta
 Que en el cielo se presenta
 Y que el trueno anuncia ya,
 Inmóvil en una calle
 Está á una casa mirando,
 Enfrente á la cual pasando
 Triste las horas está.

Parece que aquella casa
 Guarda algun poder secreto,
 Al cual se encuentra sujeto
 Y se juzgado por él.

O bien una fuerza májica
 O un encanto indefinible,
 Que le encadena terrible
 A su albedrío cruel.

Mas algo acontecer debe
 Dentro de la casa aquella,
 Porque lamentos en ella
 Oye el hombre sin cesar.
 Y en la tienda que dá entrada
 A do se oyen los lamentos,
 Se ve en algunos momentos,
 Salir á alguna á llorar.

Esto al hombre que en la calle
 Está, le tiene suspenso,
 Y le hace interes inmenso
 En lo que mira tener.
 Y mil veces á la casa
 Piensa entrar que en frente tiene,
 Y otras tantas se detiene
 Sin de allí su pié mover.

Pero mas atención presta
 Cuando á un hombre que salia
 Demostrando pena impía
 En su faz y atroz dolor,

Una mujer le gritara,
 "Corred, corred al momento;
 "Id, sí, lo mas violento,
 "En busca de un confesor."

Y partió el hombre, y la calle
 Se quedó otra vez desierta;
 Y el otro frente á la puerta
 Sin quietud, sin gusto hallar.
 Siempre con los ojos fijos
 En aquella pobre casa,
 Anhelando lo que pasa
 Saber, para descansar.

Y en tanto silbaba el viento,
 Y el trueno horrible se oía,
 Y el relámpago lucía
 Presajando tempestad.
 Y el hombre inmóvil, estático,
 Sin moverse de do estaba,
 Hacia la casa miraba
 Con indecible ansiedad.

Pero un instante los ojos
 Apartó de ella, mirando
 Que dos hombres acercando
 Se veían hacia allí;

Los cuales presto vió que eran
 Un ministro del Eterno,
 Y el hombre que con interno
 Dolor por él fuera, sí.

Y les vió entrar en la casa;
 Y que á la tienda salieron
 Tres hombres mas que estuvieron
 Antes dentro sin salir.
 Hombres todos con frazadas,
 Prietos y mal encarados,
 En aquellas embozados,
 Jente al ver de mal vivir.



Pero entremos, lector caro,
 Por un instante á la estancia
 A do pasó el sacerdote
 Con el que le acompañaba.

Sobre un miserable lecho,
 Moribunda, triste y pálida,
 Se halla una jóven que hermosa
 Muestra fué y de suma gracia.

Pero en cuya frente vense
 Las señales fuertes, claras,
 De la vejez que revelan
 Una vida depravada.

A su lado otras mujeres
Están llorando y cuidándola,
Revelando en sus semblantes
La mala vida que pasan.

— Ahí llega ya el confesor;
Dijo una al mirar que entraba.
Valor, pronto estarás buena:
Nada temás, Felicianana.

Y cuando el padre acercóse
Ya de la enferma á la cama,
Todas aquellas mujeres
Se retiraron sin calma.

Ya el lector habrá advertido
Que la que se encuentra mala.
Es la misma que finjiera
Ser de D. Luis obsequiada.

Y que aquel lugar de duelo,
Aquella funesta casa,
Es la misma á do el doctor
A Luz la hermosa llevara.

Y que el hombre que en la calle
En aquel momento estaba,
Era el zeloso D. Luis,
Que de allí no se apartaba.—

Al ver entrar en el cuarto
Al confesor, en el alma
De Luz, nació de repente
De salvarse una esperanza.

Hasta entonces cuantos hombres
Entrar la triste mirara,
Horror al ver su conducto
Y desprecio le inspiraban.

Pero aquel de un Dios ministro
En cuya faz se notaba
Una pureza sin límites,
Le inspiró dulce confianza:

Creyó ver en él la mano
Que Dios mismo la alargaba
Para que de ella se asiera
Y la infeliz se salvara.

Y prometió, sí, en el fondo
De su pura y noble alma,
No abandonar á aquel ángel
Que iba á ser el de su guarda.

Pero no confió á nadie
Su proyecto, y retirada,
Esperó como las otras,
La enferma se confesara.

Y cuando ya el sacerdote
 A salir se preparaba,
 Despues ya de haberla absuelto
 Y en sus penas consolarla:

Luz, que resuelta esperando
 Del cuarto al extremo estaba,
 Dijo, echándose á sus piés:
 “Salvad á esta desdichada!...”

“¡Sacadme de aquí, sacadme
 “De aqueste lugar de infamia!...
 “¡Salvadme, pàdre, salvadme,
 “Que aun en mí no ecsiste mancha!...”

Quedó el padre B.... admirado,
 Que este era el que allí se hallaba,
 De ver á aquella mujer,
 Llorando á sus pies postrada;

Y creyendo que el Eterno
 A aquella jóven mandaba
 El santo arrepentimiento,
 La dirijió estas palabras

— Bien, hija mia, mi bien:
 Dios ha tocado vuestra alma,
 Y del infierno terrible
 En este momento os saca.

Felice vos, hija mía,
 Felice vos, que buscada,
 Habeis sido y preferida
 A mil que están en la infamia.

¡Ojalá que vuestro ejemplo
 Estas mujeres tomaran!
 Dijo mirando á las otras
 Que vivian en la casa.

¡Ojalá! porque á la vida
 De nuevo otra vez tomaran,
 Y no seria el infierno
 El castigo que hoy aguardan!...

Al oir al sacerdote
 Pronunciar tales palabras,
 Soltaron á un mismo tiempo
 Todas una carcajada.

—No queremos, padrecito,
 Sermones en esta casa,
 Guardad para la cuaresma
 Aquesas sabrosas pláticas.

Que nosotras viviremos
 Del modo que mas nos nazca,
 Sin que le importe á ninguno
 Que vivamos ó nó en gracia.

—Está bien, contestó el padre:
 Dios alumbre vuestras almas.—
 Y luego á Luz dirijiéndose,
 Vamos, dijo, hija adorada:

—¿Vamos? . os equivocais:
 Ramona exclamó con rabia:
 De aquí no ha de salir nunca,
 Padrecito esa muchacha.

—Señora, es su voluntad,
 Y saldrá; pues Dios me manda
 Ayudar al pecador
 Para que se salve su alma.

Y viendo que el sacerdote
 A salir se preparaba,
 Ramona se opuso al paso
 Sacando una horrible daga.

Luisa que detras de Luz,
 Sin hablar una palabra,
 Iba tambien para huirse,
 Retrocedió horrorizada.

Pero el santo sacerdote
 Cual si allí Dios le alentara,
 Asió á Ramona la mano
 Con que el puñal empuñaba.

Pero la vieja infernal,
 Al mirarse desarmada,
 Gritó á los malvados hombres,
 Que en el tendejon se hallaban :

“Venid, Brito, Encarnacion,
 “Haced que el padre no salga:
 “Cerrad la puerta al instante,
 “Porque á Luz quieren llevársela.”

D. Luis que estaba en la calle,
 Oyó bien estas palabras,
 Y vió á dos hombres entrar
 Sacando al punto las dagas.

Y cuando los otros dos
 Casi la puerta cerraban,
 Acudió él resuelto á dar
 Ausilio al que lo anhelaba.

Y dando un empuje fuerte
 Abrió la puerta; y dos dagas
 Vió dirigirse á su pecho
 Por los que cerrar ansiaban.

Entonces sacó D. Luis
 Dos pistolas que llevaba,
 Y disparó sobre ellos
 Sin que á ninguno acertara.

Mas fué suficiente el ruido
 Para que ellos se asustaran,
 Y temiendo ser cojidos
 Y que todo se aclarara,

Salieron precipitados,
 Dando á Luis una estocada
 Que le hizo caer en tierra
 Lanzando un ¡ay! en sus ansias.

A los tiros, los que al padre
 A matar se preparaban,
 Su vil golpe detuvieron
 Y retiraron las armas.

Y los ayes al oír
 De aquel que herido se hallaba,
 Salieron sin detenerse
 Y huyeron de aquella casa.

El sacerdote que libre
 Se vió de quien le amagaba,
 Con Luz huyó en el instante
 Que le siguió sin tardanza.

Los vió D. Luis alejarse
 Sin que ellos en él notaran,
 Y exclamó: “¡Dulce es la muerte!...
 “Morir por ella anhelaba!...”

No bien se oyeron los tiros,
Cuando serenos y guardas
Acudieron al lugar
En que la escena pasara.

Y si el padre B....tan vivo
En huir con Luz no andara,
Tal vez en poder de ellos
Hubiera caído sin falta.

Así es que Luisa que un rato
Se detuvo por desgracia,
Con sus compañeras todas
Fué cojida por los guardas.

Y sin perder los instantes,
Sin dejar ni á la que estaba
Enferma, presás á todas,
En union de Luis, lleváronlas.

Pero sigamos al padre
A quien cerca de su casa
Se encuentra ya con la jóven
Que va sin hablar palabra.

Iba á dar vuelta á una esquina,
Cuando tres hombres pasaban,
De los cuales uno dijo:
"Esa es Luz, la ví la cara.

“Quitémosla al que la lleva”....

Y los tres, sin mas tardanza,
Se arrojaron sobre el padre,
Que sobre sí, vió tres dagas.

Y aunque resistirse quiso,
No pudo porque con rabia
Le amarraron ambos brazos
Aquellos hombres sin alma,

Y se alejaron despues
A Luz en brazos llevándola,
Que con el reciente susto,
Cayó al punto desmayada.

—¿Y á dónde, doctor, con ella
Vamos? dijo uno:—A mi casa:
Contestó el doctor; y todos
Huyeron con veloz planta.

Y en tanto que ellos se pierden
Entre las calles que pasan,
A la Santa Veracruz
Vamos, lector, si te agrada.



Son las once: en la plazuela
De la Santa Veracruz,
En la oscuridad sin luz,
Cuatro están de centinela.

Cuatro hombres que conocemos
 Y que esperan esta noche
 A que pase solo un coche,
 Para que también sabemos.

Dos en los arcos están
 Bien armados, escondidos;
 Y en la plazuela tendidos,
 El otro y el capitán.

En silencio el más profundo
 Están dos; más resueltos,
 En sus zarapes envueltos
 Sin cuidarse de este mundo.

Y solo se ve á lo lejos
 De la luz que á San Antonio
 Le ponen contra el Demonio,
 Los muribundos reflejos.

Santo cuya vista arredra
 Por su mal hecha escultura,
 Y á quien llaman con ternura,
 El Santo Antonio de Piedra.

—Capitán, ya llega el coche.
 Dijo uno de los aliados.
 —Pues bien: estad preparados,
 No se malogre la noche.

Y no bien el coche allí
Llegó, cuando los malvados,
Se arrojaron arrestados,
Diciendo al punto: "alto ahí."

Y sorprendido al cochero
De las mulas le bajaron,
Y los brazos le amarraron
Quitándole algún dinero.

Y con D. Ramiro luego
Fueron haciendo otro tanto,
Sin ver de Carmen el llanto
Ni su atroz desasosiego.

Y apoderándose de ella
Huyeron de allí veloces,
Sin atender á las voces
Del buen padre de la bella.

Y así gran rato estuvieron
Amo y criado amarrados,
Hasta que al fin desatados
Por unos guardas se vieron.

Suerte igual tuvo sin duda
El confesor padre B...,
Porque á poco tiempo fué
Un fiel sereno en su ayuda:



Al otro dia á las siete
 O algo mas de la mañana
 A ver pasar la rentesa
 Mil personas se paraban.

Allí todas las mujeres
 De la consabida casa
 Donde hirieron á D. Luis,
 Iban hácia la Acordada.

Y entre ellas la pobre Luisa,
 Con el rebozo la cara
 Cubriéndose, iba tambien
 Vertiendo abundantes lágrimas;

Esta llena de vergüenza
 Los ojos jamas alzaba,
 Mas aquellas, sin pudor,
 Riendo alegres marchaban.

Muy bien sabian que en breve,
 Antes de que se pasaran
 Ocho dias, se verian
 Libres en su misma casa.

Esto cuando la justicia
 No anda recta por desgracia,
 Acontece; y sin temor
 A los deberes se falta.

La pobre Luisa al llegar
 A la lúgubre Acordada,
 Tembló y creyó perecer
 En ella al poner la planta.

Y cuando se vió allí dentro
 Unida á otras mil que estaban
 Presas también, y la puerta
 Vió la infeliz que cerraban,

Creó quedar para siempre
 La pobre allí sepultada;
 Y en un rincón, sin consuelo,
 Estuvo vertiendo lágrimas.

A San Hipólito en tanto
 Que su salud recobraba,
 Aunque en calidad de presa,
 Pusieron á Feliciano.

Y á D. Luis, al ver quien era,
 En la misma noche arriaga,
 Con mil consideraciones
 Le llevaron á su casa.

22 AP 69

FIN DEL TOMO PRIMERO.

